

MUJERES QUE CUIDAN LA NATURALEZA



Relatos de defensoras
del ambiente en Colombia

MUJERES QUE CUIDAN LA NATURALEZA

Relatos de defensoras
del ambiente en Colombia

En el marco del Programa Global Conjunto Mujeres, Recursos Naturales y Paz



© ONU Mujeres, Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres

Ana Gúezmes García
Representante País

Patricia Fernández - Pacheco
Representante Adjunta

Diana Espinosa Martínez
Oficial Nacional de Programas

Ana Burgos González
Coordinadora de Liderazgo y Participación

Karina Terán
Coordinadora Comunicaciones, Gestión del Conocimiento e Innovación

Marianny Sánchez
Profesional Especializada en Gestión del Conocimiento

© Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente

Juan Bello
Jefe Oficina de Proyectos de Colombia

Silja Halle
Coordinadora del Programa Global Conjunto Mujeres, Recursos Naturales y Paz

© Fundación Natura

Elsa Martilde Escobar
Directora Ejecutiva 1997-2019

Clara Ligia Solano
Directora Ejecutiva

Claudia Lorena Franco
Subdirectora

Sandra Galán
Oficial de Proyectos

Mauricio Rosas
Coordinador Financiero

Andrea Gutiérrez De Piñeros
Coordinadora Administrativa

Eliana Garzón
Jefe de Comunicaciones

Textos

Maria Elvira Molano Bravo

Introducciones a los capítulos

Luisa Lema

Corrector de estilo

Giovanni Figueroa

Diseño y diagramación

Maria Isabel López

Ilustraciones

Maria Isabel López

Todos los derechos reservados

© Fundación Natura

© ONU Mujeres Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres

© Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.

1a edición, diciembre 2019

ISBN Impreso: 978-958-8753-61-4

ISBN Digital: 978-958-8753-60-7

Impreso por: La Imprenta Editores S.A.

Impreso en papel 100% reciclable y con tintas vegetales. Su producción garantiza la cadena de custodia desde el productor hasta el consumidor, a través de una gestión forestal ambientalmente responsable, con beneficio social y rentable de manera económica.

Esta publicación de ONU Mujeres, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y Fundación Natura se realizó en el marco del proyecto "Mujeres Gobernanza Ambiental y Construcción de paz", que es el piloto para Colombia del programa conjunto global Mujeres, Recursos Naturales y Paz desarrollado por ONU Mujeres, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, y PNUD con el apoyo de los Gobiernos de Noruega, Finlandia y Alemania.

Esta publicación puede ser reproducida en su totalidad o en parte y en cualquier forma para fines educativos o sin fines de lucro. Se autoriza la reproducción de su contenido a los medios de comunicación, organizaciones no gubernamentales, instituciones académicas y otras entidades de carácter público y personas, siempre que se otorgue el debido crédito a las siguientes entidades: ONU Mujeres, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, Fundación Natura, y no se altere el contenido de ninguna manera. No se permite el uso de esta publicación para venta o cualquier fin comercial sin el permiso previo y por escrito de ONU Mujeres, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y Fundación Natura.

Esta publicación es posible gracias al generoso apoyo de los Gobiernos de Noruega, Finlandia y Alemania.

Cítese como:

ONU Mujeres, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y Fundación Natura (2019). Mujeres que cuidan la naturaleza: relatos de defensoras del ambiente en Colombia. Bogotá, XX pp.

Con fondos del



Embajada de Noruega



Ministerio de Asuntos Exteriores de Finlandia
Ministry for Foreign Affairs of Finland

AGRADECIMIENTOS

A las mujeres por dejarnos entrar en sus vidas, a sus luchas, por abrirnos el corazón y, sobre todo, por ser la voz de quienes no la tienen, por cuidar la naturaleza y con ello, darnos la oportunidad a todos, de disfrutarla en el futuro.

A los donantes por creer en esta iniciativa, hacerla realidad y dejarnos visibilizar estas luchas en los diferentes espacios de la sociedad colombiana.

Y por último, a los equipos de trabajo que se emocionaron desde el principio con este proyecto, que enfocaron sus conocimientos, experticias y pasión, en generar un producto sobrio e impactante, coherente con la vida de estas mujeres.



**“La mejor vida
no es la más
duradera, sino más
bien aquella que
está repleta de
buenas acciones”.**

Marie Curie

CONTENIDO



Prólogo

8



Mapa

13



Mujeres pioneras

14



De la ciudad al territorio

54



Del territorio a la ciudad

116



Mujeres jóvenes

178

PRÓLOGO

En 1992 se realizó en Río de Janeiro la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, hito en materia de política internacional del medio ambiente. En el marco de esta Conferencia también conocida como la Cumbre de la Tierra o Cumbre de Río se adoptó la Agenda 21, un plan de acción para construir un modelo de desarrollo más respetuoso con el medio ambiente. La Agenda 21 destaca que "las mujeres desempeñan un papel fundamental en la ordenación del medio ambiente y en el desarrollo. Es, por tanto, imprescindible contar con su plena participación para lograr el desarrollo sostenible".

De forma similar, la Declaración y Plataforma de Acción de Beijing, adoptada en el marco de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer realizada en 1995, identificó como una de las esferas de especial preocupación a las mujeres y medio ambiente. La Plataforma señaló tres objetivos estratégicos que exigían atención por parte de los gobiernos en relación con el medio ambiente y que corresponden a la participación activa de las mujeres en todos los niveles de adopción de decisiones sobre el medio ambiente, la integración de

sus preocupaciones y sus perspectivas en políticas y programas, y el establecimiento de métodos de evaluación de la repercusión de las políticas de desarrollo y ambientales en las mujeres.

Más de veinte años después de adoptadas la Agenda 21 y la Declaración y Plataforma de Acción de Beijing, siguen estando vigentes sus recomendaciones para la agenda de derechos de las mujeres, pues si bien es cierto que cada vez más sus voces, experiencias y necesidades son tenidas en cuenta en la toma de decisiones relacionadas con el medio ambiente y la gestión de recursos naturales, también es cierto que falta mucho para garantizar su plena participación en estos espacios en igualdad con los hombres.

Con el fin de reconocer y agradecer a las mujeres que desde el campo y desde la ciudad han dedicado su vida a hacer de Colombia un país más sostenible y a trabajar por la defensa del medio ambiente y los recursos naturales, ONU Mujeres y Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, en alianza con la Fundación Natura, se unen para realizar este libro con el cual se presenta la trayectoria de un grupo de 29 mujeres colombianas, defensoras del Medio Ambiente.

Este libro se realiza en el marco del proyecto Apoyando el proceso de consolidación de la paz en Colombia mediante el fortalecimiento de la participación de las mujeres en la gobernanza de los recursos naturales, desarrollado por ONU Mujeres y Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, que corresponde al piloto en Colombia del Programa Conjunto Global "Mujeres, Medio Ambiente y Construcción de Paz", desarrollado por estas dos agencias y por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Este piloto fue posible gracias al apoyo de los Gobiernos de Noruega, Finlandia y Alemania. Con la intervención se buscó visibilizar y fortalecer el papel de las mujeres gestoras del medio ambiente como constructoras de paz.

Este trabajo se enmarca en la profunda admiración hacia las mujeres, y sus organizaciones, por el trabajo que realizan para superar los

obstáculos de discriminación y desigualdad y poner los retos ambientales en la agenda local y nacional. El mundo se prepara para la realización de la COP 25, la Conferencia de las Partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas para el Cambio Climático que se celebrará en diciembre de este año en España. En este marco, la ONU destaca el rol de las mujeres de todo el mundo como líderes en sus comunidades y agentes para el cambio para enfrentar el cambio climático. Las soluciones inteligentes que benefician al medio ambiente, empoderan a las mujeres, a la vez que contribuyen a un desarrollo sostenible.

Con la publicación Mujeres que cuidan la naturaleza se busca hacer visible el trabajo y la perseverancia de las mujeres pioneras en materia ambiental en Colombia, desde múltiples espacios como las comunidades, la academia, las instituciones públicas y de esta forma contribuir a visibilizar la importancia del liderazgo de las mujeres para hacer frente al cambio climático y construir un planeta sostenible. Esperamos también que sus historias sean inspiración para amplificar el reconocimiento a las miles de lideresas ambientales, cuidadoras de la naturaleza, activistas que hoy continúan construyendo un modelo de desarrollo con sostenibilidad y contribuyendo al horizonte común de paz para el país, en el que las mujeres tengan iguales oportunidades que los hombres, donde el cuidado y la protección del planeta y de las personas esté en la centralidad de la política pública y con el cual las generaciones futuras tengan mayores y mejores posibilidades que la generación presente.

Ana Gúezmes García
Representante País
ONU Mujeres Colombia

Juan Bello
Jefe Oficina de Proyectos
Programa de las Naciones Unidas para
el Medio Ambiente, Colombia



“Debemos decirles a nuestras jóvenes que sus voces son importantes”.

Malala Yousafzai





MUJERES PIONERAS

Varias circunstancias coincidieron a finales de los años 60s y comienzos de los años 70s, que hicieron de ese periodo un punto de inflexión en la manera como la sociedad percibiría el papel de la naturaleza en su bienestar. Si bien unos pocos conceptos de la gestión ambiental, como las áreas protegidas, existían hacía ya tiempo, fue en ese momento que la visión de la naturaleza como proveedora comenzaba a complementarse con la evidencia de la afectación que sufría a causa de las actividades humanas. Los "recursos naturales renovables", ya no parecían ser tan ilimitados como se creía.

En 1968 se conformó el Club de Roma, un grupo de científicos y políticos internacionales que se unieron a fin de ser un centro de pensamiento y debate sobre las problemáticas mundiales. Este grupo encargó al Massachusetts Institute of Technology (MIT) un estudio sobre la relación de la disponibilidad de recursos y el crecimiento poblacional. El informe se denominó "Los Límites al Crecimiento". Lanzado en 1972, Los Límites al Crecimiento proyectó cómo los recursos limitados del planeta que sostenían el crecimiento poblacional y económico exponencial que se llevaba, no podrían soportarlo por más de unos 100 años.

En el mismo año en que este estudio recibía atención, se daba la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano, que ocurrió en junio de 1972, en Estocolmo. Por primera vez los temas de naturaleza ecológica fueron protagonistas en un escenario internacional de tal importancia, al que asistieron delegaciones de 114 países. Uno de los resultados clave de esta histórica reunión fue la adopción de una declaración de principios y un plan de acción para combatir la contaminación. También, a partir de esta reunión se fundó el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente,) y se designó el 5 de junio como el Día Mundial del Medio Ambiente. El marco político y la institucionalidad internacional ambiental habían nacido.

Mientras tanto, Colombia no se quedaba atrás. En el mismo año en que se fundó el Club de Roma, el país había creado el Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente (INDERENA) dentro de la estructura de gobierno del Sector Agropecuario. Luego de los eventos mundiales, y propulsado por la Conferencia de Estocolmo, el gobierno comenzó la construcción de la primera gran apuesta por organizar la gestión de los recursos naturales: el Código Nacional de Recursos Naturales Renovables y de Protección al Medio Ambiente. Una norma extensa y detallada que incluía aspectos tan novedosos como instrumentos económicos, permisos de uso o sistemas de información, y que fue por dos décadas la principal guía ambiental de Colombia.

En todo este proceso de revelaciones, confusión y cambio, las mujeres fueron protagonistas. Así como Los Límites al Crecimiento fue liderado por la química biofísica Donella Meadows, en Colombia el movimiento ambiental era dinamizado por mujeres disruptivas, que estaban por encima de su realidad social, y a las que debemos que el país haya incorporado elementos de gestión ambiental que hoy parecen cotidianos.

No cualquiera puede lograr lo que Alegria Fonseca, Margarita Marino de Botero, Leonor Zalabata, Elsa Matilde Escobar, Conchita

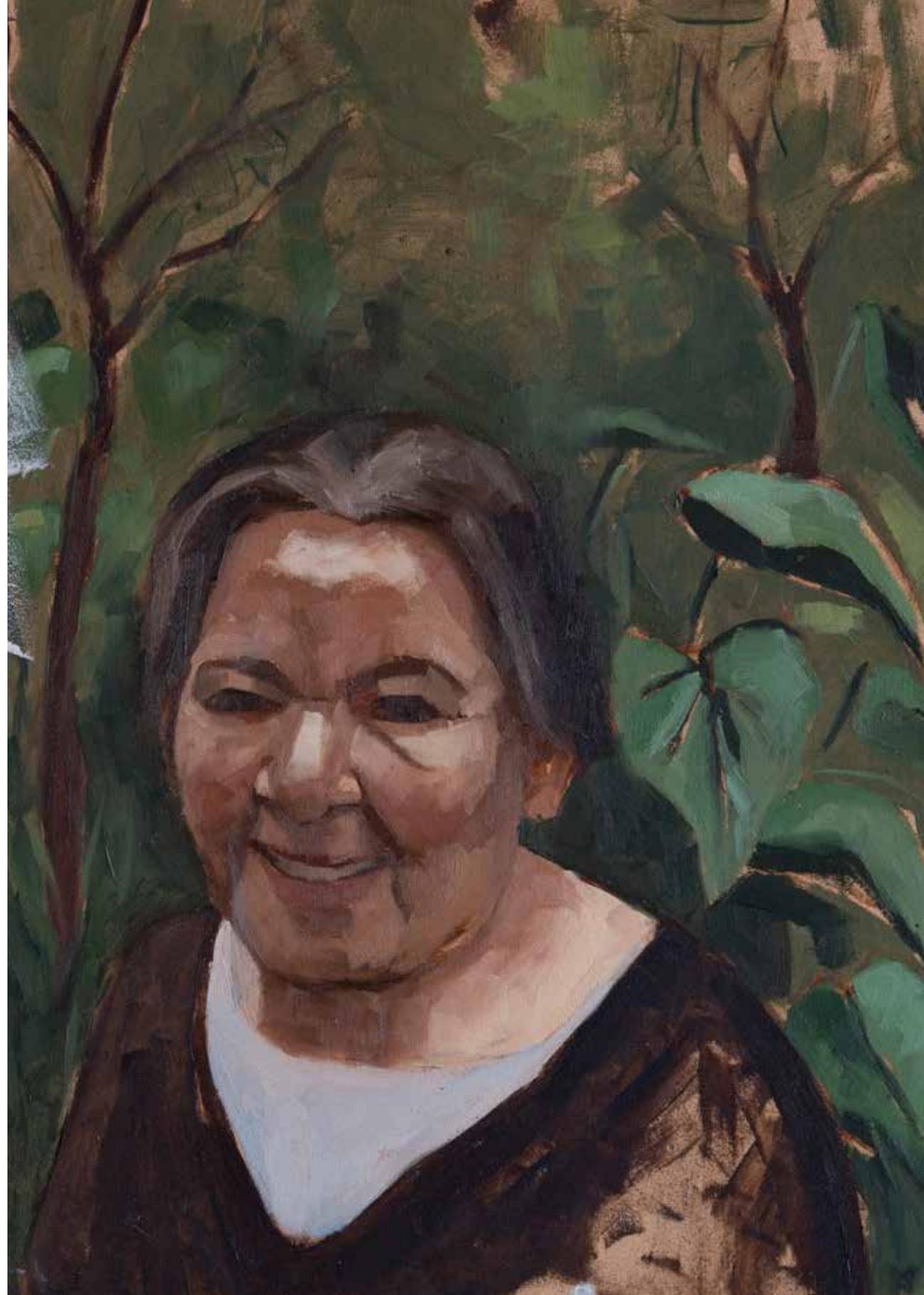
Matabanchoy y Margarita Flórez lograron. Ellas son personas que se hicieron visibles en un momento en el que la sociedad tenía todos los obstáculos puestos sobre las mujeres, que crecieron en condiciones de desigualdad y miedo que hoy no son imaginables en la mayoría de los contextos. En esas condiciones, ellas lograron ser líderes reconocidas por las transformaciones que abanderaron.

Esas transformaciones están lejos de estar consolidadas. Así como las protagonistas de esta sección vieron a la naturaleza ser víctima de las guerras. Ninguna de estas mujeres ha dejado su batalla, todas continúan trabajando y dejando su legado en otras y otros para prolongar una tarea que, al igual que la agenda ambiental mundial, requerirá de mucha más dedicación y tenacidad para estar lista.



MARÍA CONCEPCIÓN MATABANCHOY

Defensora de la Reserva Natural El Encanto de la laguna
de La Cocha. Mujer Cafam 2005



Conchita nació junto a la laguna de La Cocha, departamento de Nariño, en el sur de Colombia. La bautizaron con el nombre de su abuela, quien es de origen indígena quillacinga, a quien recuerda con especial cariño: "Me soplaban hierbas para sacarme el frío y me puso una manilla de chochos rojos y negros para protegerme del mal de ojo". Su abuela, mujer trabajadora, cultivaba mientras los campesinos que llegaban a la región para colonizar las tierras se dedicaban a talar los bosques. "Para llamarse dueño tenían que hacer las mal llamadas mejoras, hacer potreros", afirma Conchita. La finca de sus abuelos era la despensa de muchas veredas: llegaban en canoas a recoger diferentes variedades de papa, olluco, arracacha, haba, calabaza, maíz amarillo, rojo y azul, cebolla larga y redonda, zanahoria, que cambiaban por trabajo. También tenían ovejas, cerdos, algún ganado y muchos cuyes. "Yo llevaba con orgullo el nombre de María Concepción", dice Conchita, "porque a ella la quería todo el mundo y ese orgullo se me quedó adentro para seguir su ejemplo. Mi abuelo era un hombre valiente y recio que estuvo en la guerra con el Perú. Él tenía una recua de caballos, llevaba los alimentos y la munición a los soldados, recuerdo sus historias y sus rezos, porque seguramente conversaba con Dios".

De niña Conchita quería ser profesora para enseñar a los niños, pero como no había escuela en su vereda y tenía que ir lejos de allí, su madre no lo permitió porque decía que "las mujeres corremos muchos peligros porque los hombres son muy malos. Una niña debe estar bajo la sombra de su madre. Ella no me permitía salir a ningún lado". Luego pusieron una escuela en la vereda y se ganó una beca para estudiar en Pasto, en un internado de señoritas, pero su madre tampoco accedió a que Conchita se fuera de casa. Se perdió esa oportunidad, pero su sueño era seguir estudiando. El párroco de la iglesia le dijo: "Conchita, te voy a dar una beca para que sigas estudiando en el seminario de Sibundoy". Nuevamente su madre se lo impidió. "En ese tiempo mi papá compró un radio donde se sintonizaba radio Sutatenza. Me gustaban los programas de formación de líderes, de cómo ser un dirigente campesino, servir a la comunidad, hacer la huerta, cocinar". Y

estos programas se complementaban con el periódico El campesino, que salía semanalmente y del cual ella era una asidua lectora.

Conchita se casó muy joven para salir de su casa, pero dice que también le gustaba el muchacho con el cual formó un hogar y una reserva natural llamada el Encanto Andino para vivir en armonía con la naturaleza y conservar el bosque, el páramo y la laguna.

En esa época, comenzó su labor social con su comunidad. "Los campesinos e indígenas de la laguna de La Cocha empezamos un proceso donde lo más importante eran los seres humanos. En esta búsqueda empezamos a pensar cómo satisfacer las necesidades que teníamos, cómo lograr la subsistencia, haciendo lo que sabíamos hacer y nos gustaba. Sembrábamos árboles, producíamos alimentos orgánicos, recuperábamos semillas y sembrábamos plantas medicinales. Y así empezamos a conservar, a restaurar el bosque y el humedal, a la vez que generábamos recursos económicos para nuestras familias".

En 1980 muchas familias conformaron la Asociación para el Desarrollo Campesino (ADC) y crearon la Red de Reservas Naturales de La Cocha, donde trabajaban autónomamente en armonía con la naturaleza y así encontraron un sentido de vida para un buen vivir. Pusieron en marcha proyectos productivos sostenibles y recuperaron tradiciones culturales a través de la minga donde los abuelos transmitían la palabra ancestral, pero a la vez involucraron nuevas tecnologías que permitieron mejorar la calidad de vida de la comunidad y la conservación de los recursos naturales.

"Creo que con este proceso de la Red de Reservas, de construir mundos posibles, le dimos sentido a la vida porque nos permitió creer en nosotros mismos, en nuestras capacidades, porque hicimos realidad un sueño, logramos nuestros objetivos". Con este proceso fueron ganadores del Premio Nacional de Ecología Planeta Azul, como homenaje al trabajo de conservación y recuperación del agua.

La laguna de La Cocha, conocida también como lago Guamuez, rodeada de montañas de páramo de belleza sinigual, ha sido milenariamente lugar ceremonial de comunidades indígenas quechua, kamsá, kofán y quillacingas. A su alrededor viven cientos de familias campesinas que han constituido 52 reservas naturales privadas para proteger la biodiversidad y asegurar la preservación de la zona. Es un lugar de gran biodiversidad de plantas y aves acuáticas, de 24,5 kilómetros de largo por 4,5 de ancho, designado humedal Ramsar¹ en el año 2000, lo que garantiza que la sociedad y el Gobierno se comprometan a proteger este ecosistema. En medio de la laguna se encuentra la isla La Corota, perteneciente al sistema de Parques Nacionales Naturales. La laguna es alimentada por varias corrientes de agua, de las cuales la principal es el río Encano. Allí nace el río Guamuez, que toma dirección al Putumayo.

En 2005 Conchita fue nombrada Mujer CAFAM por su protección de la laguna y su liderazgo bondadoso, reconocimiento al que se refiere así: "Tuve el honor de recibir ese premio, pero en realidad es un trabajo que hemos hecho juntos, un trabajo en minga donde todos aportamos en esa construcción colectiva y todos merecemos ese premio. Nunca soñé con esta distinción. Es para mí una satisfacción ver que las familias empiezan a vivir mejor, ese es el mejor premio que he tenido".

El Departamento de Nariño ha sido un lugar estratégico para acceder a la Costa Pacífica. El oleoducto transandino atraviesa esta región y la producción de oro, plata y otros recursos naturales han sido elementos que han contribuido a la violencia socioambiental. La Cocha es un territorio que no ha sido ajeno al conflicto armado, que afectó seriamente la población y sus organizaciones y causó desplazamiento, terror y

exilio. Ahora hacen parte de su memoria y su verdad. "Yo sufrí tanto", dice Conchita, "porque tuve que salir de aquí en 2002, tuve que irme dos años porque nos mataron compañeros. Me fui al municipio de San Pedro de Cartago, en el norte del departamento de Nariño, a trabajar con mujeres. Estuve lejos de mi familia, de mi gente, de todo eso, hasta que (me) dije «si me matan, que me maten, pero yo no quiero vivir así». Y regresé. Creo que nuestro proceso de protección ambiental ha contribuido en esta región a la construcción de paz, de un país mejor".

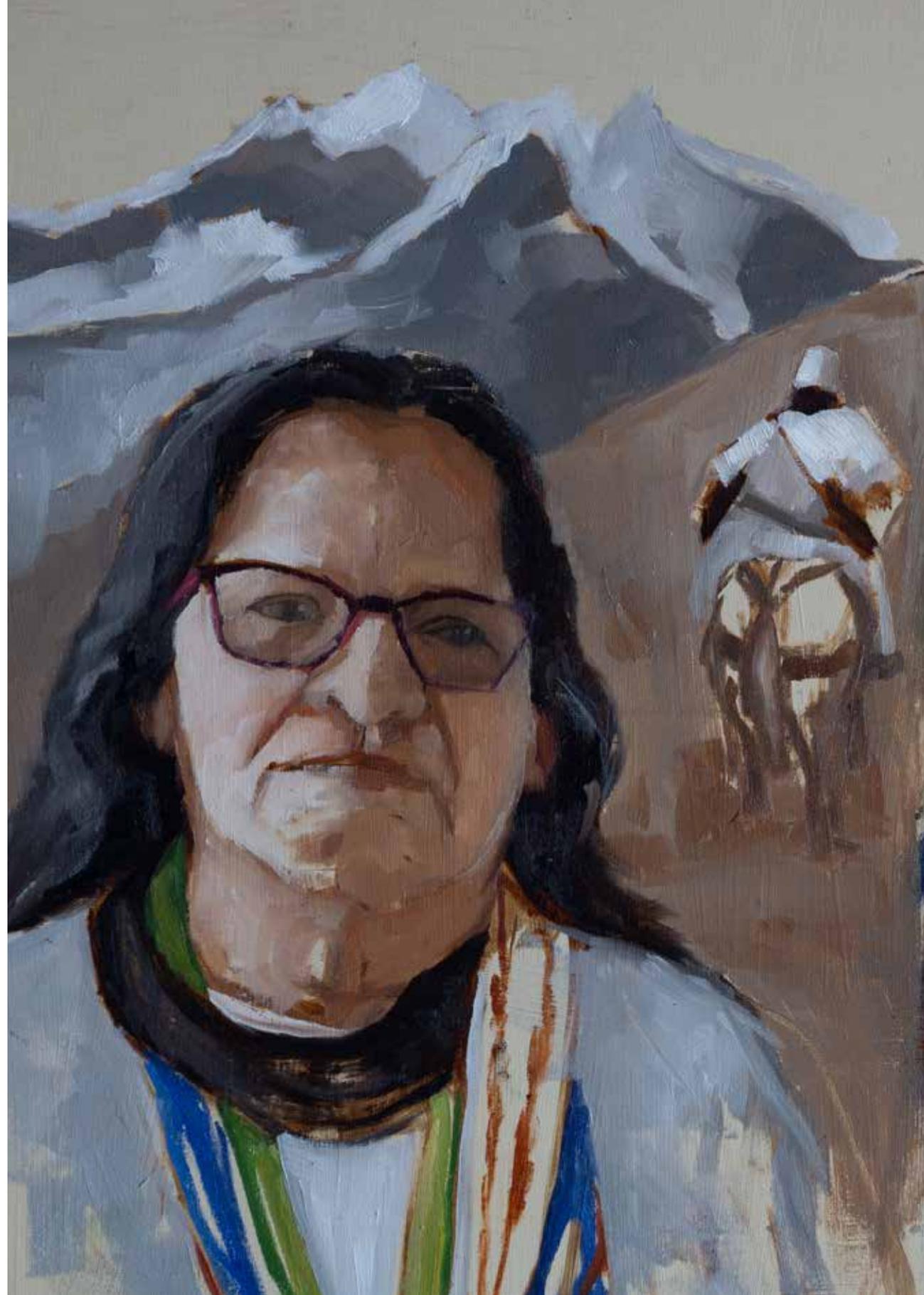
Conchita es la madre de la laguna La Cocha, en su Reserva Natural El Encanto Andino. Su esposo, Edmundo (fallecido), y sus hijos se han dedicado durante más de 60 años a la conservación de la laguna, a sembrar arrayanes, sietecueros, motilones, palo de rosa, encinos y a defender el páramo donde es posible apreciar una enorme cantidad de frailejones. "El páramo es muy importante porque allá nacen los ríos y se forman los vientos. Son una verdadera fábrica de agua", dice. Hoy tienen un importante proyecto ecoturístico, de avistamiento de aves, paraíso de orquídeas, de anturios, de quiches y de amor a la vida.

“Creo que con este proceso de la Red de Reservas, de construir mundos posibles, le dimos sentido a la vida porque nos permitió creer en nosotros mismos, en nuestras capacidades, porque hicimos realidad un sueño, logramos nuestros objetivos”.

¹ Los sitios Ramsar son zonas de humedales (ríos, lagos, lagunas, complejos de humedales) de gran importancia para la humanidad y que son designadas como zonas de especial protección y manejo en los diferentes países del mundo. Surgen de la Convención Relativa a los Humedales de Importancia Internacional Especialmente como Hábitat de Aves Acuáticas, Convención Ramsar.

LEONOR ZALABATA

“Cuando la Tierra está enferma, yo me enfermo;
cuando yo estoy enferma se enferma la Tierra”.



Leonor nació en Yewrwa, una comunidad de la Sierra Nevada de Santa Marta. Creció observando las plantas y los animales, mirando el cielo, las nubes que traen el agua y las estrellas que marcan el destino. Aprendió de sus mayores los nombres de las cosas en relación con el universo, a tejer mochilas, a lavar la ropa en los ríos cristalinos que bajan de la Nevada. Aprendió de su madre, María Consolación Torres, y de su abuela los secretos de ser una mujer arhuaca. Su abuela fue rapada cuando era niña por la misión capuchina para llevársela al internado en Nabusímake. Allí, le prohibieron hablar la lengua materna, pero consiguió conservarla clandestinamente. Su abuela frecuentaba una montaña del lugar, con la esperanza de ser rescatada, pero eso jamás sucedió. Tal vez la historia de su abuela sembró en Leonor el deseo de trabajar para darles a los niños de la Sierra una educación intercultural.

Aunque la vida la alejó de su territorio para realizar sus estudios de primaria, bachillerato y universidad, Leonor siempre estuvo convencida de que volvería a su hogar, sin importar cuándo sucedería. "El pueblo arhuaco es mi familia y el resto de los indígenas son mis hermanos", afirma. En su época estudiantil, siempre mantuvo consigo misma el conocimiento ancestral de su pueblo y los valores de su gente, que supo contrastar con las enseñanzas académicas de Occidente. "Nunca he podido separarme de la vida arhuaca. Soy con la naturaleza y con la Sierra. De las cosas más hermosas que me han pasado es haberme quedado en el mundo arhuaco. En vez de salirme, tuve la posibilidad de ir cada vez más adentro".

Leonor y su familia viven en Seynimin, un pueblo asentado en la Sierra, en estribaciones del río Guatapurí. Tras pasar por la Universidad de Antioquia regresó para convertirse en madre y líder: un destino que estaba escrito para ella desde el inicio de su tiempo en la tierra. "La vida de tener hijos, de ser abuela, de ver pasar generaciones es un legado ancestral importante de nuestra cultura, de la naturaleza con su fauna, su flora, sus aguas, para conocer un territorio muy grande que le da sentido a estar vivo. La fuerza de la tierra se va al universo y el universo retribuye a la tierra a través de las fuerzas que se encuentran,

por eso no podemos vivir sin naturaleza y sin espacios en donde las energías son dueñas del universo, y nosotros somos parte de eso".

Para los indígenas arhuacos el tema ambiental es un tema de cultura que conduce siempre a la naturaleza. Existe un universo que está por encima de la tierra. En su concepción sagrada, es la tierra quien cuida de ellos porque les otorga la vida. Leonor se distancia de los estudios ambientales o ecológicos, porque para ella y su pueblo no existe debate al respecto. El entorno para ellos lo es todo. Están ligados íntima y espiritualmente al universo geográfico de la Sierra. "Es la convivencia", asegura Leonor, "es la relación entre las personas y la naturaleza lo que nos alimenta el conocimiento. Por ejemplo, los mamós, que son los guías o autoridades tradicionales espirituales, que tienen el manejo amplio de la tierra, de su fluir, tienen un ámbito espiritual que solo ellos manejan, muy amplio y ligado al universo. Los demás manejamos un ámbito de prácticas tradicionales. Si no tenemos el conocimiento, la cultura y la histórica lucha por los territorios ancestrales, no podemos conservarnos como pueblos indígenas. Los pueblos indígenas y sus territorios son importantes para un país porque son las expresiones milenarias culturales que cuentan la identidad de una sociedad que trasciende y evoluciona, y esas expresiones vigentes y actuales por la capacidad de existencia tienen un pensamiento propio, un espíritu que hace posible que existan territorios diferentes dándole fuerza a la humanidad".

Su lucha como defensora frente al conflicto armado es una batalla desigual. La guerra no tiene conmiseración de los territorios y sus gentes. Explota y destruye culturas enteras, si no se hace nada al respecto. Ella y su pueblo han estado en medio de las pugnas violentas por la Sierra, entre militares, guerrillas y paramilitares. El conflicto los ha transformado en víctimas, pero ella considera que el más afectado ha sido el propio territorio. "La erosión cultural, el despojo, el fraccionamiento territorial, la imposición a nuestra propia gobernanza nos han obligado a estar en permanente resistencia frente a un sistema político, económico, cultural, social y ambiental adverso a nuestros derechos", recalca Leonor. "La pérdida territorial, la impunidad histórica de los crímenes

contra autoridades tradicionales y políticas, la insistencia permanente de homogenización cultural, esta guerra que hemos vivido, nos han conducido a la pérdida de nuestra tierra y nuestra cultura, a la contaminación del agua, del aire”.

Leonor hace también referencia al incendio que arrasó Seynimin en febrero de 2019. Las llamas acabaron con los bosques y el pueblo. El fuego fue producto de la sequía, las olas de calor y los fuertes vientos causados por el cambio climático y el calentamiento global. “La destrucción fue muy grande”, comenta. “Sin embargo, ahora estamos reconstruyéndolo arquitectónica, cultural y ambientalmente, porque nacimos para vivir y debemos ser los guardianes de la tierra”. Leonor considera que los sistemas sociales de Occidente no se basan en el equilibrio ambiental, sino en la explotación de los recursos naturales y en intereses económicos. “La mayor amenaza para los pueblos indígenas es la visión de desarrollo, es la fuerza del capital, del dinero: si tienes plata, tienes todo, y el poder está montado sobre el dinero. El futuro de las nuevas generaciones está en la tierra, el aire, el agua, en la existencia de todos los seres de la naturaleza; si no, están condenados a sufrir”.

Leonor lidera la defensa del territorio que hoy está amenazado por la explotación minera. Teme por el represamiento de las aguas, causado por esta práctica, pero está convencida de que no cesará en su lucha. “Nuestra misión será siempre proteger, conservar la Sierra, porque allí está nuestro legado cultural, espiritual y tradicional. Queremos cerrar ese capítulo de la explotación minera, de represar ríos, de acabar con los acuíferos, para asegurar la vida y nuestros derechos como pueblo ancestral. Las culturas indígenas de la Sierra Nevada practicamos los conocimientos sobre el agua, los cultivos, los ciclos anuales, que hemos aprendido de nuestros mayores. Por ejemplo, antes de la colonización, en junio, época del año en que cambia el sol, bajábamos, y en diciembre, subíamos. Así, las tierras descansaban hasta seis meses. Había un intercambio de cuidados de prácticas agrícolas, espirituales y ambientales. Se respetaba la tierra. Ahora ha cambiado

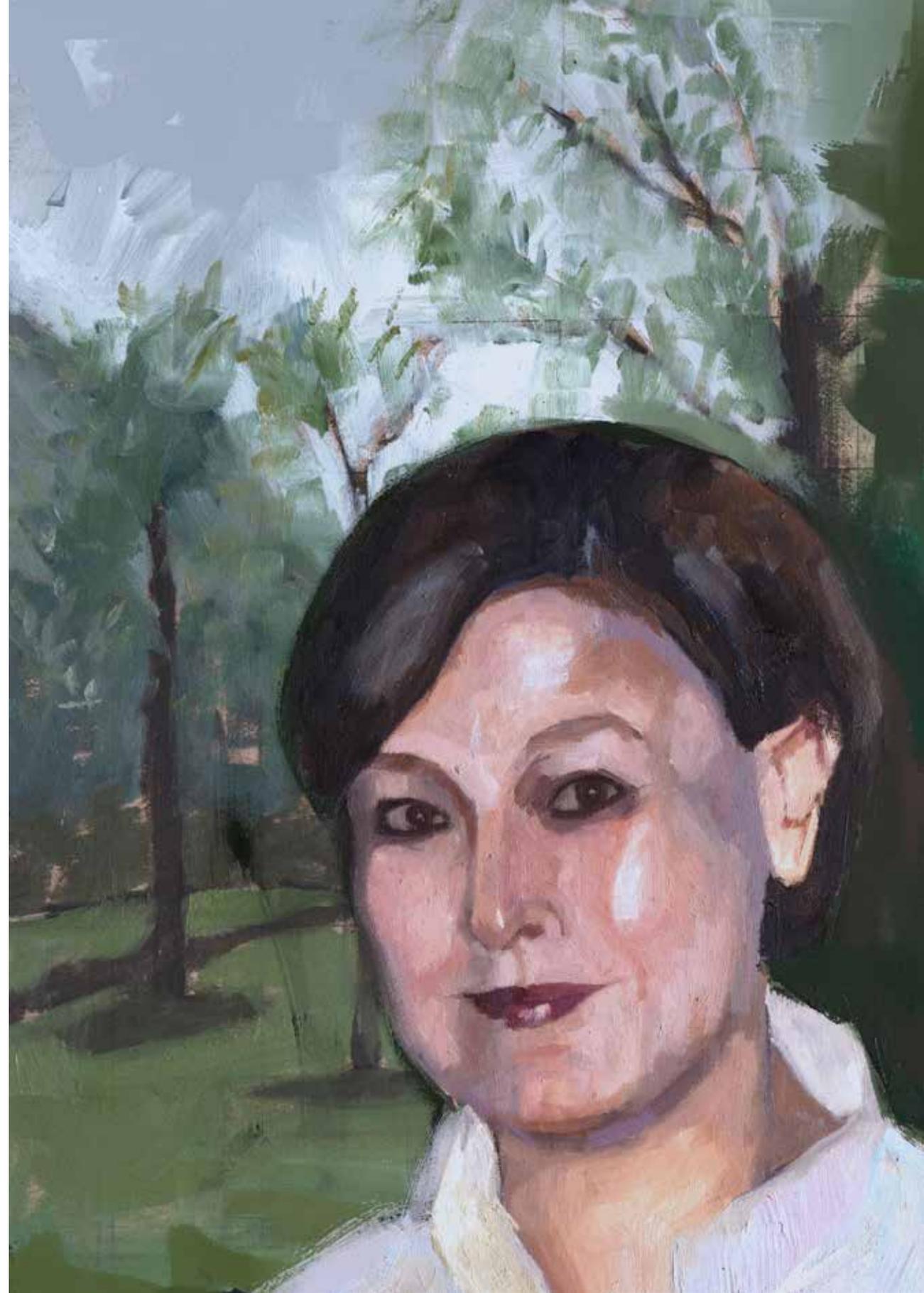
por la colonización, por lo cual hemos perdido tierra, ya no podemos asegurar la rotación de los cultivos”.

Para Leonor, las mujeres tienen un papel relevante en la agricultura, en la producción de alimentos. Una mujer arhuaca no piensa en un monocultivo, piensa en sembrar diversidad de plantas. Las prácticas agrícolas femeninas están ligadas al cuidado territorial, a la conservación de la tierra. “Las mujeres del campo”, explica Leonor, “no solo las indígenas sino también las campesinas, son cuidadoras de la tierra por cultura, por su permanencia en ese territorio, ellas saben manejar los valores que les ofrece la tierra donde viven y eso les permite ser mujeres sólidas, que saben para qué es la vida, satisfechas de vivir y de cuidar su familia, su comunidad, su tierra”.

Leonor es una mujer sabia, luchadora incansable que, con su mochila, sus collares y su vestido blanco, ha sido la voz de su pueblo, de los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, defensora de los derechos de los pueblos indígenas en Colombia, una voz que ha hecho eco a escala nacional e internacional, como se hizo escuchar en la Comisión Nacional de Derechos Humanos de los Pueblos Indígenas y en el Foro Permanente de los Derechos Humanos de Naciones Unidas. Ha participado en las reuniones del Convenio de Diversidad Biológica de la ONU y fue ganadora del Premio Internacional de los Derechos Humanos Anna Lindhs, otorgado por el Gobierno sueco en 2007. También ha sido candidata entre 12 personalidades mundiales por “Heritage Heroes” (Héroes del Patrimonio de la Humanidad) de la Unesco y recibió la condecoración al Mérito en el VII Encuentro Continental de Mujeres Indígenas de las Américas (Ecmia), en ciudad de Guatemala. Actualmente es miembro de la Red de Mujeres de Biodiversidad de las Naciones Unidas.

ELSA MATILDE ESCOBAR

Luchadora incansable por los derechos de las mujeres y por las visiones complementarias del ambiente.



Elsa Matilde es una manizalita de armas tomar que cogió su camino muy joven para irse a Medellín a estudiar química pura. Era el inicio de la década de los setenta y por entonces esta carrera no era propiamente para mujeres. Fue ella la primera mujer que salió con este título universitario en la mano y así venció contra viento y marea los imaginarios del momento, que establecían que una mujer sin ayuda no podía ser exitosa en sus estudios. "Esa fue una de las primeras peleas (que libré)", afirma Elsa Matilde, "porque fue la primera vez que tuve conciencia de lo que significaba la discriminación hacia la mujer. En la carrera estudié como una loca, no porque fuera la más inteligente sino porque tenía que ser la mejor y durante todo el tiempo tuve beca por buena estudiante en la Universidad de Antioquia". Estudiar en una universidad pública le abrió un horizonte nuevo y la empujó a ver la realidad del país. "Empecé a darme cuenta de lo que no veía desde mi mundo y a relacionarme con gente muy diversa que venía de todas partes del país con su realidad a cuestas, también con intelectuales, escritores, pintores, ya que Medellín era uno de los centros intelectuales más importantes del momento".

Sin embargo, por venir de la universidad pública, ser mujer y parecer hippie, dado su pelo crespo al viento, no la aceptaron en la vacante como investigadora a la que se había postulado en una gran empresa. Varios intentos fallidos, unos por razones como "tiene que viajar mucho y quién sabe si le darán permiso", o "se va a casar y abandonará el puesto, va a tener hijos y viene la maternidad y sus compromisos". Pero el más increíble fue cuando un gerente le dijo: "Elsa, de pronto la contratamos en la planta, pero pensándolo bien, tal vez no, porque si hay una emergencia a las diez de la noche, ¿usted qué hace?". "Pues me vengo, yo veré lo que hago", respondió ella muy ofuscada.

Ante esto, Elsa se refugió en el mundo del arte, con un sinsabor en su corazón por la discriminación que vivió en el mundo científico por ser una mujer. Regresó cargada de ideas y de energía a Manizales para luego mudarse a Bogotá, donde trabajó en la oficina de relaciones internacionales del Ministerio de Educación. Hizo una consultoría en el Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del

Ambiente (Inderena) sobre los impactos ambientales de los proyectos energéticos y ahí la sedujo el tema ambiental. Trabajó en el Fondo para la Protección del Medio Ambiente José Celestino Mutis (FEN) como oficial de proyectos y en el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (Ideam), como jefe de la Oficina de Ciencia y Tecnología, hasta llegar a la Fundación Natura, donde lleva 20 años como directora ejecutiva. Elsa Matilde dice con alegría: "He aprendido y he tenido la oportunidad de conocer el país y su gente, me he encontrado con mujeres maravillosas que han inspirado mi trabajo. La mayoría de los colombianos no conocen el país en (el) que viven, ni la realidad del campo y cuando uno lo conoce se da cuenta de que hay que trabajar con la gente y para la gente".

Con su mirada aguda y su sonrisa, Elsa Matilde ha logrado abrir puertas en varios campos y consolidar una línea diferente de trabajo con mujeres campesinas, indígenas y afro, a las que les ha dado voz, ayudado en la defensa de sus derechos y proporcionado espacios de participación y comunicación. En el año 2000 hicieron la primera reunión de cien mujeres afro en Chocó, desplazadas, víctimas del conflicto político y familiar, con un proyecto que se llamaba "Utría regional". Ese fue el primer encuentro que hizo que se afirmara en ella el propósito de seguir trabajando con mujeres y conservación del medio ambiente.

Elsa Matilde ganó una beca en la Universidad de Columbia, con la cual organizó seis importantes encuentros de mujeres indígenas de todo el país y de otros lugares del mundo. De los eventos resultaron tres libros. Allí participaron antropólogas, sociólogas, biólogas y abrieron el espacio para que las mujeres que venían de sus regiones cargadas de historias compartieran sus experiencias y sus luchas, sus risas, sus cantos y sus llantos. "Las mujeres entre nosotras somos muy especiales, hablamos, compartimos, nos reímos y somos capaces de llorar una encima de la otra, de ser solidarias, pero el resto de la sociedad no valora eso tan especial que tenemos, por eso en muchos casos las mujeres empiezan a interpretar el rol de hombres, para ocupar cargos importantes, y se olvidan de gozar su feminidad y de vivir la vida plenamente. Podemos

ocupar puestos de decisión sin tener que asumir el rol masculino. Es difícil, pero se puede”.

Por otra parte cuenta, “los proyectos que apoyamos con mujeres parten de sus necesidades, de lo que ellas quieren, de lo que necesitan, no de lo que se nos ocurra desde un escritorio. Me parece importante visibilizar el rol de las mujeres, darles la palabra y oportunidades para que estudien, para que salgan y sean dueñas de su vida, para que se fortalezcan como lideresas y puedan orientar sus procesos locales, regionales y nacionales. La vida me ha llevado a estar convencida de que hay que trabajar con las mujeres, por las mujeres y para las mujeres porque son fundamentales en el desarrollo con los hombres como compañeros; no abogo por un mundo sin hombres, nos complementamos, lo que pido es el respeto por la diferencia y el derecho a las mismas posibilidades, y no lo digo por mí sino por todas las mujeres a las que se les han negado las oportunidades. Sorprende que programas del Gobierno o de algunas agencias financiadoras consideren el género como un tema transversal, por lo cual no necesita recursos propios, o ponen 10 pesos para salir del paso”.

Otro tema que considera que debe trabajarse a fondo es que los aspectos de género, de etnia, de edad posean una legislación fuerte y sensata. “Las mujeres y los hombres tenemos una manera distinta de acercarnos, de complementarnos y la riqueza está en la diferencia, siempre y cuando tengamos las mismas oportunidades, los mismos derechos y los mismos deberes. Los hombres y las mujeres tenemos un acercamiento diferente a la naturaleza, a la utilización de los recursos, la relación con el bosque, con la chagra. Ese saber ancestral de las mujeres indígenas, campesinas, afro, como también de nuestras abuelas y bisabuelas; todas las mujeres han tenido conocimientos importantes que la sociedad no reconoce o no tiene en cuenta y su participación en espacios de toma de decisiones es nula. Vivimos en una sociedad de espaldas al saber femenino, pero las mujeres tenemos mucho que decir, mucha experiencia que compartir, mucha historia que contar, muchas propuestas que hacer en lo ambiental, en la conservación, en el cuidado del planeta”.

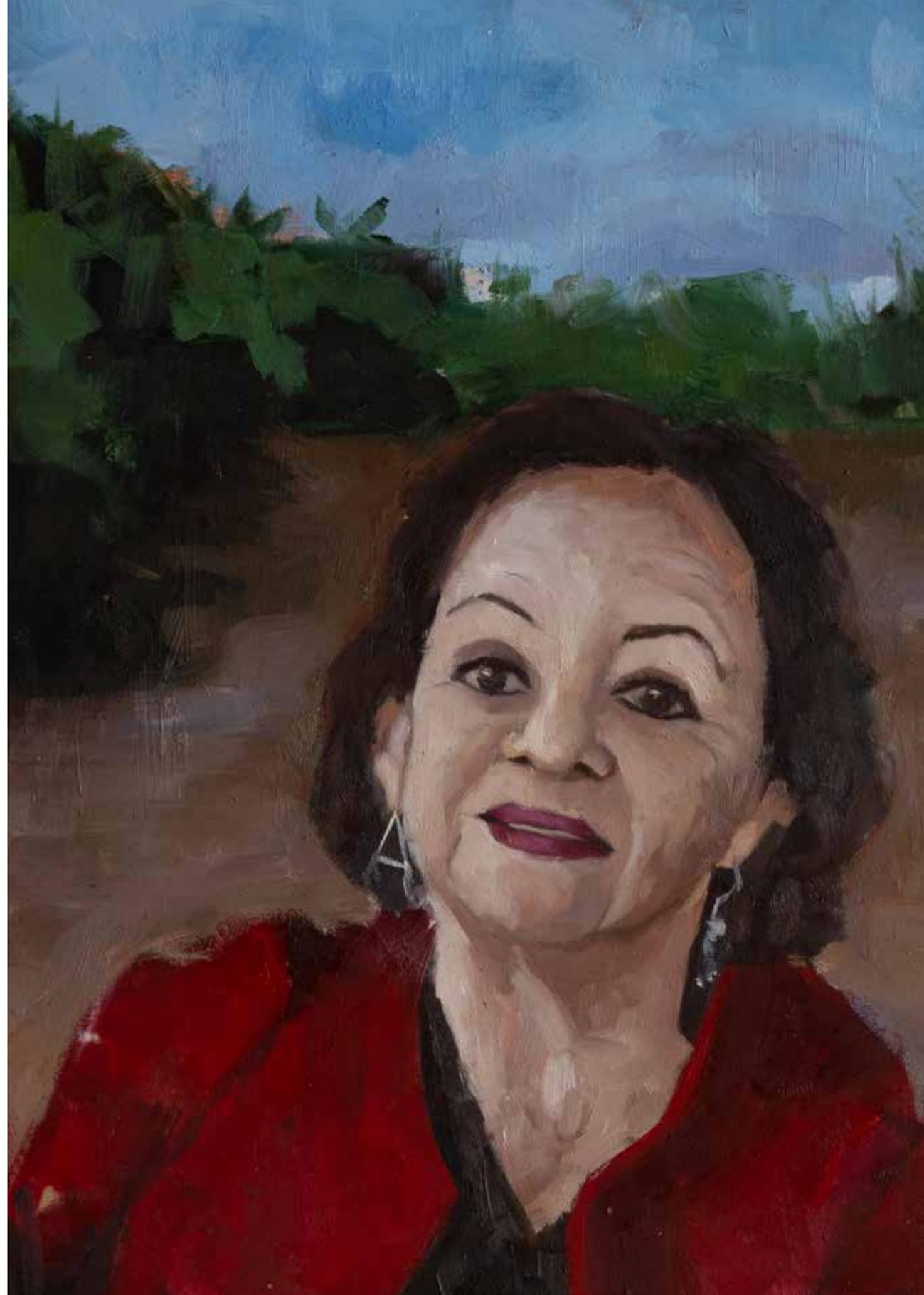
Elsa ha liderado iniciativas importantes como: La Fundación Natura Certificación, entidad que certifica las buenas prácticas agrícolas; el Mercado Voluntario de Carbono; la Carrera Verde; la Fundación Natura Regional, pero infortunadamente la Fundación Natura Ecuador, líder de las organizaciones ambientales latinoamericanas, se acabó y por ende la regional; ha sido vicepresidenta de la Red de Agricultura Sostenible, miembro fundador del Comité Colombiano y del Comité Regional de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) y participa en varios consejos directivos como el del Global Reporting Initiative (GRI) y el de Programa de Pequeñas Donaciones del GEF (por sus siglas en inglés).

Elsa Matilde, con una trayectoria amplia y de triunfos para las mujeres y el medioambiente, continúa con su misión por el cambio. Nada la detiene, porque es una enamorada de la vida. Además, es buena cocinera y una magnífica jardinera que siembra plantas y semillas que florecen en su mente y en su jardín.

“ (...) hay que trabajar con la gente y para la gente”.

ALEGRÍA FONSECA

Una líder por la justicia ambiental y un mejor mundo
para las nuevas generaciones.



Alegría le hace honor a su nombre: lleva en ella la chispa de la vida. Ella es una mujer madrugadora, impredecible y sociable. Le gustan los buenos vinos y navegar por los ríos Manacacias, Meta, Cravo y Tomo en el departamento de Meta. Le gusta bailar y su palabra es capaz de tallar un corazón de piedra. Aprendió a leer con La alegría de leer, cartilla que su madre, pedagoga, utilizaba para enseñar a leer y a escribir a los niños y niñas de varias generaciones de primer año escolar en Tunja. Su padre, amante de los caballos y buen jinete, le enseñó el amor por el campo en su finca el Edén, en Boyacá.

Alegría Fonseca es abogada, politóloga y filósofa de la Universidad Nacional, lugar que según ella tenía un ambiente campestre que le recordaba su infancia rodeada de naturaleza. Hizo luego estudios de Gerencia de Proyectos de Medio Ambiente en la Universidad Fundación Getulio Vargas de Brasil y de Desarrollo y Medio Ambiente en la Universidad de Namur en Bélgica.

Sus años en la Universidad Nacional coincidieron con un momento histórico del país: la presidencia del general Gustavo Rojas Pinilla, que fue un periodo de controversias políticas y de descontento nacional. Alegría hizo parte de los movimientos estudiantiles, participó en la organización de una huelga que ocasionó la suspensión de clases y el cambio del rector. Entre huelgas, manifestaciones y discursos, Alegría se fue consolidando como una lideresa reconocida de la universidad. "Alguna vez me dieron por cárcel un pueblito de Boyacá llamado Jenesano. Allí pasé dos meses presentándome todos los días a la alcaldía. Terminado el paro, se reabrió la universidad y me reintegré a las clases", recuerda.

Uno de sus compañeros fue Uriel Gutiérrez, estudiante de medicina. Ella recuerda con nostalgia que "empezando el mes de junio, estábamos estudiando en la cafetería con Uriel y otros compañeros. Él salió por unas copias para preparar un examen, con tan mala suerte que en ese momento se presentó un allanamiento de la Policía y una de las balas acabó con su vida. Mis compañeros y yo corrimos a socorrerlo, pero era tarde. Uriel había muerto víctima de las balas asesinas enviadas

por el Gobierno. Empapamos nuestros pañuelos en la sangre del compañero, llamamos a la masa estudiantil, que enardecida inició un gran movimiento de los más impactantes que se han dado en la historia de nuestra universidad. Hoy recuerdo como si fuera ayer mi incendiario discurso frente a tan dolorosos acontecimientos acaecidos al interior de la ciudad blanca, sentando mi enérgica protesta ante este acto represivo, pues en la universidad deben primar la libertad de expresión, la investigación sin ataduras y la creatividad sin límites, al ser el escenario para la formación de los futuros decisores del país".

Esta mujer independiente, que va por la vida con afán, es madre de tres hijos y entre estudios, reuniones, tetos, pañales, discursos y peleas, continuó su carrera política como miembro de la Coordinación Femenina de Bogotá. Fue elegida al Concejo de Bogotá, donde conoció la ciudad, su problemática, los sectores marginados y sus habitantes. En 1970 se ganó una curul como representante a la Cámara del Congreso de la República, donde ejerció durante dos periodos, de 1970 a 1982 y de 1994 a 1998. Su trabajo como congresista estuvo dedicado a los temas ambientales. "Mi iniciación como parlamentaria", sostiene Alegría, "coincidió con la realización de la Cumbre de la Tierra, Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente, en Estocolmo, en 1972, originada por movimientos encabezados por pensadores del Club de Roma que cuestionaban el Desarrollo Económico por ser destructivo para el planeta Tierra".

Su primer debate en el Congreso, en 1972, fue para salvar el Parque Nacional Tayrona del complejo hotelero que un grupo de inversionistas pensaba construir en la zona. Con el apoyo del extinto Inderena (Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente), Alegría y su bancada lograron detener la obra y salvar el parque. También, a través de otro debate parlamentario, defendió el Parque Nacional Natural Isla de Salamanca, donde pretendían construir una ciudadela industrial, a orillas del río Magdalena. Alegría convocó ministros y entidades gubernamentales a un debate que acompañó el movimiento ambiental, la Sociedad de Ecología, los periodistas Alberto Donadío, Gonzalo Guillén, Gloria Valencia de Castaño y otros

defensores de la naturaleza. Fueron dos triunfos políticos y ambientales rotundos en la carrera de Alegría.

Cuenta que cuando visitó la isla de Gorgona, en la época en que era una cárcel de alta seguridad, encontró un ecosistema único, no solo por su belleza natural, sino por su vegetación, sus especies terrestres y marinas, que, según ella, reunían todos los requisitos para constituirse como Parque Nacional Natural. "A mi regreso presenté el proyecto de ley por el cual se erradicaba la cárcel y se creaba el Parque Nacional Isla de Gorgona. El proyecto fue aprobado por el Congreso, pero no fue sancionado por el presidente Julio César Turbay, ante la dificultad, según él, que presentaba el traslado de la cárcel a otro sitio. Posteriormente en el Gobierno del presidente Belisario Betancur se hizo posible la creación del Parque Nacional Natural Gorgona".

Entre otras causas ambientales que ha defendido, se encuentran la problemática de las cuencas hidrográficas de la hoya Magdalena-Cauca, el río Bogotá y la laguna de Tota. Fue coautora de la Ley 23 de 1973, origen del Código Nacional de Recursos Naturales y Protección del Medio Ambiente, y de la Ley 37 de 1989, por medio de la cual se estructuró el Plan Nacional del Medio Ambiente, se creó la Comisión Revisora de la Legislación Ambiental, se crearon el Plan de Desarrollo Forestal y el servicio Forestal Nacional. Es autora de la Codificación Sanitaria, Ley 09 de 1979, y la Ley 299 de 1996 sobre jardines botánicos y de la Ley 373 de 1997, de Ahorro y uso eficiente del agua, conocida como la "Ley Alegría", norma que actualmente se está aplicando en el país, y que ha sido de gran utilidad para racionalizar el uso del agua dada la escases de este recurso.

En el año 1985, Alegría creó la Fundación Alma, una entidad dedicada a la protección y defensa de la vida y el medioambiente, donde ha trabajado incansablemente junto con un equipo de jóvenes en diferentes proyectos de conservación, tales como la restauración de cuatro humedales en el Magdalena Medio, la defensa de ríos y ciénagas, el acompañamiento de pescadores que han perdido su trabajo a causa de la contaminación, el dragado y las obras. Así

mismo, ha desarrollado labores de ordenamiento ambiental territorial, de gestión y planificación en áreas protegidas, de conservación y restauración participativa de ecosistemas, y estudios y monitoreo de la biodiversidad, entre muchas otras.

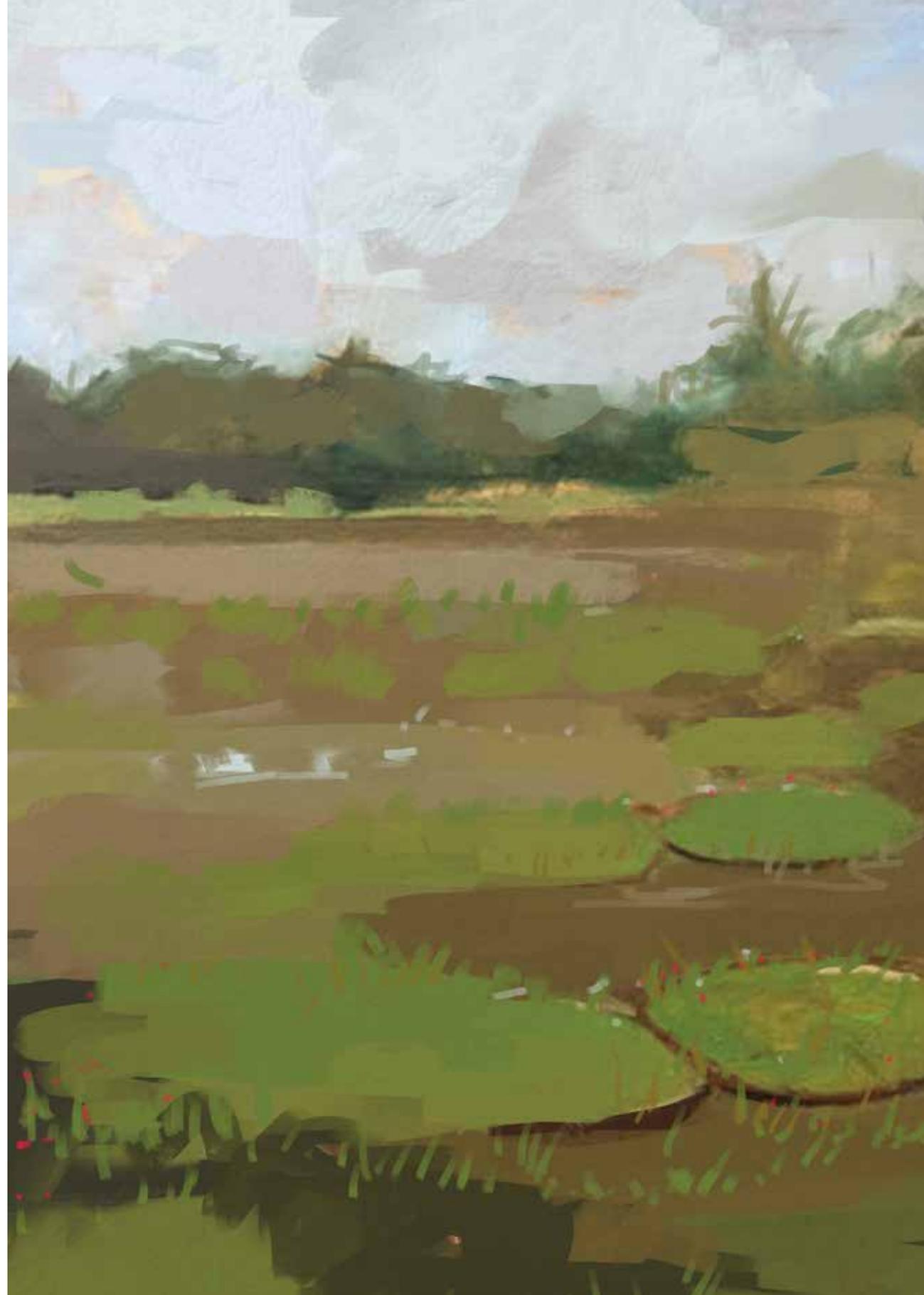
Distinguida nacional e internacionalmente por su quehacer a favor del medioambiente, Alegría ha recibido un sinnúmero de condecoraciones y galardones como el premio "Global 500" de 1991, en Estocolmo que es concedido cada año por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente a personas y organizaciones que han realizado contribuciones sobresalientes a la protección del medio ambiente. En 1998 recibió el Premio Nacional Ambiental y en 1999 la Cámara de Representantes la condecoró con la Orden Policarpa Salavarrieta, en el grado de Comendador, como también la Comisión Quinta le dio una mención especial por su trabajo ambiental.

A pesar de su preocupación en torno a la crítica situación ambiental en Colombia y el mundo, Alegría no consiente otra estrategia diferente a seguir adelante con su trabajo, para que las generaciones futuras puedan disfrutar de un mundo mejor. Ella es una lideresa que habla sin tapujos, con la verdad a flor de piel y con la palabra fuerte en sus labios.

" (...) en la universidad deben primar la libertad de expresión, la investigación sin ataduras y la creatividad sin límites, al ser el escenario para la formación de los futuros decisores del país "

MARGARITA MARINO DE BOTERO

Primera mujer defensora del medio ambiente en Colombia.



Margarita Marino es una mujer que cautiva con su suavidad, su elegancia y la belleza de sus casi 80 años. Su trabajo ha sido fundamental para la defensa del ambiente, sus ideas, revolucionarias, y sus luchas, determinantes para la protección de los recursos naturales y el avance en la agenda ambiental nacional y global. Es la pionera de la defensa ambiental en Colombia y la mujer de mayor incidencia en el pensamiento de protección de los ecosistemas del país. "Soy como la generalidad de los seres humanos", afirma ella, "sensible y determinada, con destrezas y torpezas. Sueños, alguna tolerancia con las realidades, y aspirando como algunos a «poseer el misterio de las cosas»".

Margarita trabajó durante 13 años, tres como directora, en el Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente (Inderena), desde donde impulsó el tema del medioambiente en la agenda de desarrollo del país, asunto que en ese momento fue revolucionario e innovador. El concepto de ecodesarrollo derivó en desarrollo sustentable, el cual tuvo repercusión en toda América Latina. Promovió la participación de campesinos y alcaldes locales en más de 800 lugares del país, en torno a temas ecológicos con los consejos verdes municipales, cuyo lema era "Mil alcaldes siembran futuro". "Los consejos verdes municipales tenían, entre otras funciones", manifiesta Margarita, "promover el estudio, el reconocimiento y la información sobre el territorio; construir un vivero de especies nativas; proteger las cuencas hidrográficas, y sembrar los bosques que repoblarían las tierras degradadas". La organización servía como nuevo ámbito para diálogos comunitarios, de difusora de información ambiental y a la vez construía capacidades de decisión local.

Margarita fundó el Colegio Verde de Villa de Leyva, escuela sobre medioambiente que lleva más de 30 años formando académicos, estudiantes y líderes ambientales. Para ella, Villa de Leyva, municipio ubicado a poco menos de 40 kilómetros de Tunja, capital del departamento de Boyacá, es su lugar preferido. "Es el mosaico de ecosistemas más bello de los Andes".

Para Margarita, su reto en la vida es aprender a convivir con la naturaleza. "Si todos reflexionáramos sobre los beneficios que derivan de vivir en una naturaleza vigorosa y sana, todos seríamos ambientalistas. Viviremos mejor cuando entendamos que somos parte de la naturaleza, sin ningún derecho a agredir y menos a destruir nuestra posibilidad de supervivencia. Una forma fundamental de la paz es la paz con el medio en que vivimos. En un mundo cada vez más poblado y demandante de más energía y recursos naturales del planeta, existe una presión nunca antes conocida sobre los ecosistemas. (...) El mundo dobló su población en los últimos 50 años. Estos incrementos poblacionales con nuevas expectativas de vida, aunados al avance de los sistemas tecnológicos y científicos, representan singulares éxitos del progreso del ingenio humano. Ahora es urgente articularlos a las realidades de la oferta natural y a su evidente complejidad".

La pasión de Margarita por la naturaleza la llevó a liderar el movimiento ambiental en Colombia y dice ella que "las mujeres han sido las lideresas universales que abrieron las primeras avenidas del pensamiento ambiental global". Destaca en particular a la bióloga marina estadounidense Rachel Carson, con su *Primavera Silenciosa*, en 1962, a la economista inglesa Barbara Ward, con sus textos pioneros e introductorios a la Conferencia de Estocolmo en 1972, y a la política noruega Gro Harlem Brundtland, con el informe *Nuestro futuro común*, de 1983, texto que Oxford University Press considera "el documento más importante de la década". Estas tres mujeres impulsaron una nueva concepción ambiental del mundo, convencieron a la opinión pública del significado de la conservación y la restauración ambiental y pusieron sobre la mesa las alarmas que la ciencia venía anunciando.

En sus años de formación y de sus primeros retos, fue testigo de la evolución de los conceptos medioambientales, como los límites al crecimiento, la ecología profunda, la economía ecológica y ambiental, el ecodesarrollo, la ecología política, el decrecimiento, la bioeconomía, que curiosamente fueron analizados a través de la luz ancestral del conocimiento de diferentes culturas, ajenas a Occidente. Varios de los

conceptos que se postulan en la actualidad, han tenido su inspiración en las formas de convivencia con la naturaleza de los pueblos indígenas y las comunidades afrodescendientes.

Existe un factor que es transversal a la idea del cuidado del entorno y de los ecosistemas, según Margarita, que se refleja en cualquier cultura de cada continente, bien sea un pueblo ancestral o una comunidad occidental contemporánea: la mujer. "Las mujeres estamos educadas para el cuidado", comenta. "Crecemos entusiasmadas por construir proyectos de vida. Muchas son ingeniosas y pueden defender la vida en las circunstancias más penosas. Es difícil vencer su voluntad de avanzar y su estoicismo. Mucho más difícil desconocer su entusiasmo y su fe en el porvenir. Para una sociedad justa y colaborativa hombres y mujeres harán su parte. (...) Es necesario que las mujeres tengan más vocería y representación en las decisiones políticas en todos los estadios de la Nación. Es indudable que los que creemos en los valores y poderes de las transformaciones locales como iniciadores de todos los cambios fundamentales tenemos enorme respeto y nos quedamos cortos en el apoyo y el orgullo que deberíamos demostrar más a menudo por esas formas sencillas, conmovedoras, contundentes de resoluciones sostenibles y esa fortaleza que emana de esas defensas de aguas y ríos, de páramos y selvas que nuestras coterráneas sostienen en las zonas más alejadas y abandonadas del país".

Aunque su vocación de defensora ambiental y vocera de la naturaleza y las comunidades afectadas por la destrucción de ecosistemas es inquebrantable, es realista en cuanto al panorama sombrío que se cierne sobre el planeta. "No hay un solo territorio no intervenido en el planeta", analiza Margarita. "Los científicos predicen un cambio de época geológica, el 'Antropoceno'. La crisis climática nos obliga a cambiar nuestra visión de futuro. Estamos perdiendo un millón de especies al año, los océanos son inmensos depósitos de plástico, los glaciales se deshuelan... todo parece extremadamente peligroso, extremadamente vulnerable, una prosperidad general dudosa, llena de incertidumbre. El cambio global es urgente, necesario, indispensable y no será posible sin una movilización social que presente una transición posible de esta

economía depredadora y a todas luces insostenible a una economía dependiente de los límites naturales".

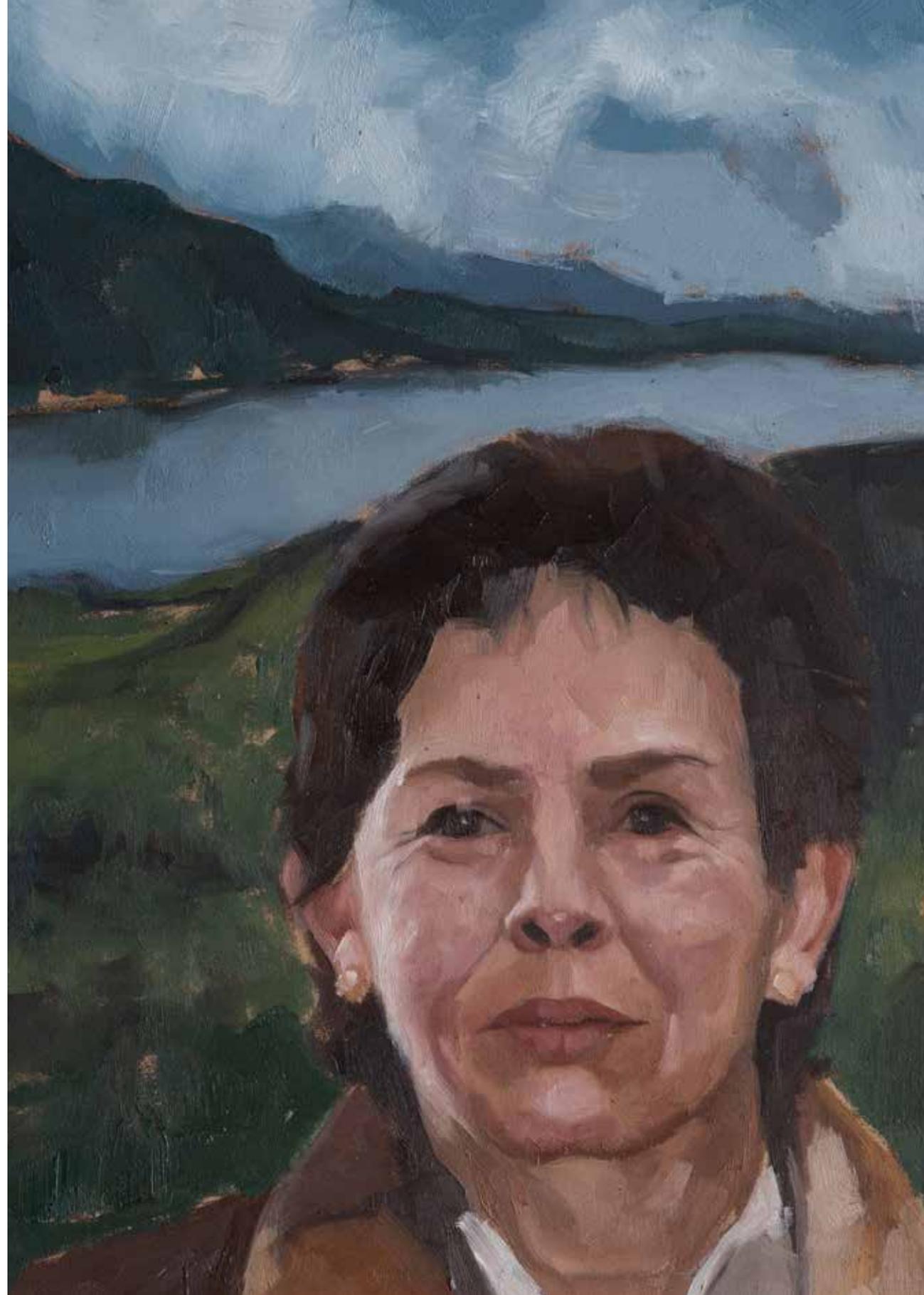
Margarita considera que el desprecio por la ciencia y el conocimiento, por los derechos territoriales locales y populares, la ausencia de organizaciones sociales organizadas, el desinterés de los jóvenes por la política y, lo más grave, las dudas en la eficacia de la justicia son las mayores amenazas que actualmente tenemos. "La incompreensión sobre el sentido de la libertad, de pensar y actuar diferente, el rechazo a las opiniones diversas, las injusticias manifiestas en el uso y el abuso de los recursos naturales", sostiene.

Con una sonrisa, Margarita habla sobre el valor de poner en práctica las mejores acciones, los mejores pensamientos, la reflexión, las palabras útiles a la causa; buscar buenos consejos y experiencias, buenos aliados, y "confiar en una juventud que amanece a una vida llena de conflictos, siendo capaces de indicarles un camino de amor al conocimiento, con menos temores de futuro, de alegría y de felicidad en las causas del servicio a los demás y al cuidado de la causa común de este nuestro único planeta".

Margarita Marino de Botero ha hecho parte, entre otras, de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y la Comisión Latinoamericana para el Medio Ambiente y el Desarrollo. En el 2000 fue la vicepresidenta de Global Dialogue 2000 en la Feria Mundial de Hannover. Fue miembro de la Junta Internacional de la Fundación para la Enseñanza Internacional (Canadá), asesora de Comisión Delors para la Educación en el Siglo XXI de la Unesco y vicepresidenta de la Junta Asesora Internacional del Centro para la Investigación del Desarrollo (ZEF), de la Universidad de Bonn, Alemania. De 2009 a 2015 fue directora ejecutiva del Congreso de Ciencias Ambientales, una alianza de 15 universidades colombianas encabezada por la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Actualmente orienta a un grupo de 40 jóvenes profesores en las metas de los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2030 de las Naciones Unidas.

MARGARITA FLÓREZ

Medioambiente y políticas: del discurso a la práctica.



Margarita Flórez Alonso, como abogada, sabe muy bien que a las palabras se las lleva el viento. Si las ideas, discursos, políticas y medidas no se transforman en acciones que generen un cambio o un bienestar en la sociedad, pues no tienen valor. Sencillamente, son humo del más fino. Con una extensa experiencia en el campo legal y jurídico del medioambiente, Margarita ha dirigido sus esfuerzos a batallar para que los gobiernos y las instituciones conviertan sus promesas y prédicas en ejercicios reales que tengan un impacto positivo en las comunidades y su entorno.

Margarita nació en Bogotá y se crio en Villavicencio, en la llanura cálida de cielos abiertos, garzas y gavilanes. Estudió derecho en la Universidad del Rosario y se interesó por el teatro. Fue una destacada actriz durante varios años. Su vena artística e intelectual la hizo virar hacia el estudio del derecho ambiental, un terreno algo inhóspito en las décadas de los setenta y ochenta. Margarita se interesó en los postulados de dos corrientes académicas que buscaban una legislación sobre el medioambiente, con el fin de proteger los recursos naturales del país. Por un lado, estaba el movimiento ecológico de Risaralda, que fue un grupo de profesionales que para proteger la laguna del Otún sentó unas bases políticas importantes para la evolución del tema. La segunda, fue una corriente de carácter institucional e internacional, planteada por Margarita Marino de Botero, quien estableció un discurso medioambiental sobre la protección y uso apropiado de la naturaleza, que el país necesitaba con urgencia ante los cambios mundiales.

El ambientalismo por entonces necesitaba involucrar a los movimientos sociales y a los sujetos de derechos: campesinos, indígenas, mujeres y otros grupos poblacionales marginados por el Estado. Durante los años ochenta, mientras Margarita trabajó para la Unidad de Parques Nacionales Naturales, advirtió que el panorama empezaba a cambiar. La instauración de la Constitución de 1991 fue un triunfo para todas aquellas personas que habían trabajado por una protección estatal de las riquezas naturales del país, y lo fue aún más para las ciudadanas y los ciudadanos que encontraban por primera vez instrumentos legales para hacer frente a las problemáticas ambientales de sus territorios.

Al año siguiente, Margarita construyó un marco de actividad muy importante, novedoso para la época, sobre los derechos económicos, sociales y el emergente derecho ambiental, los cuales entraban en franca contradicción con el debate y los intereses que estaban sobre la mesa ante la apertura económica de la nación. Una tendencia política que envolvía a la región latinoamericana. Margarita, estudiosa y comprometida, analizó a fondo la discusión teórica entre el derecho ambiental y el libre comercio, con el ánimo de compartir lo que sucedía y las cortapisas que un tema le imponía al otro.

Su observación sirvió para alimentar el debate que se abrió en la última década del siglo, en torno al Convenio de la Biodiversidad Biológica (CDB), el cual tuvo tres objetivos principales: la conservación de la diversidad, la utilización sostenible y la participación justa y equitativa en los beneficios que se deriven de la utilización de los recursos genéticos. Según Margarita, en ese convenio se expresó una marcada contradicción, puesto que no se fijaron lineamientos para que las dos tendencias se correspondieran. Por el contrario, el derecho comercial (y los intereses que lo rodeaban) salió fortalecido y de allí que se firmaran diversos tratados de libre comercio con otros países, a costa de los recursos naturales del país.

Mientras que los intereses económicos y comerciales del Estado y de los particulares se transformaron rápidamente en derechos poderosos, protegidos y de obligatoriedad, según el caso, los derechos humanos y del medioambiente apenas eran sopesados como derechos que deberían ser fundamentales. "Cuando se dispara la firma de (los) TLC, se abrió una autopista que garantiza al capital ir sin freno, mientras que al derecho ambiental yo lo comparo con un camino de herradura", afirma Margarita. "En Colombia somos los primeros en firmar todo los convenios sin reflexionar a fondo sobre las consecuencias futuras. Y después nos quejamos (...) de las sumas millonarias que esto representa en juicios ante tribunales de arbitramento".

Esa fue una discusión sustancial y una pelea valiente que Margarita dio en espacios nacionales e internacionales, como cuando tuvo

la oportunidad de estar en redes globales, por ejemplo, en la junta directiva de Third World Network (la Red del Tercer Mundo), fundada por Mohamed Idris y Martín Kohr en Malasia, como una manera de establecer un diálogo sur-sur frente a estos temas de libre comercio.

En ese marco de batalla intelectual, de concretar lo discursivo a lo real, evento que más o menos ha sido su camino profesional, Margarita se centró en desmitificar el discurso de la globalización como algo ininteligible para que la gente lo entendiera, exponiendo temas, mostrando oportunidades y amenazas. En un trabajo conjunto con el Fondo Mundial para la Naturaleza (World Wildlife Fund), Margarita hizo parte de los diálogos con consejos comunitarios del Pacífico para comunicar las discusiones a las comunidades y que ellas puedan empoderarse de lo que tienen y de cómo pueden aprovecharlo y protegerlo. “Es una lucha por lo último que queda que son los recursos naturales”, manifiesta, “y los intereses son enormes de quien va a manejar y apropiarse de ellos, sobre los servicios ambientales, sobre el agua. (...) Mientras la exigibilidad de los derechos humanos carezca de mecanismos sancionatorios más eficientes, el balance no es alentador”, remata Margarita.

A Margarita le preocupa la situación de muchos campesinos que se quedaron o refugiaron en los páramos desplazados de sus tierras en las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta, pues casi la mitad de los habitantes de los páramos no tienen título. Si la gente no tiene seguridad sobre esos territorios con obligaciones expresas en materia de conservación y manejo adecuado, ¿qué se hará con ellos? Si los campesinos no tienen el título de la tierra y si los páramos van a ser declarados de altísima prioridad de conservación, el problema es qué se va a hacer con la gente de ahí. ¿La van a sacar? Se pregunta. Margarita expresa con la claridad y el valor que la caracterizan su mensaje: “Aquí no se puede seguir sacando la gente a patadas de todas partes, eso, en mi concepto, es la base de la violencia”.

Margarita realiza su trabajo de manera incondicional, cada día, sin descanso, bien sea dentro del trabajo con una organización multilateral,

con un gobierno local o de turno, pero lo hace por aquellas y aquellos que no tienen voz, que no tienen el conocimiento de las leyes nacionales e internacionales, por aquellas y aquellos que ven cómo sus ríos se degradan, cómo una multinacional les arrebató los territorios, cómo ven desaparecer los pájaros y los mamíferos de sus tierras, por aquellas y aquellos que no han podido regresar a sus tierras de origen por la guerra de algún recurso natural, por aquellas y aquellos que vendrán después a tomar su lugar y seguirán dando la pelea y a quienes les habrá trazado el camino de manera profunda y sabia. “Pienso que los mayores tenemos un deber en la vida y es transmitir lo poco o mucho que sabemos a las generaciones más jóvenes para ahorrarles un poco el tiempo, que no se desgasten en las mismas cosas que uno se ha desgastado”, sostiene Margarita, convencida que las generaciones venideras serán importantes. “Yo creo que sí va a haber cambios con los jóvenes”.

“Es una lucha por lo último que queda que son los recursos naturales”.



DE LA CIUDAD AL TERRITORIO

“Desde el espacio vemos una esfera pequeña y frágil, dominada no por la actividad y las obras humanas, sino por un conjunto de nieves, océanos, espacios verdes y tierras. La incapacidad humana de encuadrar sus actividades en ese conjunto está modificando, fundamentalmente, el sistema planetario.”

Este fragmento se refiere a la visual de la Tierra desde el espacio, y viene del párrafo con el que, en 1987, abrió el informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, Nuestro Futuro Común. El texto, uno de los más profundos y estéticos que hay en la política internacional ambiental, marcó un importante cambio en el lenguaje que se usaba para abordar los temas ambientales frente a los temas de desarrollo.

La historia del informe Nuestro Futuro Común comienza en diciembre de 1983, cuando la Asamblea de las Naciones Unidas acogió el establecimiento de una comisión especial que generara un informe sobre la problemática ambiental y global con miras hacia el año 2000, incluyendo propuestas de acción. En el año siguiente, se le dio a Gro Harlem Brundtland, la entonces Primera Ministra de Noruega, el man-

dato de conformar y presidir esta Comisión. A esta mujer, la acompañaron otras voces fuertes, incluyendo, como ya sabemos, la de Margarita Marino de Botero en representación de Colombia.

Durante la construcción del informe Nuestro Futuro Común ocurrieron dos catástrofes ambientales de orden planetario, que mostraron la dimensión de los problemas a los que la humanidad se estaba enfrentando: el desastre de Bhopal (1984) que causó la muerte y lesiones a miles de personas por una fuga de gases en una planta de pesticidas, y la explosión de cuatro reactores nucleares en la planta de Chernobyl (1986), que dejó una huella radioactiva de la cual hasta hoy continúan habiendo consecuencias. Además, avanzaba la ciencia que demostraba el cambio climático (para entonces referenciado como calentamiento global) de origen antrópico. La urgencia de acciones se hacía inminente.

Quizás la herramienta más resistente que entregó este informe fue la popularización del uso del término "desarrollo sostenible" y su definición: el desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias. Este nuevo marco de comunicación eliminaba la contraposición entre el desarrollo económico y la defensa de los recursos naturales.

Mientras el mundo buscaba nuevas herramientas para conciliar lenguajes y afrontar la problemática ambiental, otras voces femeninas se unían a esta empresa. Ahora con oportunidades educativas semejantes a las de los hombres, pero lejos de estar en condiciones de plena igualdad, desde las ciencias naturales y humanas surgían profesionales que llenarían a Colombia de nuevas herramientas de diálogo.

Astrid, Luz Marina, Silvia y Brigitte entendieron desde diferentes vías que sociedad y naturaleza era una unidad, que los dos mundos debían conciliarse, que en el viejo conocimiento de las comunidades originales estaban muchas de las respuestas a las nuevas preguntas. Eugenia, Gloria Amparo y Julia encontraron en la evolución del derecho ambiental

una estrategia por cuya fortaleza se caracterizaría a Colombia. Sandra y Marcela se aferraron a la ciencia como la principal arma de lucha para defender los ecosistemas de los que miles de personas dependen, y que son invisibles desde donde están los tomadores de decisiones del país.

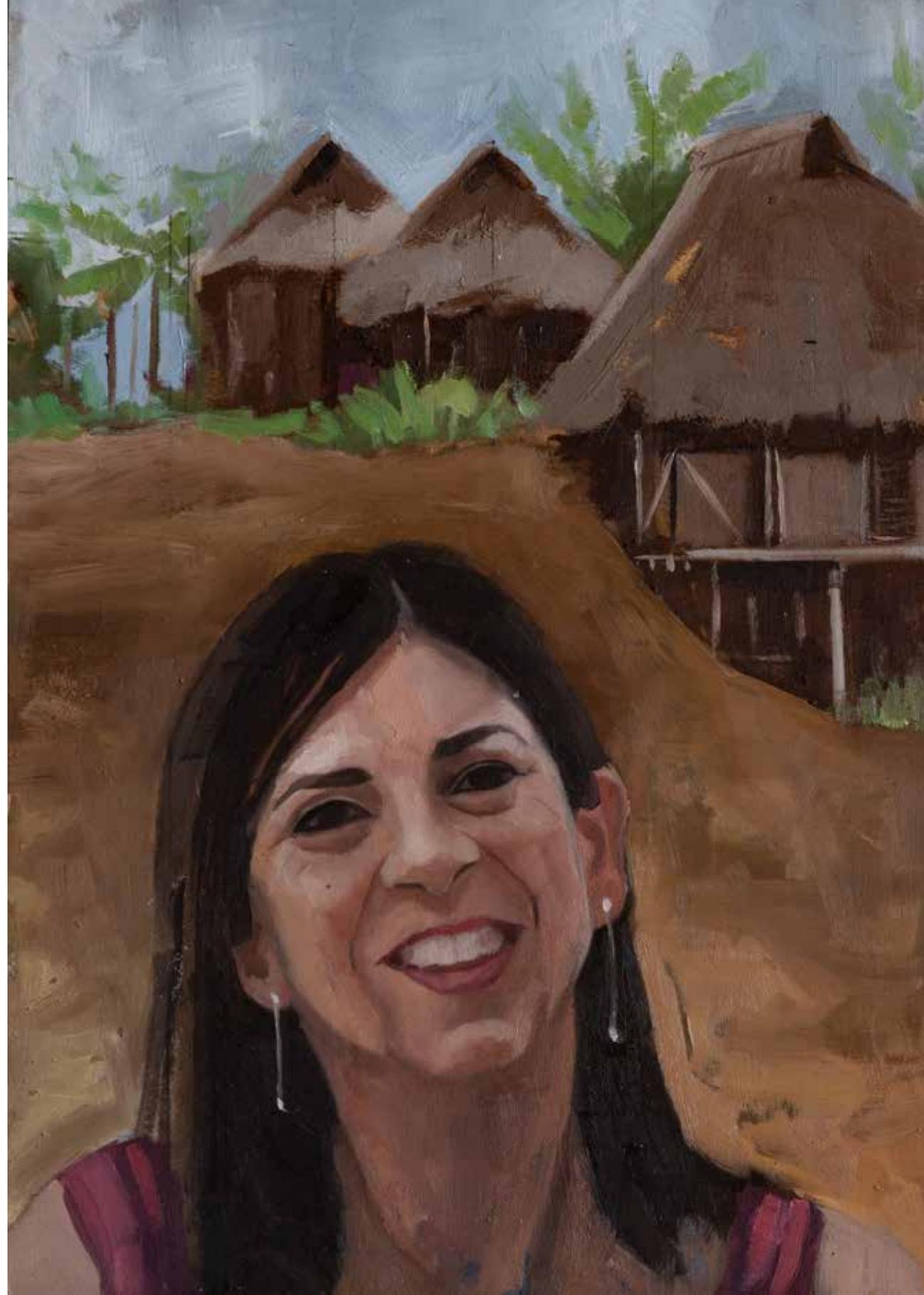
Hoy, como cuando Gro y sus compañeras y compañeros de Comisión se refirieron a la imagen de la Tierra desde el espacio, continuamos modificando el sistema planetario. Pero no enfrentamos ese problema de la misma manera; hoy, gracias a tantas mujeres, tenemos nuevas herramientas, lenguajes, estrategias, marcos de referencia, que nos permiten batallar con más fuerza.



ASTRID ULLOA

Repensando la naturaleza.

Entender los procesos territoriales y ambientales de manera histórica permite, en términos de una paz o una justicia ambiental, hacer memoria de los conflictos en los territorios.



Astrid Ulloa ha recorrido una gran porción del país en busca de respuestas de temas sociales y ambientales. Pero más allá de haber contestado a sus preguntas como investigadora, ha tenido la valentía y la humildad de haber sabido escuchar y vivenciar el conocimiento indígena y contrastarlo con los saberes de Occidente. Su búsqueda ha abierto más interrogantes, desde luego, pero ha permitido que la voz ancestral de los pueblos originarios se escuche en escenarios académicos y políticos, donde se discuten tópicos como el calentamiento global, el uso de la tierra y el papel de la mujer en los desafíos ambientales del siglo XXI. Sus aportes son invaluable.

Su aventura comenzó allí mismo, en la naturaleza, en el pueblo donde nació: La Vega (Cundinamarca). Esa niñez envuelta en los paisajes cundinamarqueses marcó su interés en la tierra y sus gentes. Con ocho años de edad, Astrid y su familia se mudaron a Bogotá. Ingresó a la Universidad Nacional de Colombia antes de haber adquirido la mayoría de edad y se decidió por la Antropología, una carrera que le depararía su misión de vida: recorrer y conocer culturas.

Su primera experiencia de inmersión fue en el sur del territorio nacional, en el departamento de Putumayo. Convivió con los Murui y, en palabras de Astrid, fue una "relación cercana y muy intensa". De allí consiguió depurar su mirada investigadora, lo que le interesaba como científica: la relación de las mujeres con su entorno.

Su siguiente escala fue la Sierra Nevada de Santa Marta. Compartió con el pueblo arhuaco y trató de entender cómo era esa relación entre mujeres y hombres y su contexto ambiental. Si bien estas experiencias fueron enriquecedoras y profundas, su excursión al Pacífico colombiano fue la que marcó su vida profesional y dio ese giro fundamental en su pensamiento. Entró en contacto con los emberá del Chocó y trabajó con mujeres en sus oficios cotidianos de cestería, cerámica, tejido de collares de múltiples combinaciones y chaquiras de diversas formas y colores. Aprendió la pintura facial y corporal que se emplea en ocasiones especiales para representar el mundo de lo natural, las plantas y los animales. Esta pintura es elaborada principalmente con jagua (genipa

americana) y es una manifestación muy importante de esta cultura.

Esta expedición personal decantó en su tesis universitaria Kipara: dibujo y pintura, dos formas emberá de representación del mundo (1989), estudio que fue laureado. Para entonces, el acercamiento que Astrid había realizado con las culturas había sido primordialmente de conceptualización de lo que se denomina "lo no humano", es decir, análisis sobre el significado que tienen los animales en el pensamiento emberá, lo que representan las formas humanas y naturales y sus expresiones en la cultura material.

En 1992 regresó al Pacífico en calidad de investigadora del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh) para trabajar en el manejo de la fauna en el Parque Nacional Natural Utría, sobrepuesto al territorio emberá. Fue una aproximación diferente en asociación con la Fundación Natura, la Organización Regional Indígena Embera Wounaan – OREWA, el Ministerio del Medio Ambiente y la Organización de Estados Iberoamericanos- OEI. El estudio llevado a cabo con un equipo fue interdisciplinario e intercultural, y con el conocimiento tradicional de los investigadores locales, sistematizaron las concepciones y relaciones con los animales. A partir de esta mirada de la fauna se planteó un diálogo intercultural entre la academia y las comunidades indígenas, para poner a conversar dos formas de ver el mundo, donde las concepciones emberá cobraron importancia para una propuesta de manejo del parque, la cual consolidó una perspectiva diferente de las categorías de Occidente.

Esta investigación recibió en 1997 el premio Alejandro Ángel Escobar en Medio Ambiente y Desarrollo. De ahí salieron varios libros que trataron sobre la relación de los emberá con los animales. En la cosmovisión emberá existe una transformación permanente de los seres. Los animales pueden transformarse en humanos y los humanos en animales. En palabras de Astrid, "hay un circuito entre diferentes mundos, una territorialidad vertical y otra horizontal que están interrelacionadas y por esto no podemos hablar solamente de animales, sino que tenemos que considerar interrelaciones de lo humano y lo no humano".

Comprender las dinámicas de esta interrelación entre los humanos y su entorno fue un momento clave en la carrera de Astrid, porque le permitió posicionar otras formas de interactuar con el mundo en favor del sostenimiento ambiental.

Astrid continuó sus estudios doctorales en California y regresó a la Sierra Nevada de Santa Marta, para efectuar su investigación. El fruto del proceso es el libro *La construcción del nativo ecológico* (2005), en el que aborda la relación entre los movimientos indígenas y las tendencias ambientales, según las estrategias políticas de defensa territorial de los cuatro pueblos indígenas de la Sierra (kogui, wiwa, arhuaco y kankuamo) y de sus implicaciones en estos contextos.

El planteamiento principal de la investigación es lo que Astrid definió como "ecopolítica ambiental global", que abarca un nuevo escenario en el cual otras nociones de naturaleza y negociaciones diferentes establecen el debate sobre cómo los pueblos indígenas se posicionan en un escenario transnacional ambiental. Esta ecopolítica permitió a los pueblos originarios, a partir de los años 90, posicionarse en debates internacionales sobre biodiversidad e incidir en las políticas ambientales de su contexto.

No obstante, había algo que faltaba al análisis completo de las problemáticas sociales y ambientales de los pueblos indígenas. Astrid y el gremio académico y ambiental en el que se desempeñaba lo identificaron al caer del siglo: el género. "¿Qué pasa con los pueblos indígenas y el género?", se preguntó Astrid. "¿Qué pasa con las mujeres indígenas y el cambio climático? ¿Y con la biodiversidad, la territorialidad, el agua?" Estas interrogantes se explayaron en tres libros que Astrid y la Fundación Natura y otras instituciones, realizaron, además de una serie de eventos que dieron a las mujeres indígenas visibilidad y voz en los debates ambientales a escala nacional e internacional.

Esta visibilización "fue clave", manifiesta Astrid, "porque era traer las voces diferenciadas de mujeres en el debate ambiental y yo creo que eso sí ha marcado otras perspectivas (...), porque las problemáticas am-

bientales afectan diferencialmente a hombres y mujeres indígenas". Sin embargo, posicionar este debate (desde la Universidad Nacional de Colombia donde es profesora a partir del 2006) no ha sido fácil, aunque permitió que se consideraran las concepciones y las consecuencias del cambio climático y de los procesos extractivos sobre las mujeres indígenas y sus formas de acción política. De este esfuerzo resultaron diversos análisis sobre cómo numerosos procesos afectan los modos de vida indígenas y generan violencia, pero también cómo emergen defensas ambientales y territoriales de las mujeres indígenas, las cuales Astrid llama *Feminismos territoriales*.

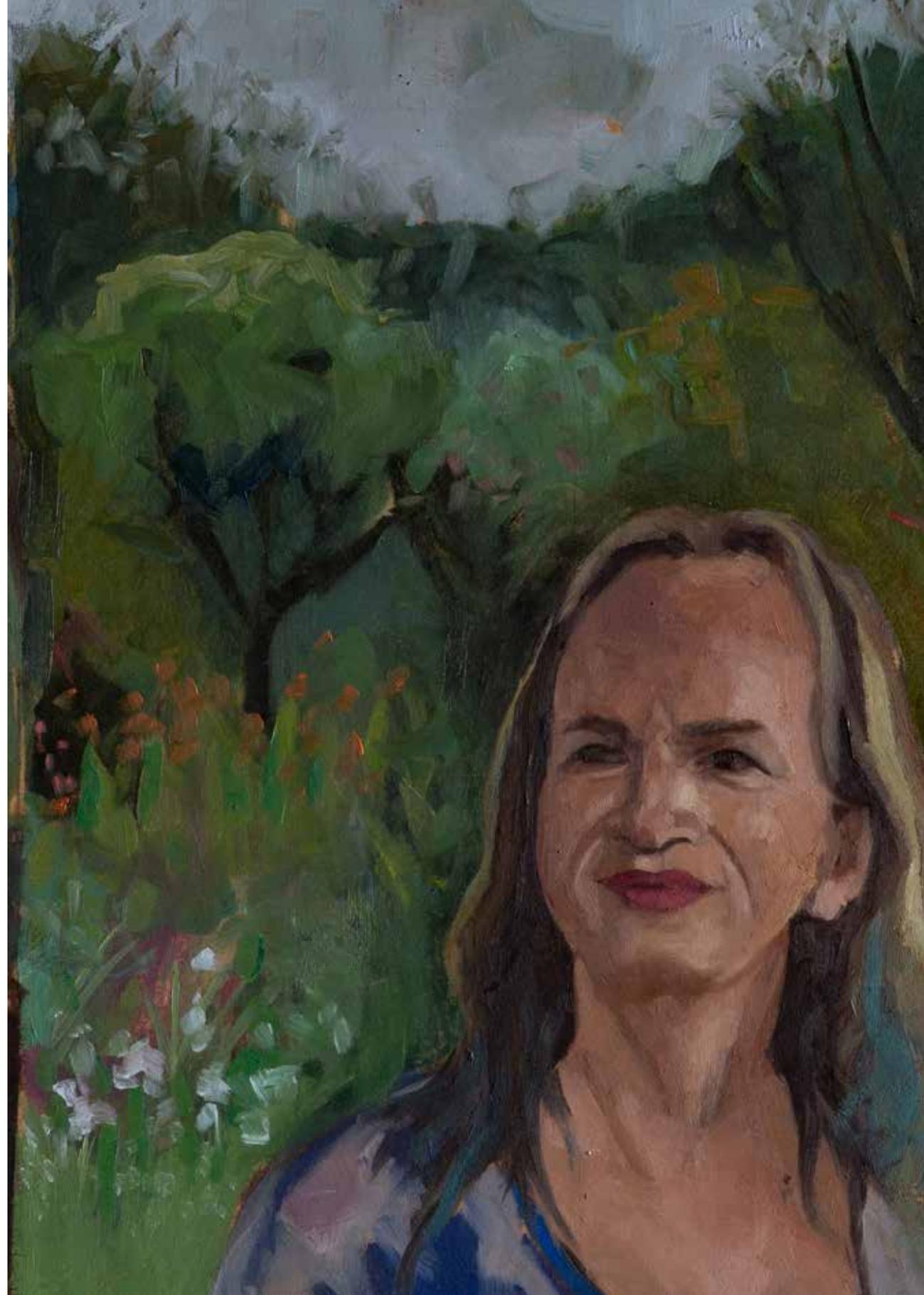
Estas iniciativas, posicionamientos e hitos realizados por Astrid encontraron su máximo objetivo en la necesidad de repensar nuestra relación con la naturaleza desde el pensamiento occidental. Ella sostiene que la noción de naturaleza occidental genera desigualdades y relaciones de apropiación y destrucción de lo ambiental porque parte de una visión dual, una dicotomía naturaleza-cultura, en la cual la naturaleza está asociada siempre a una relación de desigualdad y esta relación está atravesada por el género. Existen mayores desigualdades para las mujeres puesto que culturalmente se han construido unas relaciones que han privilegiado y valorado de manera exclusiva nociones y espacios masculinos. Esta construcción ha creado desigualdades estructurales e históricas que han impactado negativamente el medioambiente.

A pesar de las dificultades, la lucha no termina allí. Astrid continúa aprendiendo y compartiendo las enseñanzas de los pueblos originarios para tomar mejores decisiones como sociedad hacia la eliminación o disminución de problemáticas como los conflictos socioambientales y el calentamiento global. Y el vehículo que hace que Astrid continúe en su periplo de conocimiento es un concepto de los pueblos de la Sierra Nevada, el de la circulación de la vida, que es el que permite que la vida sea el centro de nuestras acciones, el cual hace que nos replanteemos las relaciones desiguales de género y hacia la naturaleza, dado que "si estas se transforman, también se transforman las relaciones con lo ambiental".

BRIGITTE BAPTISTE

Conectando mundos y tejiendo puentes

Tejiendo relaciones, creando espacios para la discusión,
haciendo pedagogía basada en el encuentro, en el
cuestionamiento, en la búsqueda y en el diálogo.



Brigitte es una mujer libre como el viento, una conectora de mundos, una expresión sorprendente de la diversidad humana; es transeúnte de los géneros, un ser con alma y una mujer llena de luz. Viene de una familia catalana. Sus abuelos tenían ideas muy avanzadas para la Bogotá del momento, a la que llegaron tras huir de la guerra civil española en busca de un refugio. Sus abuelos eran abiertos, libres, respetuosos y generosos, lo que desde la infancia sembró en Brigitte un gran interés por lo diferente, por otras culturas y otros mundos, por su biblioteca, sus conversaciones y por la música de Serrat en catalán, idioma que hablaban en las tardes de domingo. Cuando tenía 7 años, en un plegable de una revista que su padre compraba de vez en cuando descubrió el sistema solar, la era espacial, y esto iluminó sus sueños y le abrió la puerta hacia la ciencia, y con su sensibilidad a flor de piel acompañó sus lecturas con la pintura de sirenas y el violín. Brigitte, con sus vestidos y su pelo de muchos colores, con sus tacones altos, se fue abriendo paso entre estudiantes, académicos, científicos, gente de las calles, de las sabanas llaneras y de las selvas amazónicas.

Entró a la Universidad Javeriana a estudiar arquitectura, pero abandonó la carrera por construir desde la biología. "Quería confrontar la destrucción ambiental, la deforestación, la contaminación; quería ser útil, hacer algo significativo por el planeta", dice Brigitte. Hizo su tesis de grado en el medio Caquetá con los indígenas andoque y los uitotos sobre la ecología de la pesca. Al mirar a través de su lente, al ver el mundo desde el de ellos, ver la selva y el río con ojos absolutamente distintos, se cuestionó y despertó en ella un gran interés y una enorme preocupación. "Interés por ver no solamente desde la ciencia sino desde la mirada y la investigación local, y preocupación al ver que en Colombia había un profundo racismo, ninguna disposición para entenderlos ni para conocer ese otro mundo de conocimientos indígenas milenario asociado a la diversidad. Me gradué y me dije: «hay que trabajar integralmente con la gente, hay que hacer un puente entre los conocimientos indígenas y los científicos, hay que hacer conservación con la gente, manejo de la gestión ambiental con la gente»". Brigitte ahondó en la ecología, la geografía y la historia y

entre las relaciones entre la naturaleza y el hombre. "La ecología es una ciencia que aprendí a amar profundamente, porque es una ciencia de relaciones que pone su énfasis entre los componentes vitales y no vivos de un sistema. Siempre está indagando lo que está en movimiento y cómo estamos dentro del ecosistema, causamos ondas, causamos perturbaciones, que es lo que los físicos llaman partícula. Cuando estamos evaluando el bosque, uno es una parte del ecosistema en ese momento, entonces ahí, uno tiene problemas de método importantes de objeto o sujeto, que con una perspectiva femenina se entienden mucho mejor porque se trabaja de manera amorosa, afectuosa, con una perspectiva que seguramente casi todos los investigadores tienen porque somos apasionados por lo que hacemos. Pero para mí la ecología es muy femenina, recalca el tema relacional, el tema del cuidado, del riesgo, del cuidado exacto".

Brigitte trabajó en la Universidad Javeriana por más de 15 años con el equipo de Desarrollo Rural y luego en la creación de la Facultad de Estudios Ambientales, donde fue docente en dos oportunidades en temas de ecología del paisaje e historia de la ecología. "La universidad me ha apoyado en todo", afirma Brigitte. Hizo una maestría en la Universidad de Florida sobre conservación y desarrollo tropical, gracias a una beca del programa Fullbright, y luego se vinculó al Instituto Von Humboldt por cinco años. En 2007 asumió la subdirección del Instituto Humboldt y unas temporadas después ascendió al cargo más importante. "Empezando mi vida como directora en el instituto me di cuenta de que había un espacio en el cual el tema de género era transparente, que se podía trabajar, y pude hacer lo que creía. Hice los ajustes necesarios, conformé un equipo de gente maravillosa, abrí otros espacios de investigación, de diálogo a diferentes niveles". Su identidad de género no ha sido un obstáculo en su vida profesional, se ha sentido respetada y respaldada. Hoy el instituto es uno de los centros más prestigiosos del país y de Latinoamérica en temas de biodiversidad, gobernabilidad, cultura y desarrollo.

Brigitte es una mujer inquieta, buscadora incansable, que nos ha mostrado la naturaleza, incluido el ser humano, de una forma que

no habíamos visto antes. Habla de la transdisciplinariedad del diálogo desde diferentes campos del conocimiento y desde distintas experiencias personales, académicas, locales, políticas y sexuales. Habla de adaptación, de destacar lo ambiguo, lo excéntrico, para adaptarnos a los retos del cuidado del planeta, del cambio climático, y a partir de la teoría queer habla del cuerpo que se pone en juego para poder adaptarse a esa variación que necesitamos para vivir en un espacio determinado.

Así, Brigitte, siempre buscando, siempre intermediando, rompiendo esquemas, encontró un espacio donde se combinaban la naturaleza, los viajes, la construcción, la gente, las relaciones de los seres vivos y su entorno: la ecología y su familia. "Uno en la vida «viene siendo» todo el tiempo", dice Brigitte. "Me considero una persona que después de muchos años ha logrado ser un puente, una conectora de mundos y eso proviene de muchas experiencias que en algún momento no supe qué significaban. Me entiendo así porque desde muy pequeña trataba de equilibrar las voces de mis compañeros y compañeras en el colegio, en la universidad, de oír las posiciones de todos para tratar de llegar a consensos, a construir espacios. La mediación se convirtió en un espacio de comunicación interesante. Todo esto fue tomando sentido a medida que pasó el tiempo, y mi condición de mujer transgénero me ayuda para ser una tejedora de puentes, conectora de polos, mediadora entre los conocimientos científicos y locales, una mano entre los hombres y las mujeres. La diversidad como fuente de ideas, como fuente de convivencia, como fuente de esperanza y de capacidad creativa, eso me define como la persona que soy hoy, la que está todo el tiempo tratando de abrir espacios para que la polarización no destruya el objeto del trabajo, que la diferencia de opiniones no se convierta en una eterna lucha. Deshacernos un poquito del ego con el que venimos a plantear nuestras posiciones, sin esperar que alguien tenga la razón, funcionar en la incertidumbre, en la pregunta, descargar la obligatoriedad, ritualizar ciertos espacios".

Brigitte no está dispuesta a ceder al conflicto como método de resolución. Con su visión de diversidad como fuente de satisfacción, de ha-

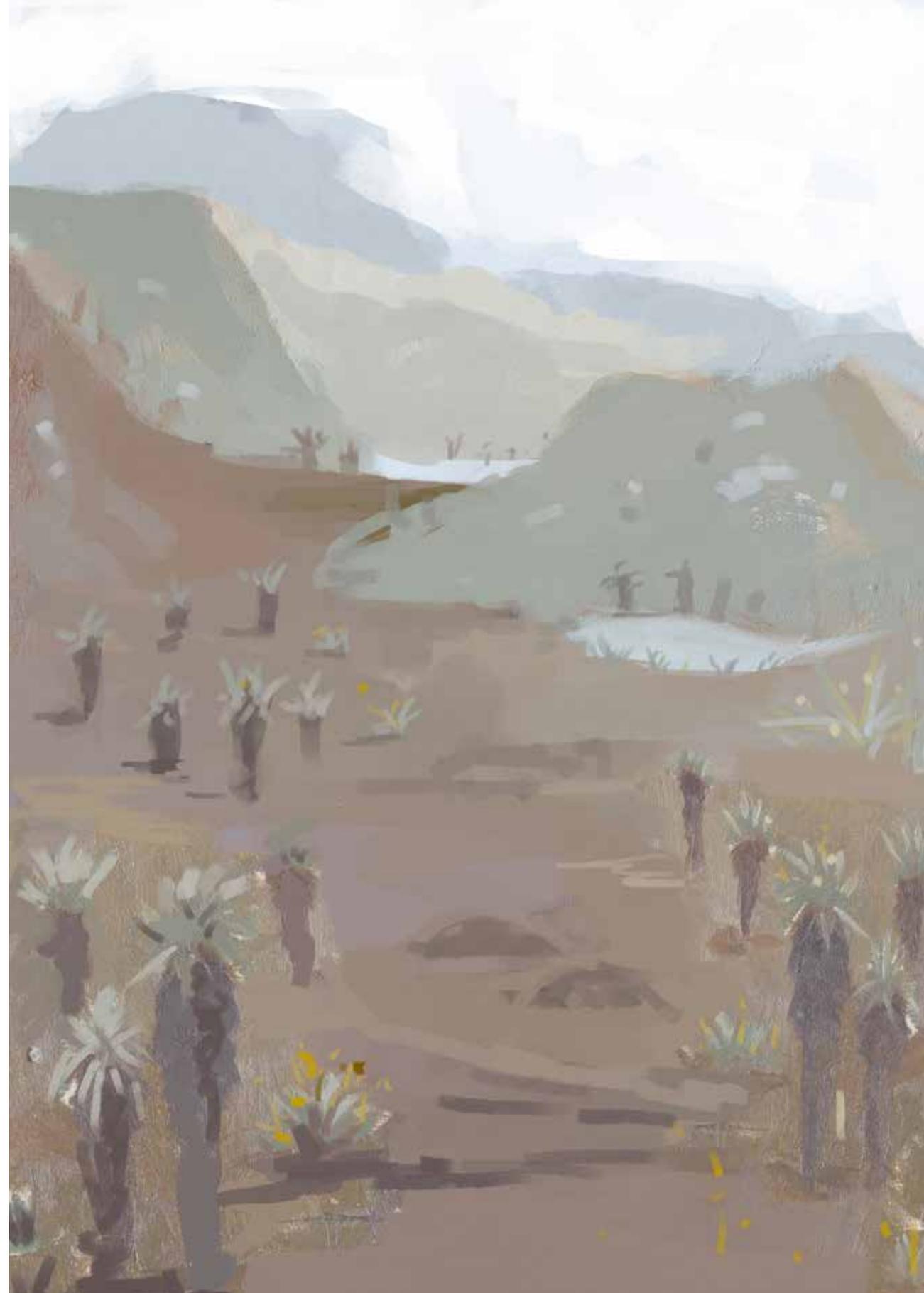
blar de la incertidumbre y de que no hay modelo ni estereotipo, y con su pregunta de fondo entre sus ojos y su corazón, desde un enfoque femenino de hacer las cosas y de las expresiones de lo femenino en el mundo, cree que esta visión femenina no solo es muy hermosa sino muy esperanzadora: "A mí me salvó y creo que hay una perspectiva particular en el mundo que tiene que ver con combatir todo lo que es dogmático, todo lo que es aparentemente dado, revelado, obligado, impuesto, ligado; que puede uno asumirlo como patriarcal porque normalmente se remonta a principios de la historia social. Por esto puedo afirmar que soy la persona que estoy siendo ahora, una tejedora de relaciones, una creadora o por lo menos favorecedora de espacios para la discusión, y también una pedagoga basada en el encuentro, en el cuestionamiento, en la búsqueda y en el diálogo. Esa es mi posición con el glifosato, con las represas, con la tecnología, la deforestación, la minería; no se trata de no poder cortar los árboles, sino en qué momento cortar un árbol".

Y en ese cuestionarse constante, en esa adaptación a lo diferente, Brigitte ha encontrado su espacio como mujer, como investigadora, como mamá/papá y como cocinera. Hace parte de una familia de cuatro mujeres anárquicas y dos gatos que andan por su cocina de baldosas amarillas y negras, de artesas de madera llenas de frutas y de estantes de especias traídas de sus viajes por Oriente, un hogar donde Brigitte, Adriana, Candelaria y Juana Pasión viven en un tejer constante de aromas de mujer.

“Quería confrontar la destrucción ambiental, la deforestación, la contaminación; quería ser útil, hacer algo significativo por el planeta”.

EUGENIA PONCE DE LEÓN

La abogada ambiental. Conocer el mundo de la conservación y de los ecosistemas, fue amor a primera vista, un camino sin reverso, "un camino de vida".



Cuando Eugenia Ponce de León advirtió cómo funcionaba en parte el mundo del Derecho, carrera que estudiaba, entre juzgados en los que no se daba abasto, expedientes interminables, demandas y despachos que a su vez escondían un sinnúmero de oficinas como en un laberinto, dominados por los temas procesales; Eugenia pensó que se había equivocado.

Empero, cuando su futuro pendía en la incertidumbre, Eugenia encontró una causa en la que el Derecho encontró sentido: el ambiente. Tomó una clase que no hacía parte del currículo obligatorio, la asignatura de Derecho Ambiental. Jesús María Borrero, docente de la materia, era un apasionado del poder de la abogacía para solventar las problemáticas del entorno de las comunidades y de cómo era una herramienta fundamental para proteger el planeta. El entusiasmo y la devoción con la que Borrero llevaba a sus estudiantes por los terrenos del Derecho Ambiental hicieron que Eugenia se enamorara de nuevo de su profesión. Estudió, así, a los pioneros del tema en el mundo y creó vínculos con estudiantes de biología para evaluar la situación de descontaminación del río Cali.

Aquel descubrimiento marcó en Eugenia el camino que deseaba seguir. Se mudó a Bogotá en 1991, cuando fue contratada como abogada en la División de Parques Nacionales del Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente (Inderena). Para entonces, el país vivía una coyuntura crucial: azotado por la violencia desatada entre el Estado y los carteles de la droga, se vivía con entusiasmo el establecimiento de una nueva constituyente, que buscaba actualizar los viejos cánones legislativos de la nación que se habían estipulado en la carta magna de 1886. Después de un año en la División de Parques Nacionales pasó a ser asesora de la Secretaría general del Inderena y asistió a los debates de la constituyente de 1991, de donde resultaron 34 artículos con disposiciones ambientales. "La Constitución del 91 para el derecho ambiental es lo más importante que ha pasado en el país" –afirma con convicción–.

Eugenia tuvo el privilegio de trabajar y crecer profesionalmente con las más destacadas personalidades de la materia, como son Margarita Marino, Julio Carrizosa, Manuel Rodríguez, entre otras. A la constituyente le siguió la importante decisión de la Corte Constitucional, que estableció que el derecho al ambiente sano se podía proteger vía tutela, y la creación de la Ley 99 de 1993 por la que se creó el Ministerio del Medio Ambiente.

Como protagonista de estos hitos, Eugenia también ha experimentado cómo esos grandes avances que se efectuaron en defensa del territorio han sufrido debilitamientos y presiones de numerosos sectores que buscan sacar provecho de la explotación de los recursos naturales. Como ella misma lo señala, el joven Ministerio (hoy Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible) "ha sido menoscabado, reducido, limitado, diezmado, con normas y procesos posteriores que llegaron incluso a unirlo con el Ministerio (...) de Vivienda en 2003". Del mismo modo, la Ley 99, incluso sin reformarla directamente, ha sido desmontada en algunos temas mediante legislaciones sectoriales que la han flexibilizado; se deslicencian actividades, se desregularizan otras y se ha debilitado la autoridad ambiental que no da abasto, entonces hay una pugna entre la judicialización y el rol de la autoridad, y el ciudadano queda en la mitad, buscando una vía que les garantice sus derechos".

Además de las problemáticas legales y administrativas que el medio ambiente enfrenta, en muchos casos estas se agravan, por actividades ilícitas como la minería ilegal, la deforestación y el uso inapropiado del suelo. En palabras de Eugenia, "la minería es uno de los mayores factores de deterioro ambiental (...). Pero más grave es la minería criminal y la falta de control del Estado sobre esta, ya que destruye los cauces, contamina los ríos con mercurio (tenemos una ley que prohibió a partir de 2018 el uso de mercurio en minería y nadie la cumple) y otros metales que enferman a la población y afectan la seguridad alimentaria de las poblaciones que viven de la pesca y las áreas de cultivo ribereñas que son arrasadas". A esta problemática se suma la violencia con que operan los actores criminales que controlan esta economía ilícita.

"Igualmente grave es la transformación de hábitat y cambio de uso del suelo, que es el principal motor de pérdida de biodiversidad", manifiesta Eugenia, "las presiones sobre los recursos están llegando a niveles que muchas veces sobrepasan la capacidad de resiliencia de éstos". En cuanto a la deforestación, resalta que esta "implica la destrucción de hábitat que prestan servicios ecosistémicos irremplazables para la población cuyo bienestar depende de éstos, limpieza del aire, regulación del clima, control de plagas, provisión de alimentos y seguridad alimentaria, circulación de nutrientes en el suelo, regulación del ciclo hidrológico, control de erosión, etc."

A lo largo de estas tres décadas desde la instauración de la Constituyente de 1991, Eugenia ha trabajado como investigadora y propulsora de cambios legales e institucionales sustanciales, además de defender derechos de las comunidades que dependen de los servicios de los ecosistemas. Ha puesto su trabajo y su experiencia al servicio de causas y luchas que considera tienen que darse, a pesar de que las acciones públicas y las políticas que se establecen no son suficientes para garantizar la sostenibilidad de los ecosistemas como soporte de la vida en el planeta.

A partir de esa lucha diaria, constante e incansable, Eugenia hace un llamado a los estamentos institucionales y a la comunidad en general: "aquí de lo que se trata es de la supervivencia de la vida humana y del planeta". Asimismo, ve con preocupación la situación actual de los líderes y defensores del medioambiente en el país: "perseguidos, invisibilizados y, en cientos de casos, asesinados. Colombia es uno de los países donde más asesinan a defensores de la tierra y del ambiente" y, como expresa Eugenia, "existe una enorme impunidad que facilita e ignora esta realidad".

Eugenia Ponce de León, abogada, defensora del medioambiente, sueña con un país y un planeta con una mayor y contundente acción frente a estos enormes problemas. La ciencia no miente, dice ella, "lo que pasa es que la (clase) política escucha la ciencia solo cuando le

conviene". Y sueña, además, con vivir en el Parque Nacional Natural Chingaza, donde le gustaría jubilarse y acabar su vida profesional, porque representa para ella la felicidad y una porción del paraíso.

“La Constitución del 91 para el derecho ambiental es lo más importante que ha pasado en el país”.

GLORIA AMPARO RODRÍGUEZ

Una voz que aboga por la justicia ambiental
y el territorio como víctima.



Gloria Amparo Rodríguez nació en el municipio de Pensilvania, departamento de Caldas. Se trasladó a Bogotá donde estudió Derecho, varias especializaciones, una maestría y un doctorado en sociología jurídica e instituciones políticas. Hoy es abogada con enfoque ambiental y étnico y magistrada de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP).

Al terminar sus estudios universitarios se vinculó con el Fondo Ecológico de la Financiera Energética Nacional (FEN), donde comenzó a trabajar e interesarse en las problemáticas relacionadas con los recursos naturales, experiencia que le abrió camino en la protección ambiental colombiana.

De este modo se consagró al trabajo comunitario, la investigación y la docencia en la defensa de los derechos. Ha sido profesora de pregrado y posgrado en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad del Rosario durante casi dos décadas. También ha trabajado con diferentes grupos étnicos (pueblos indígenas, comunidades afrodescendientes, ROM y raizales) y ha proveído acompañamiento en cuestiones tan importantes como la participación de estas colectividades en los asuntos y decisiones ambientales que las pueden afectar. Su trabajo en la defensa del derecho a la consulta previa y a la participación de las personas afectadas por la realización de proyectos que inciden en sus vidas y sus territorios ha sido extraordinario.

Sus libros hacen énfasis en derecho ambiental, participación ciudadana, consulta previa y derechos étnicos, y en ellos recoge las enseñanzas de las comunidades y plasma elementos para un debate constructivo que permita la consolidación de una Colombia mejor. "Una democracia participativa requiere de la inclusión de las diferentes culturas y visiones del desarrollo, teniendo presente que la paz sólo es posible si se garantizan la diversidad y la justicia ambiental", sostiene Gloria Amparo.

Su preocupación por hacer que la justicia ambiental se cumpla y por contribuir a garantizar la no repetición de los hechos, la defensa de los

derechos y la construcción de un país en paz la llevó a postularse para magistrada de la JEP, cargo que desempeña actualmente y a través del cual busca "contribuir desde el enfoque y la visión que he adquirido en mi trabajo con las comunidades vulnerables, siendo consciente de que la verdadera construcción de paz nace en cada uno de nosotros, en nuestra relación con la sociedad y con el ambiente, donde la participación y el acceso a la información se constituyen como requisitos para el Estado Social y Ambiental de Derecho".

Gloria Amparo argumenta que "en Colombia, la inclusión del tema ambiental en la agenda nacional se ha vuelto un asunto prioritario desde una perspectiva discursiva. Sin embargo, es evidente que, pese al gran número de derechos afines con el ambiente, así como de herramientas para su protección, el Estado enfrenta un verdadero reto en su materialización. De esta manera, la garantía real de los derechos de las comunidades se encuentra en contraposición con los intereses económicos de empresas y gobiernos, por lo que es necesario ampliar no solo el número de mecanismos jurídicos sino la intención real de lograr justicia ambiental para las comunidades desde las labores del Estado. Por esto, es evidente que para lograr un verdadero Estado Ambiental de Derecho, se debe contar con la perspectiva social, con la que se busca incluir en la agenda nacional la discusión ambiental y las soluciones desde la periferia, reconociendo que son las poblaciones quienes sufren las consecuencias de las diferentes actividades que generan impactos ambientales y que son ellas, a través de sus conocimientos, quienes pueden abrir la visión de la sociedad hacia nuevas formas de desarrollo".

En relación con la participación de las mujeres en la gobernanza ambiental, ella considera que "ha sido fundamental, pues aportan con sus labores a la protección de las culturas, saberes, lenguas, tradiciones y al entorno. Ellas son dinamizadoras en la generación de conocimientos hacia la conservación de la vida en todas sus formas. Las destrezas y prácticas tradicionales se reflejan por ejemplo en materia de uso de plantas medicinales. Ellas se han caracterizado por su lucha por la protección ambiental y, en este contexto, se destacan muchas mujeres

que han liderado procesos desde diversos lugares como las organizaciones comunitarias o no gubernamentales, desde cargos públicos o la academia, donde han brillado por sus demandas en aras del cuidado ambiental, o desde el Congreso de la República, como lo ha hecho mi maestra, Alegría Fonseca. Su voz es escuchada en diversos estamentos, reclamando por la defensa del territorio y de la vida no solo para esta, sino también para las nuevas generaciones. Desde tiempos ancestrales, las mujeres han enseñado con su ejemplo y a través de su trabajo cotidiano acerca de la importancia de proteger el agua y la biodiversidad".

Gloria Amparo afirma con claridad que siempre ha existido una fisura entre la forma como son tratados los hombres y las mujeres en el trabajo. "Sin embargo, las mujeres han escalado con esfuerzo y actualmente tienen un posicionamiento importante en cuanto a la investigación en materia ambiental. El trabajo que algunas mujeres vienen realizando contribuye a la solución de problemáticas ambientales desde sus áreas de conocimiento. Respecto de las dificultades académicas, estas se centran en la generación de oportunidades para dirigir proyectos y contar con recursos que les permitan aplicar sus habilidades en materia investigativa. También está la participación como un elemento que se reclama constantemente, en especial en lo que tiene que ver con aquellos proyectos que generan afectaciones ambientales. Sin embargo, considero que las mujeres pueden aportar desde múltiples ámbitos, como la academia, en la definición de un contexto donde se pueda abordar el enfoque territorial y ambiental en la investigación, mirando no solamente los aspectos referidos a los ecosistemas, sino también la cultura, lo social y los impactos que en el tejido social ha implicado el conflicto. Pero también a la construcción de esa Colombia que requiere de la reconciliación entre todos los miembros de la sociedad y con la naturaleza".

Argumenta Gloria Amparo que "las estrategias para el fortalecimiento de la participación de la mujer en los procesos de gestión ambiental y la construcción de la paz se encuentran ligadas con la función que a lo largo del tiempo ha jugado la mujer como tejedora de vida, de paz y de

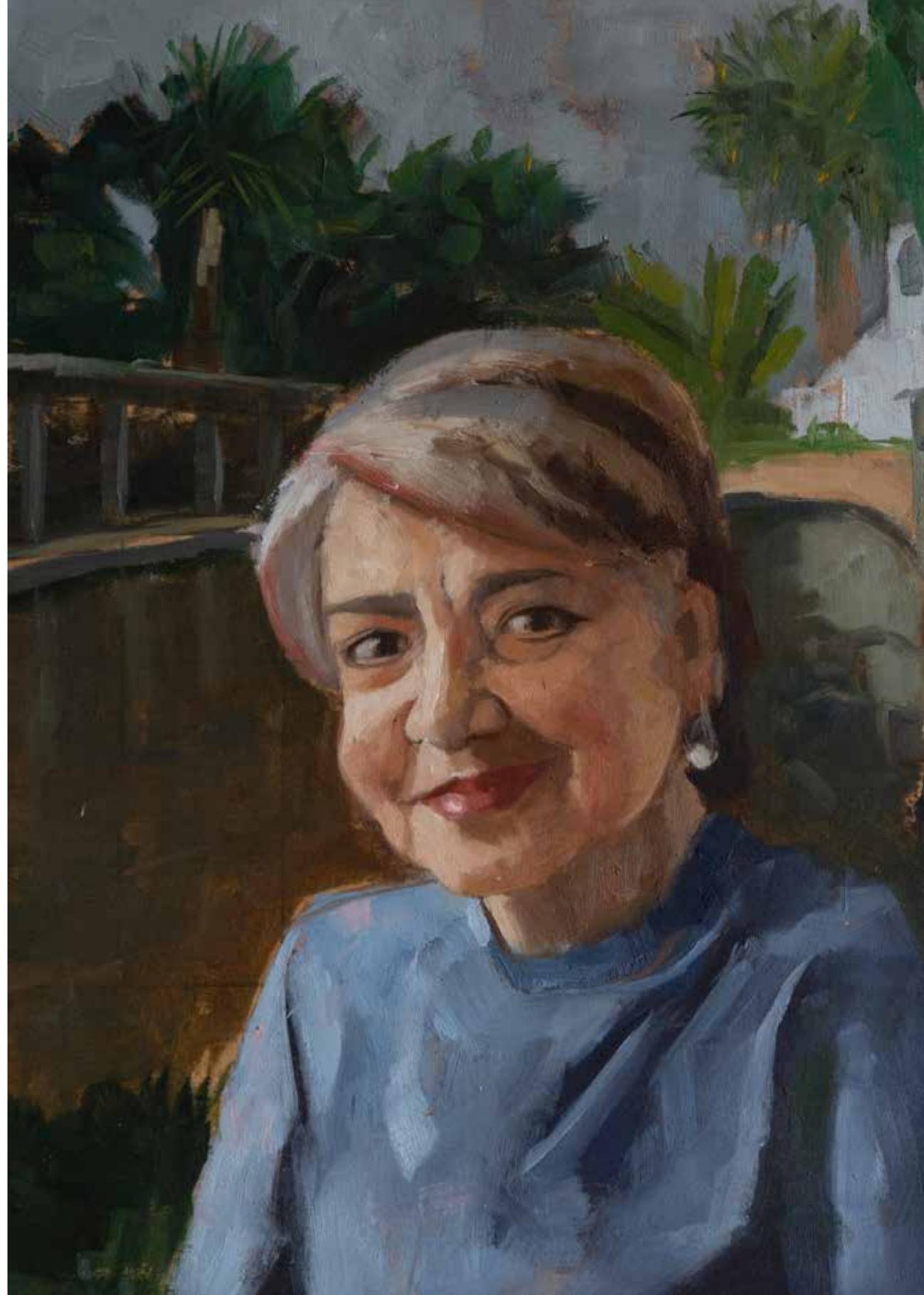
futuro, papel que debemos reconocer por su aporte a la construcción de nuestro país y a la conservación de nuestros recursos y saberes. Para ello se requiere no solamente el reconocimiento, sino también la generación de espacios donde ellas puedan demostrar sus habilidades y conocimientos sobre el manejo y la protección del ambiente. Así mismo, es indispensable el fortalecimiento de las organizaciones de mujeres y la generación de capacidades, a través del financiamiento de proyectos y la educación ambiental".

Finalmente agrega que "los retos en materia de gobernanza ambiental son múltiples y son de todos. Para hacerlos realidad, quiero recordar las palabras de una mujer aborígen australiana que decía: «Si solo has venido a ayudarme, puedes regresar a tu casa. Pero si consideras que mi lucha es parte de tu propia supervivencia, entonces tal vez podemos trabajar juntas». La contribución que Gloria Amparo ha hecho en defensa de los derechos de las mujeres es invaluable para la construcción de la identidad cultural y el logro de la paz en Colombia.

“Una democracia participativa requiere de la inclusión de las diferentes culturas y visiones del desarrollo, teniendo presente que la paz sólo es posible si se garantizan la diversidad y la justicia ambiental”.

LUZ MARINA MANTILLA

Una visión científica de la Amazonía.



Luz Marina lleva la Amazonía en su sangre gracias a su madre, que es florenciana del Caquetá. Con esa herencia en cuerpo y alma, Luz Marina arribó a Leticia (Amazonas) tras ser designada como directora del Instituto Sinchi¹ (Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas), pero jamás pensó que relacionarse con la sociedad leticiana sería un proceso tan complejo como el que debió asumir. No obstante, el tiempo y sus importantes acciones la convirtieron en una ciudadana amazónica que representa los ideales de la región.

Luz Marina es bióloga y química, con estudios de maestría en Biología y en gobierno y políticas públicas. Ha sido investigadora y docente y desde muy joven se adentró en la selva colombiana. Su abuelo materno fue uno de los fundadores del pueblo La Montañita en Caquetá, por lo que ese linaje ha trazado de algún modo su aventura en la jungla. Inició como investigadora y analista de plaguicidas para la Organización Mundial de la Salud y el Instituto Colombiano de Salud. En esta labor recorrió casi por completo el departamento de Putumayo, al sur del país, parte del Valle del Cauca y del Meta y conoció el Macizo Colombiano, que la deslumbró por su belleza y sublimidad. Fue entonces que conoció otras zonas de la Amazonía y advirtió el problema por entonces incipiente de la ganadería extensiva y la siembra de coca. Las dificultades económicas de la región habían obligado a campesinos, locales y de otras partes del país, a reemplazar la agricultura típica, evento que malograba sustancialmente los ecosistemas.

En 1997, cuando fue nombrada directora del Sinchi, por sus estudios y experiencia, Luz Marina fijó su residencia en Leticia, en compañía de su esposo Jesús María y de Andrea, su hija, quienes fueron un apoyo fundamental para establecerse en su nuevo hogar. Enamorarse de su nueva ciudad fue fácil: la inmensidad de las selvas, su misterio, el río, los loros del Parque Santander, que llegan entre las 5 y las 6 de la tarde

con su algarabía. No obstante, Luz Marina advirtió de inmediato que la población esperaba mucho de ella en temas no solo científicos sino sociales. "Para mí no era en ese momento evidente la relación de lo ambiental con lo social, no la conocía, pero la aprendí, la leí, pregunté, la promoví, tenía mucho tiempo para hablar con la gente y recoger la experiencia de la COA". El Sinchi se pensó para reemplazar y mejorar las prácticas que la Corporación de Araracuara (COA) había llevado a cabo en la Amazonía antes que se fundara el primer Ministerio del Medioambiente, con la instauración de la Constituyente de 1991. La misión de Luz Marina consistió, entonces, en construir un nuevo centro de investigaciones sobre las bases de la COA. Una tarea titánica, teniendo en cuenta la falta de recurso humano y de capital y la inmanente dificultad que trae el territorio selvático. Pero para Luz Marina, en esa dificultad, precisamente, anidaba el potencial necesario para liderar un instituto de calidad internacional.

La primera decisión de Luz Marina fue desarrollar investigaciones no solo desde el conocimiento científico de Occidente, sino también con la sabiduría de los pueblos originarios. De esta manera, se logró vincular en principio a la comunidad indígena en los procesos de investigación. Trazar planes de estudio es una tarea que los investigadores están acostumbrados a realizar, pero Luz Marina aún necesitaba generar un lazo estrecho entre los indígenas y la visión del Sinchi. Una tarea aún más compleja. A diferencia de otros territorios, la Amazonía estaba liderada por personas pertenecientes a los pueblos originarios y la relación entre ellos y los "colonos" a veces se dificultaba por la barrera idiomática y por la institucionalidad, como Luz Marina la define: aquella instancia de poder que Bogotá, el centro del país, ha impuesto sobre las demás regiones.

Por lo tanto, Luz Marina supo que debía comprender la forma de ver el mundo de los indígenas. Se reunió con el gobernador del departamento y con otros líderes indígenas y conoció sus formas de pensamiento, sus costumbres y su futuro ideal. Y, además, supo comprender el valor del papel de la mujer en la comunidad. Aunque en principio el trato que la mujer recibía le pareció injusto, por lo calladas y sumisas que

1 Sinchi es un vocablo quechua que significa "conocedor de plantas".

aparentaban, Luz Marina vio "el tesoro del conocimiento que tienen las mujeres indígenas, pues son las que mantienen la seguridad alimentaria en sus chagras y sostienen la tradición oral de sus comunidades". Luz dedicó esfuerzos y tiempo invaluable al establecimiento de una conversación positiva, con el fin de que las personas originarias entendieran que el Sinchi era de ellos y para ellos.

A este avance le siguió la construcción de la nueva sede del instituto con un laboratorio y se conformó un equipo de investigadores jóvenes, a los que el mismo Sinchi ha ayudado paulatinamente para que se capaciten dentro y fuera de Colombia. Con la idea de conocer a fondo la Amazonía y de sostenerla ambientalmente, Luz Marina ha liderado varios procesos innovadores, como el sistema de información geográfica y el monitoreo de la Amazonía a partir de indicadores. El Sinchi fue pionero en emplear el concepto de "tasa de pérdida de bosque o praderización" y se han valido del uso de imágenes satelitales y de equipos de alta gama para llevar a cabo sus estudios. Otro de los orgullos del instituto es el herbario amazónico, primera colección incluida en el registro nacional de colecciones biológicas, con cerca de 100.000 ejemplares botánicos y 8.200 especies². También implementaron un programa de sistemas de producción y una estación experimental llamada El Trueno, "para fortalecer el desarrollo de la ciencia, la tecnología, la innovación y el liderazgo de acciones de capacitación, con el fin de multiplicar el saber, de acuerdo con las necesidades de la región"³.

Al cabo de dos décadas, Luz Marina ha hecho del Sinchi un instituto prestigioso de investigación, que a través de la gestión de conocimientos y transferencias de tecnologías a las comunidades indígenas y campesinas ha contribuido de manera significativa a la conservación de la biodiversidad amazónica y a la implementación de políticas públicas para favorecer el desarrollo sostenible de la región amazónica.

² Herbario Amazónico Colombiano. En: <https://www.sinchi.org.co/coah>

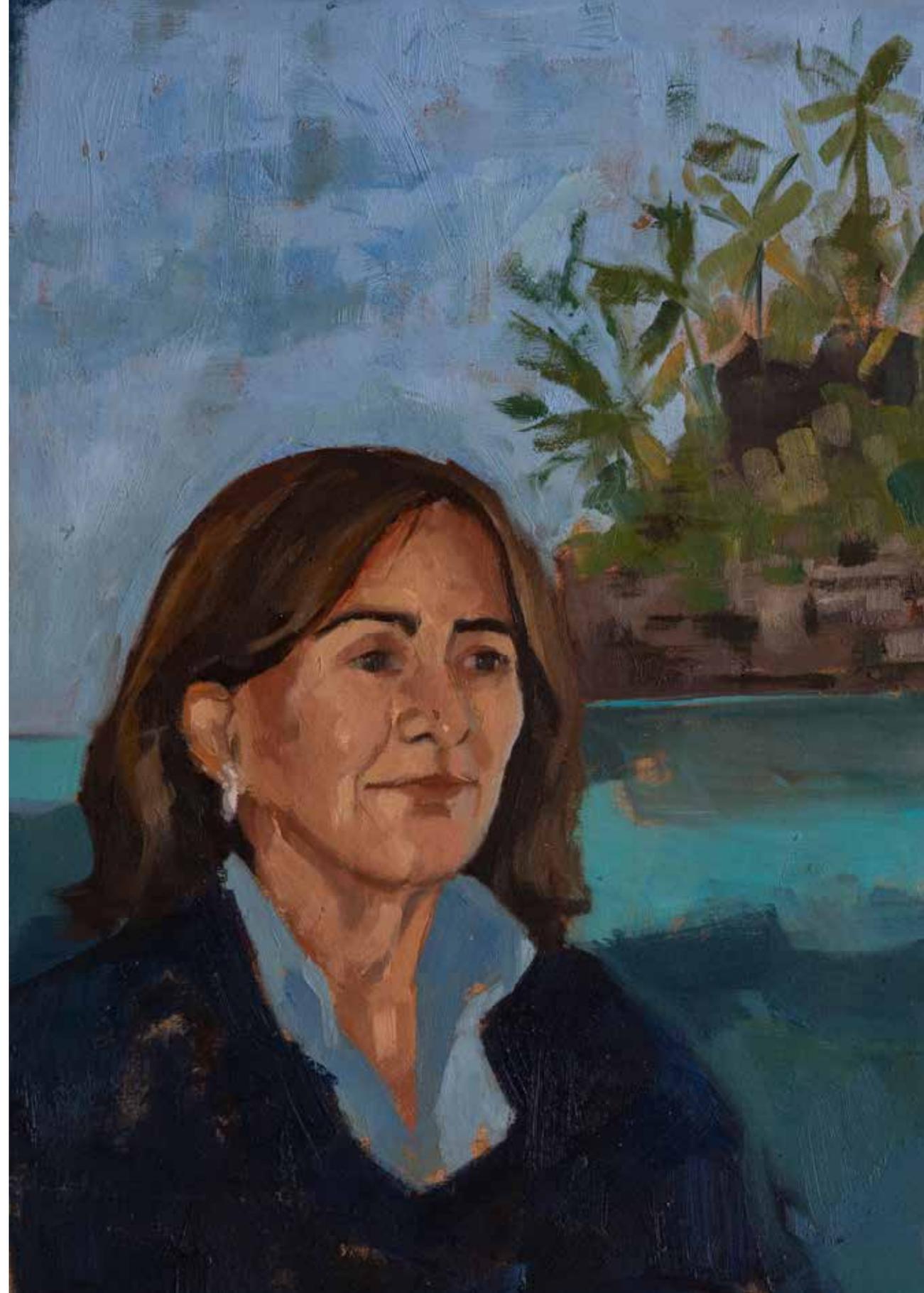
³ SINCHI. Versión en línea: <https://www.sinchi.org.co/estacion-experimental-el-trueno1>

"La Amazonía tenemos que valorarla como una oportunidad que tenemos de generar esos servicios ecosistémicos globales. (...) La selva es una oportunidad para tener un país distinto, unas oportunidades distintas, para un mundo mejor, pero sobre todo para entender que ese pedazo de este país recibe toda la cooperación por lo que representa, como bosque cultivo, como riqueza".

" (...) el tesoro del conocimiento que tienen las mujeres indígenas, pues son las que mantienen la seguridad alimentaria en sus chagras y sostienen la tradición oral de sus comunidades".

MARCELA CANO

Defensora de Old Providence y Santa Catalina Islas.



Marcela Cano nació en el seno de una familia de periodistas, y aunque ella se decidió por la biología, terminó asumiendo labores similares al viejo oficio familiar: dar voz a los invisibilizados, denunciar las injusticias y trabajar por la defensa de los más necesitados. Fue de esta manera que Marcela fue una importante partícipe del establecimiento y gestión del Parque Nacional Natural Old Providence McBean Lagoon, del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

Tras haberse graduado de la Universidad de los Andes como bióloga, obtuvo su primer empleo en 1981 con la Corporación de Araracuara para evaluar la actividad pesquera en el río Meta. Navegó en una "falca"¹ desde Orocué hasta la frontera con Venezuela y se detuvo en diferentes caseríos para entrevistar a pescadores y comerciantes pesqueros. Su casa era la falca, donde dormía en hamaca, y allí mismo cocinaba. Sus compañeros de viaje eran el motorista y dos biólogas tan ingenuas como ella, sin experiencia, pero enamoradas del río y de su gente. Pasaba los días leyendo libros científicos y algunas novelas, lo que hacía de la vida en el río una mezcla de contemplación de los paisajes de día y de las estrellas en las noches. Muy pronto Marcela empezó a ver la gran distancia entre los discursos y políticas de la clase dirigente en Bogotá y la realidad de las regiones. Este primer contacto con lo rural afianzó en ella su carácter crítico, aventurero y comprometido y abrió una ruta de vida por aguas dulces y saladas.

Hace cerca de medio siglo en Araracuara, en la frontera entre el Caquetá y el Amazonas, dejó de operar una de las cárceles que más pavor provocaba entonces: la Colonia Penal y Agrícola del Sur. Fue fundada en 1937 y sus muros alcanzaron a atestiguar los horrores de la guerra del caucho, que acabó con la vida de miles de indígenas, por la mano cicatera de los colonos y los hombres blancos². Después de vadear por

el río Meta, Marcela llegó a esta zona para analizar la actividad del río Caquetá y efectuar un inventario de peces en los arroyos. Trabajó en un zocriadero y aprendió a pescar con el uso de diferentes tipos de anzuelos, según el tipo de pez al que se iba a atrapar. Con el paso de las semanas, Marcela se vio inmersa en la vida diaria de la región, como uno más de los habitantes, como una especie endémica en su hábitat favorito. Estudió a las tortugas "charapa" (*Podocnemis expansa*) durante siete meses y conoció la selva de día y de noche. Oyó las historias locales, se deleitó con frutas de sabores desconocidos, carne de monte y pescado "moqueado"³. Tuvo tiempo para conocer de cerca esa otra Colombia lejana y para reaprender la biología a través del conocimiento de los indígenas, colonos y expresidarios del antiguo penal. Allí también nació, dice ella, "su facilidad para relacionarse más con los nativos que con las instituciones".

En 1983, Marcela fue enviada a la isla de Providencia por la Corporación con el fin de desarrollar un proyecto de pesca artesanal. Pasó del sur selvático y cósmico al norte caribeño y cristalino. Aquí iniciaría una relación permanente, entre temporadas ausentes, con el pequeño archipiélago y sus pobladores. Tomó parte en la implementación de acciones de desarrollo en la isla y se ajustó a la vida en su nuevo hogar, donde se fundió con los locales y su forma de ver la vida. Vivió una temporada en Santa Marta, mientras estudiaba una maestría y realizó su tesis de investigación sobre las pesquerías de langosta en las islas de Providencia y Santa Catalina. Se graduó en Bogotá en 1987.

Al año siguiente regresó al Caribe colombiano para ser parte del equipo profesional del Parque Nacional Natural Tayrona. Fue un sueño cumplido. Trabajar en un parque con las dimensiones culturales y de biodiversidad del Tayrona, además de ser uno de los más bellos del país, constituyó para Marcela un reto y un premio. Participó en investigaciones científicas para caracterizar las formaciones coralinas del área

1 La falca es una canoa con techo que transporta pasajeros y carga.

2 Molano, Alfredo. (5 de junio de 2011). La selva por cárcel. En El Espectador. Versión online: <https://www.elespectador.com/content/la-selva-por-c%C3%A1rcel>

3 Pescado cocido con leña y bajo tierra, envuelto en hojas de plátano.

protegida y monitoreó la anidación de tortugas en las playas, así como también realizó tareas administrativas sobre la atención de visitantes y la interpretación ambiental. Al principio fue todo magia y naturaleza, entre la multicolor fauna y la flora y el candor de los indígenas, los caribeños y los turistas. No obstante, Marcela entendió con el tiempo que el parque vivía al filo de una de las pugnas más cruentas y violentas por el territorio. El parque ya había sufrido las rutas del contrabando y de la marimbera hacia La Guajira y las Antillas, y ahora los grupos paramilitares, constituidos por colonos que llegaron en los sesenta tras la Violencia y empresarios de la zona, dominaban el comercio y los cultivos ilícitos. La guerrilla de las FARC también se había establecido alrededor de la Sierra Nevada de Santa Marta y en ese cultivo de violencia las directivas del parque debían dar pasos con cuidado.

Marcela no fue ajena a esa violencia. El director del parque fue amenazado de muerte y trasladado a Bogotá por precaución. Y durante su breve regencia, fue cometida una masacre que resonó en toda la Costa atlántica. Como sucedió con su antecesor, Marcela debió abandonar el parque y buscar refugio en Bogotá, en esa otra Colombia donde la violencia rural es ajena, donde las decisiones son tomadas a miles de kilómetros de distancia del sitio donde los eventos ocurren.

Con tristeza, Marcela sintió el contraste del tiempo y la nostalgia de su época en el Caquetá. "En ese tiempo no había problemas ambientales, ni sociales; algo de narcotráfico se oía de vez en cuando, algo de roces entre indígenas y colonos, pero todo era armonía", y ahora, los tiempos eran otros, en que las regiones sufrían "la minería ilegal, la contaminación con mercurio de las aguas de los ríos, los grupos armados, los cultivos ilícitos, la deforestación, la colonización y el desplazamiento", sostiene.

Con el mismo vigor y entrega, Marcela continuó su trabajo en la Unidad de Parque Nacionales, a un nivel de diseño de políticas y formulación de proyectos. En 1995 participó en la creación del Parque Old Providence McBean Lagoon, en la declaratoria del Santuario de Fauna y Flora Malpelo y otras ampliaciones de parques ya existentes. Allí trabajó

hasta 2001, cuando nuevamente regresó a su querida Providencia, esta vez como jefe del área protegida del Old Providence, donde lleva cerca de 18 años trabajando.

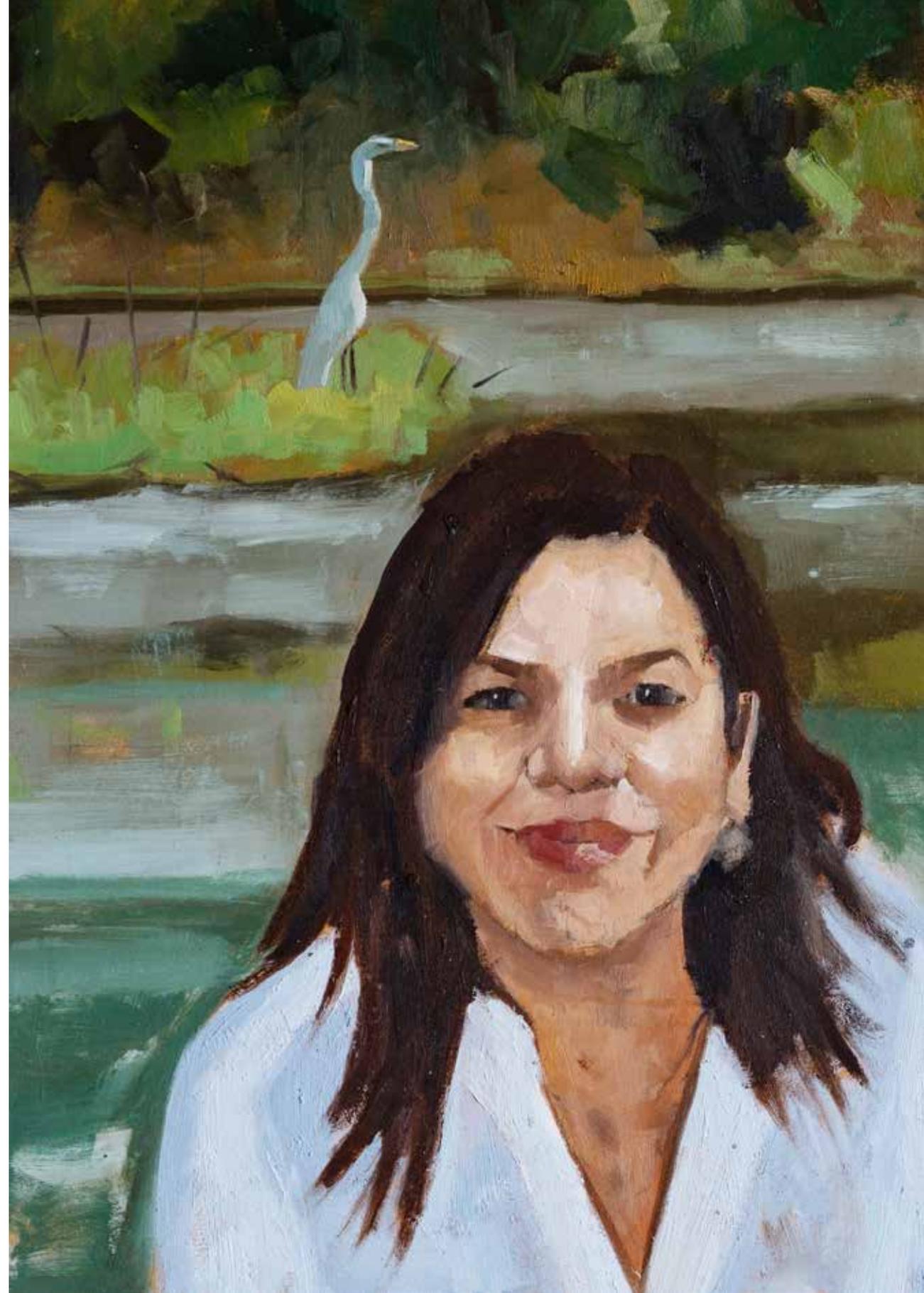
Estando allí, empezó a cuestionarse sobre los efectos del cambio climático, especialmente en las formaciones coralinas, y la necesidad de implementar estrategias de restauración de ecosistemas. Así consolidó con sus compañeros una experiencia piloto de restauración de los corales. Entendió también la lucha de la población raizal en la recuperación de su territorio, por lo que ha avanzado en el manejo del Parque Nacional con una alta participación y concertación comunitaria, que permita mantener las prácticas de uso tradicional dentro del área protegida, bajo acuerdos de uso sostenible.

Hoy en día, Marcela ha logrado consolidar, con una alta participación de la comunidad, la gestión y el manejo del parque, en aquel lugar donde lo nacional es lejano y ajeno para los raizales, aquel lugar donde el océano se viste de siete colores y los ojos de los caracoles convierten las playas en noches estrelladas.

“En ese tiempo no había problemas ambientales, ni sociales; algo de narcotráfico se oía de vez en cuando, algo de roces entre indígenas y colonos, pero todo era armonía”.

SANDRA VILARDY

Guardiana de la Ciénaga Grande.



Sandra Vildary es bogotana de nacimiento y cienaguera de profesión. En 2015 el diario El Espectador la catalogó Personaje del año por su defensa de los ecosistemas que conforman la Ciénaga Grande de Santa Marta y de las comunidades que habitan allí o dependen de ella. Es bióloga marina, académica, ensayista, investigadora y activista de derechos humanos. Habla de la Ciénaga como "la gran maestra" y es donde ha desarrollado temas de gobernanza y construcción de paz.

La Ciénaga Grande es un complejo de humedales costeros, con una extensión cercana a los 5.000 km², que se constituye de pantanos, ríos, caños, manglares y bosques. Su función biológica y climática es sustancial para la conservación de la región. La Ciénaga ha sido víctima del conflicto armado y de vejámenes ambientales. Sandra Vildary ha sido un bastión en la defensa del gigantesco humedal.

Sandra gozó de una infancia feliz. Su padre es de El Banco, Magdalena (a unos 300 km de distancia de Santa Marta), y su madre de Chiquinquirá, Boyacá (a 140 km de la capital del país). Creció en Bogotá y frecuentaba las fincas de sus abuelos, donde era feliz viendo los bichos, comiendo mandarinas y guayabas, subiéndose a los árboles, montando a caballo y acompañando al abuelo al ordeño. De niña le encantaba ver *Naturalia*, el programa de documentales ecológicos de Gloria Valencia de Castaño, donde pasaban además la serie de Jacques Cousteau. Fascinada por el mundo submarino y la vida en el agua, decidió a los 8 años que quería ser bióloga marina. Y así fue, cursó la carrera en la Universidad Jorge Tadeo Lozano y con las historias de sus abuelos, de la gente, de los trabajadores de la finca en su memoria, le fue natural relacionar la biodiversidad con la gente que habita los territorios. Hizo los últimos años de la carrera en Santa Marta y ahí empezó su gran pasión por la Ciénaga.

La biología, como era natural en el caso de Sandra, se mezcló irreversiblemente con el activismo político. En tanto Sandra coordinaba un proyecto de gestión ambiental urbana y llevaba a cabo sus estudios científicos, vinculada con el Instituto de Investigaciones Tropicales de la Universidad del Magdalena, no pudo dejar de soslayar lo que ocu-

rría en las comunidades, lo que sucedía con las mujeres de la región. Era un paraíso tropical inundado de incontables problemáticas. "Me encontré con ese gran golpe de realidad que es la historia del conflicto armado", manifiesta. De tal modo que su tesis doctoral fue sobre sistemas socioecológicos, resiliencia, servicios ecosistémicos desde una mirada de la ecología política. Analizó la relación del estado de los ecosistemas y las condiciones de vida de las comunidades que habitan la Ciénaga con el conflicto armado. Así, pudo establecer estrategias y mecanismos de resiliencia de los cienagueros. Su investigación fue calificada con honores en la Universidad Autónoma de Madrid, de donde se graduó.

Luego Sandra volvió al país en 2009 y retomó su actividad como profesora con la Universidad del Magdalena, a través de la universidad desarrolló diversas iniciativas y abordó problemáticas ambientales en la Ciénaga, se enfocó en analizar y visibilizar la debilidad de las capacidades de la gestión institucional, en temas como el acaparamiento de agua que hacen algunas empresas de banano y palma de aceite, la falta de agua que los habitantes padecen para cultivos y consumo y el estado de la pesca, puesto que el humedal siempre ha sido una gran despensa de pesca para el país. "Muchos de los procesos de acaparamiento de tierras y, por ende, los desplazamientos que se han producido están relacionados con la riqueza de las tierras, que es determinada por el agua y la biodiversidad".

En 2012, la violencia trastornó el ambiente académico y familiar de Sandra. Ella y nueve compañeros de la universidad fueron amenazados de muerte por su liderazgo al interior de la institución. Tuvo que salir del país con su hija por una temporada, hasta que recibió la llamada de una de sus "ángeles guardianes", como ella los califica. Se trataba de la científica y académica bogotana Brigitte Baptiste (leer historia Brigitte Baptiste, conectando mundos y tejiendo puentes, página xx). Brigitte la invitó a ser parte de un proceso nacional de delimitación de humedales y fue así como pudo retornar al país, trabajando desde Bogotá.

El proyecto de los humedales lo desarrolló a través del Instituto Humboldt, con el que estuvo vinculada entre 2013 y 2014. De este quehacer se produjeron diferentes publicaciones, como Colombia anfibia, que permitieron entender los humedales y las relaciones socioecológicas que en ellos se presentan y son un insumo fundamental para entender el ordenamiento territorial del país de una manera diferente. "Los humedales no se pueden volver un elemento más de desplazamiento interno, sino que se debe recuperar esa cultura anfibia, esa cultura de la gente, de la vida de los humedales y de la diversidad de estos ecosistemas", afirma Sandra.

Esta etapa fue un periodo feliz para Sandra, que le permitió matizar el trauma que las amenazas suscitaron. Sin embargo, una fibromialgia que había sido diagnosticada tiempo atrás se acentuó, la debilitó y la obligó a pasar largas temporadas en cama. Por entonces, surgió la noticia de que el gobierno local de Magdalena planeaba construir una carretera de doble calzada que comunicara a Barranquilla con la Ciénaga. La información no cayó bien en Sandra, que decidió levantar su voz. Desde su cama, y armada de su teléfono celular, informó a la comunidad en general (vía Twitter) sobre las problemáticas sociales y ambientales que afectaban a la Ciénaga y que las autoridades intentaban pasar por alto para sobreponer su obra de ingeniería a como diera lugar. Sandra se hizo escuchar, porque era una de las voces más importantes para hablar del tema. Sus tuits generaron una bola de nieve informática que hizo que el país se replanteara la construcción de esa carretera, al punto que hoy en día el proyecto se encuentra en un punto de futuro incierto. Esa gestión le valió el reconocimiento de El Espectador.

En 2014, ya recuperada de salud, regresó a Santa Marta y dos años después asumió la decanatura de la Facultad de Ciencias Básicas de la Universidad del Magdalena. Sandra reconoce que la academia ha sido una plataforma importante para visibilizar el tema de la Ciénaga, para estudiarlo científicamente y hacer un puente entre los estudios técnicos y la ecología tradicional, y darles voz a las comunidades y, en especial, a las mujeres en temas de gobernanza ambiental. "En el medio académico a veces las mujeres no tienen espacio para dialogar,

lograr que las escuchen es muy difícil. (...) Nosotras, desde la universidad, hemos intentado darles voz a las lideresas locales, a las pescadoras y aunque no ha sido fácil en un medio tan machista como es el de los pescadores, hay mujeres que están empoderándose y ellos están delegando, cediendo espacio a mujeres lideresas; estamos en un momento de transición de liderazgos y es a nosotras a quienes corresponde promover esto. Lo he visto en la Ciénaga Grande y en algunos pescadores de Taganga y de otros lugares del Caribe; esos liderazgos se están equilibrando poco a poco".

A partir de su experiencia, Sandra ha podido corroborar que las mujeres y los hombres se relacionan con el agua y la biodiversidad de una manera muy distinta, según esos roles que históricamente se han asignado a unas y otros. "El agua es la prioridad para las mujeres porque ellas son las cuidadoras del hogar y la necesitan para limpiar, cocinar, mantener el cuidado de su familia; para los hombres, el agua es su medio de transporte para ir a traer el sustento o pescar. (...) En la Ciénaga, ellas están muy atadas a los palafitos (casas dentro del agua), por esto se mueven muy poco, pero no por ello tienen menos conocimiento del ambiente. Hay escenarios que tenemos que reinventar, promover más liderazgos femeninos, y eso se hace trabajando con la gente en la comunidad; hay que quitar siglos de opresión de las mujeres del campo, de las trabajadoras, de las pescadoras", declara Sandra.

Así como su trabajo ecológico y social ha impactado positivamente en otros territorios del país, Sandra continúa defendiendo la Ciénaga desde lo científico y desde el empoderamiento femenino para que sus esfuerzos puedan replicarse en el pensamiento de futuras lideresas. "Hay que promover la palabra femenina y garantizar en este momento de crisis climática y de colapso de la biodiversidad lo que las mujeres puedan aportar, participar, incidir en iguales condiciones y con iguales oportunidades. Creo que hay que apoyar la formación ciudadana desde los colegios, donde las niñas y los niños tengan la capacidad de tener pensamiento crítico, de hablar sobre lo que les rodea".

En la actualidad, Sandra trabaja para el área de Sostenibilidad de la Facultad de Administración de la Universidad de Los Andes y comparte su conocimiento con las agencias del Estado que lo requieren como la Corte Constitucional, la Fiscalía y la Procuraduría¹. No volvió a pasar temporadas en una cama, está recuperada del todo y su voz parece escucharse con fuerza a cada paso que da.

¹ Es un "mecanismo de carácter temporal y extrajudicial del Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición para conocer la verdad de lo ocurrido en el marco del conflicto armado". Tomado de: <https://comisiondelaverdad.co/la-comision/que-es-la-comision-de-la-verdad>

“El agua es la prioridad para las mujeres porque ellas son las cuidadoras del hogar y la necesitan para limpiar, cocinar, mantener el cuidado de su familia; para los hombres, el agua es su medio de transporte para ir a traer el sustento o pescar (...)”

SILVIA GÓMEZ

Del Amazonas al emprendimiento sostenible.



A Silvia le gusta hablar, intercambiar, convocar e invitar. Esto, inspira a seguirla. Ella dice haber llegado a este mundo con ganas de hacer cosas muy específicas. A pesar de haber nacido en un contexto urbano, desde muy pronto se interesó por el campo, por la naturaleza y se siente orgullosa de haber nacido en el país más diverso del planeta en términos culturales y biológicos. Es una enamorada de los espacios naturales de Colombia y de las intrínsecas relaciones que surgen entre la gente que los habita ancestralmente. A una edad temprana, sintió la necesidad de emprender la lucha por la defensa de la naturaleza y es ahí donde Silvia encontró una misión en el mundo, una razón de ser.

Estudió Antropología y eso la llevó a la Amazonía a trabajar con la Fundación Tropenbos en Araracuara. Entró en contacto con los indígenas andoque, experiencia que sirvió para la realización de su tesis de grado. Seducida por el mundo indígena y la biodiversidad de la región, se adentró en la selva del Vaupés, donde trabajó con diversas comunidades que habitan a lo largo del río Pira Paraná, afluente del Apaporis. Allí, entre ríos y malocas, vivió siete años trabajando con la Fundación Gaia. Cargada de conocimientos, con nuevos aprendizajes de saberes de mujeres, de olor a humo y a copal y con la humedad de la selva en su piel hizo su maleta y se fue a cursar la maestría en sostenibilidad y ciencia holística en el Schumacher College, en Inglaterra, donde se le abrió otro mundo. En la isla británica comprendió que el conocimiento de la ciencia occidental no está desligado del conocimiento tradicional indígena.

Regresó al país y continuó trabajando con la Fundación Gaia, esta vez haciendo una red de intercambios de saberes con comunidades amazónicas y africanas sobre el cuidado de la naturaleza, las prácticas agrícolas ancestrales, sus cosmologías y el ordenamiento de sus territorios. Continuó trabajando con las comunidades del río Pira, a través del Ministerio de Cultura y la Asociación de Capitanes y Autoridades Tradicionales Indígenas (Acaipi), cuyo resultado fue el Plan Especial de Salvaguardia de la manifestación Hee Yaia Keti Oka, del conocimiento tradicional de los chamanes Jaguares de Yuruparí. Este saber constituye el patrimonio étnico de numerosos grupos asentados a orillas del

río Pirá Paraná y el cual fue inscrito en el 2011 en la lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de la Unesco.

Como investigadora y conectora de conocimientos, Silvia siente una enorme gratitud hacia mujeres líderes y defensoras. "Las mujeres que han inspirado mi trabajo", reconoce Silvia, "no son destacadas a nivel social, pero sí lo son en mi vida: mi mamá, mi hermana, mis tías, las mujeres indígenas, mujeres que todos los días se levantan con la certeza de que las cosas son posibles, de que, a pesar de todas las dificultades, cuando uno tiene un objetivo hay que lograrlo". Silvia habla con convencimiento de que la transmisión generacional de madres a hijas, de abuelas a nietas es clave y que esto se va perdiendo porque en las sociedades modernas no hay tiempo para conversar, para transmitir de una manera simple y sabia.

Para ella, la mujer colombiana es un pilar en el cuidado de la naturaleza, por lo que son constructoras y guardianes de su entorno, de su ecosistema más cercano. "Tenemos en Colombia líderes mujeres maravillosas que han emprendido luchas más allá de sus espacios familiares o sus círculos cotidianos, para comprometerse con denuncias importantes para la defensa del medio ambiente poniendo en muchos casos su vida en peligro. Esto es muy valioso en una sociedad como la nuestra, donde las mujeres siempre están un paso atrás, donde hay que demostrar que uno sí sabe, donde hay que mostrar que uno puede ser igual a un hombre o donde se siente que las condiciones no están dadas, no son iguales y hay que hacer un esfuerzo mayor".

En su opinión, las mujeres son cautelosas al saber que tienen pocas oportunidades en un mundo patriarcal, y por eso muchas de ellas, que se han tomado su tiempo para tomar la mejor decisión, terminan haciendo cambios estructurales en los paradigmas arraigados de la sociedad. "Hay que actuar aquí y ahora para volver a sentirnos poderosas, para poder volver a sentir que somos agentes de cambio, que los problemas ambientales se frenan o cambian en la medida en que uno se compromete, porque firmo, comparto, salgo a la calle a denunciar los atropellos ambientales, porque en mi casa tomo la decisión de no

consumir tal o cual producto, de no comprar frutas empacadas sino ir con mi canasto a la plaza a comprar directamente a los campesinos, porque me comprometo a cuidar el agua, porque tomo decisiones, me enganché en las discusiones, de esta manera no estoy esperando a ver qué pasa, sino más bien qué voy a hacer desde mi cotidianidad”.

A nivel global, Silvia destaca el papel de tres mujeres que para ella y muchas otras personas en el mundo son un ejemplo en la defensa de la vida, los animales y la Tierra, como la activista india Vandana Shiva, la keniana Wangari Maathai, primera mujer africana en ser galardonada con el Premio Nobel de la Paz por su contribución al desarrollo sostenible, la democracia y la paz, y la etóloga y antropóloga inglesa Jane Goodall.

Llamada por este impulso de ser parte activa de este planeta, de cuidarlo y defenderlo, Silvia empezó una nueva etapa de su vida como directora de Greenpeace Colombia, organización cuya misión es trabajar por un mundo más pacífico y verde, más sustentable. Para cumplir su objetivo ella se enfoca en una línea política que garantiza que se investigan y denuncian problemas ambientales, para lograr cambios legislativos o políticos que garanticen la no repetición de dichos crímenes ambientales. La otra línea de su trabajo es hacer campañas públicas para comunicar de una manera masiva, atractiva, fácil y asequible los mensajes de las amenazas ambientales.

Desde Greenpeace Colombia ha liderado campañas importantes tales como la prohibición del uso del asbesto. Gracias al invaluable aporte y el decidido compromiso que Silvia ha emprendido junto con otras organizaciones y Congresistas de la República, en Julio de 2019 se aprobó y sancionó la Ley Ana Cecilia Niño, que prohíbe el uso de este mineral en Colombia. El asbesto ocasiona la muerte de miles de personas al año y aun así se sigue comercializando en el país.

También ha trabajado en la protección de los páramos frente a la minería de carbón. Colombia tiene la mayor porción de páramos del planeta y el más grandes es el de Sumapaz, donde el 70% del agua abastece

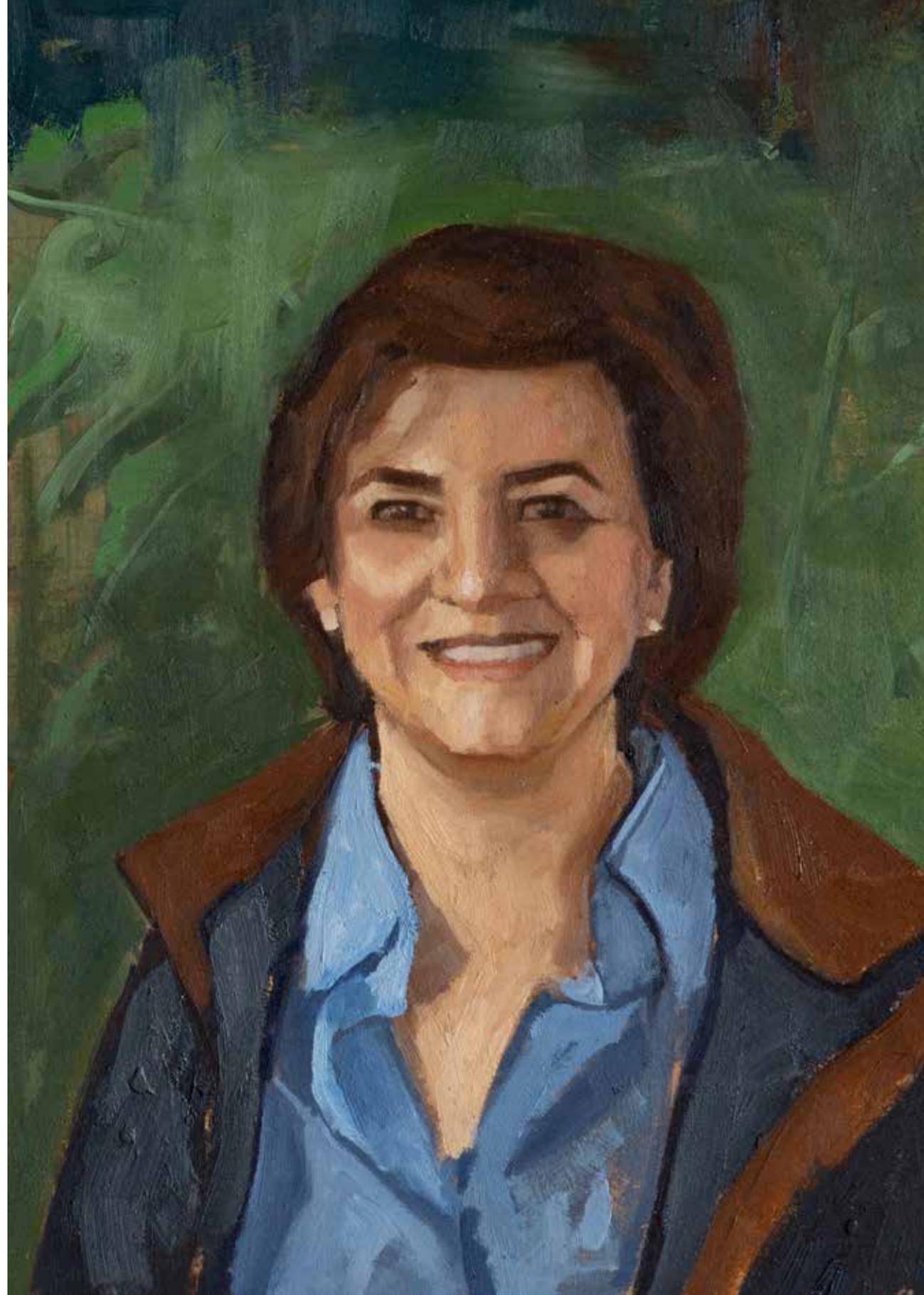
las ciudades. En el páramo de Pisba Silvia y su equipo desarrollaron una campaña pública llamada “Aduéñate de los páramos”, con la que lograron que la Corporación Autónoma Regional revocara las licencias ambientales de las empresas que estaban listas para abrir un proyecto de extracción/explotación de 800.000 toneladas anuales de carbón. Greenpeace, junto con otras organizaciones, logró que en febrero del 2016 la Corte Suprema de Justicia declarara los páramos sujetos de protección y prohibiera la minería en ellos.

Para Silvia, un concepto sabio que aprendió en la selva es que la vida laboral y la personal no deberían estar tan separadas y que todo funciona y nutre lo demás. Con esa idea armó, en compañía de su esposo, el proyecto familiar “Deveras”, que es una iniciativa que surgió de la necesidad de estar más en la naturaleza y generar un espacio para conectar productores, consumidores y transformadores de alimentos con el fin de tomar mejores decisiones de consumo. Este proyecto productivo de multiespecies comprende el cuidado de animales como ovejas, pollos, gallinas que ponen huevos, cerdos, vacas, caballos que aran la tierra, y todos van rotando en función de fertilizar el suelo y de darle los nutrientes que necesita. Funciona en una finca donde buscan que los consumidores, que están tan desconectados del origen de su comida, puedan entender que un buen plato de comida no es solamente algo delicioso sino algo que está en concordancia con el clima, con la manera como se produce, con la disponibilidad de los productos, con los ingredientes y su calidad.

Silvia se encuentra en un momento adecuado para transmitir lo que la vida le ha dado, para poder proveer espacios donde la gente se sensibilice y entienda que la sustentabilidad viene de adentro y que para poder ser sustentable hay que repensar las prioridades de vida y sentirse parte, ofrecer espacios donde las nuevas generaciones que ya tienen la semilla sembrada y que se sienten parte de este planeta puedan efectivamente desarrollar su misión y tener una relación sana con el entorno.

JULIA MIRANDA

¡Los Parques Nacionales me han robado el corazón!



“Esto no me puede estar pasando a mí, es como un sueño”, dijo Julia Miranda cuando le ofrecieron la dirección de Parques Nacionales Naturales de Colombia (PNN) en marzo de 2004. Hoy, después de 15 años al frente de la institución, Julia sostiene que posee el trabajo más bello y apasionante que puede haber: “ilos Parques Nacionales me han robado el corazón!”.

Julia es abogada de la Universidad Javeriana, con una especialización en derecho ambiental de la Universidad Externado de Colombia. Es una mujer menuda y ágil como buena equitadora, buceadora en las aguas profundas de Malpelo, viajera de los ríos Amazonas, Caquetá, Apaporis y Orinoco. Desde que fue al Orinoco por primera vez, descubrió que cada lugar al que visitaba era más bello que el anterior. En sus recorridos trabajó contactos con numerosas comunidades indígenas de las que ha aprendido sobre numerosos temas, en especial con los grupos del Amazonas y de la Sierra Nevwwada de Santa Marta. El conocimiento de las diversas geografías y culturas del país la ha enriquecido personal y profesionalmente. Aunque encuentra fascinantes los retos medioambientales que enfrentan los centros urbanos, como el manejo de residuos, la calidad del aire, los humedales, las áreas protegidas urbanas, para ella no hay nada más enriquecedor que el trabajo en los parques nacionales.

Julia tiene dos hijos, una hija, un marido que ha sido su apoyo y 1.800 personas a su cargo. “La gente en parques tiene una personalidad muy especial, muy misional, es su proyecto de vida, tienen una vocación de profundo compromiso con la naturaleza”, sostiene Julia. Desde que asumió el liderazgo de Parques, configuró un equipo sólido y sensible a la biodiversidad natural y social de la nación, y construyó un proyecto de avanzada sobre las bases que dejaron Carlos Castaño Uribe, Juan Carlos Riascos y sus antecesores que manejaron Parques Nacionales desde el extinto Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente (Inderena).

Colombia es el segundo país más biodiverso del mundo¹. Ocupa el primer lugar en aves y orquídeas, el segundo en plantas, anfibios, mariposas y peces de agua dulce, y el tercero en reptiles y palmas². Es una nación multiétnica y multicultural. En la actualidad, las áreas protegidas del Sistema de Parques Nacionales Naturales son 59 parques, más de 15 millones de hectáreas, equivalentes a cerca de un 13% del territorio nacional. Veintiséis de estas áreas tienen presencia de comunidades indígenas y afrodescendientes. PNN protege el patrimonio natural y cultural, los bienes y servicios ecosistémicos que ofrecen las áreas protegidas y sus especies objeto de conservación³.

Julia le ha dado mucha importancia al trabajo internacional, a que Colombia tenga las estrategias actuales a nivel global. Ha participado en reuniones de orden global como las del Convenio de Diversidad Biológica de la Unesco y hace parte de la Comisión Mundial de Áreas Protegidas de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN). Estos vínculos le han permitido identificar los peligros que enfrentan las áreas protegidas globalmente, así como los problemas específicos que tienen los parques de Colombia, los cuales presentan amenazas similares a los de África, en ámbitos como la disminución de las especies nativas, el cambio climático, las especies invasoras y el reto de trabajo con las comunidades locales.

En el país, en particular, el tema de orden público es el mayor desafío para desempeñar la labor. Son enormes las dificultades que los

1 Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible. (s.f.). Colombia celebra su biodiversidad. Consultado en: <http://www.minambiente.gov.co/index.php/noticias-minambiente/3196-colombia-celebra-su-biodiversidad>

2 Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt. (Septiembre de 2017). Biodiversidad colombiana: números para tener en cuenta. Consultado en: <http://www.humboldt.org.co/es/boletines-y-comunicados/item/1087-biodiversidad-colombiana-numero-tener-en-cuenta>

3 Parques Nacionales Naturales de Colombia. (s.f.). Sistema de Parques Nacionales Naturales. Consultado en: <http://www.parquesnacionales.gov.co/portal/es/sistema-de-parques-nacionales-naturales/>

equipos de trabajo de PNN enfrentan a diario en las zonas donde hay presencia de grupos al margen de la ley, cultivos ilícitos, ganadería ilegal, mafias, deforestación acelerada, minería ilegal. La situación de orden público y seguridad en el país hace que el nivel de amenazas sea mucho mayor. "Siendo el país más megadiverso del planeta, tenemos mayor responsabilidad de conservarlo", afirma Julia. "Para esto, gracias a la tecnología, nos hemos enfocado en su modernización para la eficiente ejecución de los recursos, en estos años hemos aumentado sustancialmente el presupuesto. Cuando yo entré a parques en 2004 teníamos 7.000 millones de pesos, lo que no nos permitía casi ni movernos. Vivíamos prácticamente de la cooperación internacional, y gracias a ellos podíamos hacer cosas. Y a base de ser una entidad eficiente, transparente, que muestra sus resultados, hemos logrado que el presupuesto de 2018 llegara casi a 100.000 millones, que es insuficiente pero es un aumento grande en estos 15 años".

En este quinquenio, a partir de la gestión de Julia, PNN ha aumentado la planta de personal y duplicado el área del Sistema Nacional de Áreas Protegidas. Se han declarado numerosas áreas protegidas nuevas, ampliado otras muy importantes y reforzado el ámbito legislativo que se necesitaba para reglamentar el Sistema Nacional y lograr el fortalecimiento institucional. Así mismo, se cuenta con las reservas de la sociedad civil que hoy día son aliadas fundamentales para la conservación. De otro lado, PNN reporta al Convenio de Diversidad Biológica sus avances en las metas para 2020 de la convención de Aichi (Japón). Como resultado, el país se ha distinguido por su compromiso con el tema de áreas protegidas, lo que se ha reflejado en mayor cooperación internacional, apoyo técnico, como es el caso del respaldo de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (IUCN por su sigla en inglés) y el trabajo con la Unesco en asuntos de patrimonio de la humanidad, que resultó en el reconocimiento de los parques de Malpelo y Chibiriquete.

A pesar del progreso constante de PNN en los últimos años, Julia no deja de entristecerse de la realidad del territorio nacional. Los esfuerzos son en muchos casos insuficientes, ante la rápida erosión de los recursos

naturales, por vía de la mano indiscriminada de grupos ilegales. "Es terrible", declara Julia, "ver los huecos, los incendios, la deforestación (en el Amazonas). Por ejemplo, la reserva Nukak. Esa deforestación duele porque estamos perdiendo selva a una velocidad impresionante en estos últimos años. Hoy el problema más grande de los parques se llama ganadería ilegal, ni siquiera la coca. Con coca tenemos unas 8.000 hectáreas, que claro que es gravísimo, pero tenemos más de 500.000 hectáreas con vacas. Y ¿de quién son esas vacas? (...) La minería es grave, pero no tan grave dentro de Parques Nacionales porque la hemos atacado muy rápidamente y con contundencia. Por ejemplo, el Parque Farallones de Cali implica un trabajo diario con el Ejército, con la Fiscalía, con el equipo del parque haciendo decomisos, tumbando socavones, haciéndole frente al riesgo que eso implica. A uno lo conmueve el asesinato de funcionarios de PNN que están haciendo su trabajo, me duele el alma cada vez que he tenido que ir a un entierro, desde que llegué me han tocado varios. A los 15 días de haber llegado mataron al jefe del parque Tayrona, he ido a todos y cada uno y es muy doloroso".

Empero, esos problemas animan cada día a Julia a dar una pelea institucional, ecológica y humana por un territorio en paz y sin detrimento de la naturaleza. "Ser mujer directora de PNN no me ha limitado, por el contrario, siempre he sentido mucha consideración, apoyo de parte de los colegas del Estado, como de gente de la institución". Aunque en muchos frentes políticos y profesionales del país, el trato diferenciado que se le da a la mujer es amplio y brusco, Julia no ha sentido el rigor del machismo, quizás porque su talante y su conocimiento la han hecho invulnerable a los ojos de los garantes de los viejos cánones patriarcales. "Nunca he sentido que me cuestionen por ser mujer. Hay muchas mujeres aquí y es un trabajo duro que implica estar fuera de la casa mucho tiempo: las jefes de los parques, las jefes de terreno sí que la tienen difícil pues son mamás y esposas. También en el equipo directivo, tanto en las direcciones territoriales como en Bogotá, a las mujeres que tenemos que salir a campo y hacer tantos viajes fuera del hogar, eso nos implica un reto adicional. Aquí hay muchas mujeres

cabeza de hogar que han sacado (adelante) a sus hijos con su trabajo en Parques, que no es un trabajo muy bien remunerado. Son unas mujeres que han sabido transmitir a sus familias ese amor por la naturaleza, por lo que hacen. Es sorprendente que en muchos casos los funcionarios salen de un parque y se van de vacaciones a otro. Somos una gran familia, con gran amor por el trabajo, por la naturaleza. Somos la gente de la conservación”.

“La gente en parques tiene una personalidad muy especial, muy misional, es su proyecto de vida, tienen una vocación de profundo compromiso con la naturaleza”.

“Siendo el país más megadiverso del planeta, tenemos mayor responsabilidad de conservarlo”.



DEL TERRITORIO A LA CIUDAD

Cada diez años las Naciones Unidas convoca a los países a renovar sus compromisos con los principios de la Declaración de Río y los objetivos de la Agenda 21. Así, en 2002, en Johannesburgo, tuvo lugar la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible. Si bien el balance en el logro de las metas planteadas diez años antes no era positivo, los países se comprometieron con seguir la Agenda 21, y con el logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (establecidos en la Cumbre del Milenio, en 2000, para alcanzarse en 2015). La sostenibilidad ambiental y la equidad y empoderamiento de la mujer estaban en el mismo nivel de la política internacional que la erradicación del hambre y la pobreza.

Veinte años después de la Cumbre de la Tierra, los gobiernos se reunieron de nuevo en Río de Janeiro. La Conferencia de Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sostenible, o Río+20, se dio entre el 20 y 22 de junio de 2012. La reunión endosó un documento político que renueva el compromiso con el desarrollo sostenible y contiene medidas para implementarlo; el documento se denomina, "El Futuro que Queremos", haciendo alusión a su antecesor de 1987, Nuestro Futuro Común. En esta segunda reunión en Río, tomó fuerza el concepto de crecimiento verde.

En la reunión de 2012, los Estados decidieron desarrollar un conjunto de objetivos que capitalizara sobre el proceso que se estaba viviendo con los Objetivos de Desarrollo del Milenio, y que le diese continuidad a la agenda después de 2015. El proceso de construcción de los que se llamarían Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) se cerró en la Cumbre de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Sostenible, que tuvo lugar en Nueva York. Allí se endosa la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, que provee una estrategia para la paz y la prosperidad para las personas y el planeta, y cuya columna son los 17 ODS. Esta es la Agenda que nos guía hoy.

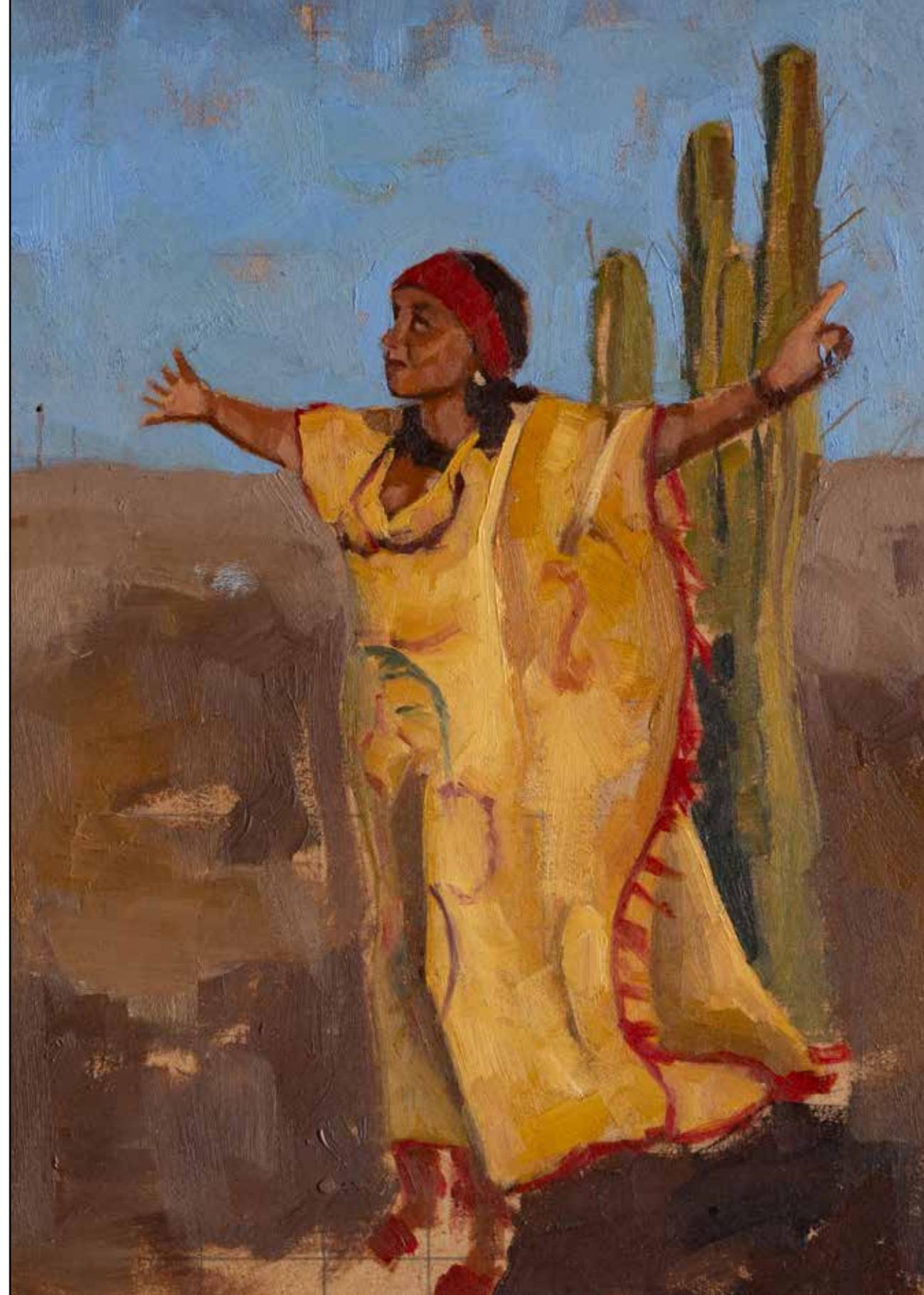
Cada vez más el marco político internacional integra las diferentes dimensiones del bienestar humano con la preservación del entorno natural. Esa integración ya era visible para las mujeres que crecieron en una relación cercana con el medio ambiente, descontaminada de las barreras que interpone el medio urbano. Esa fue la vida de Carmen, Ana Delia, Isabel, Jani, Nazaret, Clemencia, Yurani, Maryuri, María Yalanda y otras; mujeres que hoy son canales de comunicación entre las comunidades de base y las decisiones de políticas nacionales. Ellas nos recuerdan que la música comunica, que los ríos tienen espíritu, que la educación es poderosa.

Los invitamos a conocer sus historias con sabor a piangua y cancharina, a conectarse con sus territorios y sus luchas, a sentir la incomodidad de sus desplazamientos – unos voluntarios, otros forzados - y a considerar la fortaleza que cada obstáculo con el que se encontraron puso en el alma de estas mujeres.



ANA DELIA FERNÁNDEZ

Líder wayuu, tejedora del sueño de vida y la palabra originaria.



Ana Delia, mujer wayuu de la familia clanil Sijjunayuu, linaje que sólo se hereda por línea materna y representa la naturaleza de la avispa, creció en la zona desértica de La Alta Guajira, donde al lado de su abuela, su madre y sus tías maternas aprendió a tejer la vida entre mochilas y chinchorros; a oír el viento que mece la enramada; a interpretar el lenguaje de los sueños, y a sentir que las mujeres hacen parte de la naturaleza entre dunas, trupillos y estrellas que las ven hacerse fuertes y esenciales. Aprendió a bailar la yonna (danza tradicional), a amasar el barro con que se hacen las tinajas para transportar y conservar el agua dulce y atesorar las semillas de frijol, de patilla, de auyama que cada año siembran en sus amplias huertas durante la llegada de las primeras lluvias. Se fue abriendo camino protegida con los baños de esencias de plantas sagradas que le hizo su abuela y con la palabra sabia transmitida desde el saber ancestral de sus mayores durante las noches de luna clara.

Mientras las lunas se sucedían y los vientos modelaban las dunas, Ana Delia aprendió a ver su tierra con la perspectiva de una emprendedora lideresa. En tanto conocía su mundo, comprendió que muchas cosas no funcionaban en su entorno como deberían funcionar. La pobreza se multiplicaba entre regiones y las riquezas producidas por la explotación mineral no se traducían en bienestar para su gente. Así mismo, las llanuras fértiles, los arroyos, los animales y las plantas desaparecían. Su gran universo comenzaba a fracturarse, a perderse, a desvanecerse.

Decidió entonces cursar la carrera de Comunicación Social en la Universidad del Zulia, en Maracaibo (Venezuela), no solo por la necesidad de formarse en las técnicas de los medios y las Tecnologías de la Información y la Comunicación, sino además porque Ana Delia ya era una comunicadora consagrada en su labor de interpretar y comunicar. Para el pueblo wayuu, la palabra es el elemento fundamental para garantizar la vida y la paz en el territorio, y la mujer representa la autoridad espiritual en los procesos de gobernanza ambiental y construcción de paz. La oralidad y la palabra son para los wayuu el medio sustancial de comunicación: es la fuente donde la

historia de sus ancestros se conserva y el lugar donde se comparten los sueños de un pueblo entero. La palabra (Pütchikalü), es un principio fundamental de la ética y la moral del ser wayuu.

Durante sus años universitarios empezó lo que consideraría el inicio de su esfuerzo por garantizar y preservar los derechos humanos y los no humanos de todos los seres vivientes de su entorno natural. Para Ana Delia y su pueblo, los Derechos Humanos son una concepción que se queda corta ante los preceptos culturales que se interpretan desde la visión cultural de su pueblo: ellos no solo conciben la protección de los derechos de los seres humanos, sino los derechos de todos los seres vivos, de los pájaros, las plantas, los ríos, las montañas, los cerros, serranías y la Madre Tierra. En la universidad, entonces, junto con otros compañeros de la Asociación de Estudiantes Indígenas, logró gestionar cerca de dos mil cupos para jóvenes indígenas que querían prepararse a través de la educación superior. Fue un primer logro para contrarrestar la dificultad, la discriminación y la estigmatización que sufren los miembros de pueblos indígenas para conservar su cultura y acceder a la educación.

A lo largo del periodo de su formación, e incluso en sus años juveniles, siempre hubo preguntas que rondaban las ideas de Ana Delia. ¿Dónde estaban las mujeres? ¿Adónde se habían ido? ¿Por qué no hacían parte de los consejos regionales que analizaban la situación ambiental y humana de su tierra y que luego establecían planes de trabajo? ¿Dónde?. Serie de preguntas que fueron más difíciles que las que tuvo que enfrentar en la universidad.

La inquietante pregunta colgaba en sus pensamientos, como si la misma Wale'kerü, la araña mítica que se transformó en doncella y le enseñó a los wayuu a tejer la vida desde sus entrañas, la hubiera hilado desde la noche más alta solo para que Ana Delia la observara. Ella sabía que tenía que hacer algo al respecto, porque la mujer wayuu es principio sustancial en los procesos de diálogo y acuerdo entre los miembros de su cultura. Su sabiduría sienta las bases fundamentales para armonizar la vida y resolver todo tipo de crisis existencial. Ante

los conflictos, las mujeres son las primeras en actuar. Son ellas las que autorizan los rituales de encierro y armonización espiritual; promueven el diálogo entre sus hombres. Es decir, son las que orientan el espíritu de sus hombres para buscar y consolidar la paz. Con su mirada recia buscan convencerlos para que no se dejen cegar por la ira y la locura de la venganza. La mujer mayor es la que tiene el control espiritual, la serenidad y la firmeza para sentarse con los miembros de su linaje familiar e invitar a través de sabios consejos a recurrir a la sabiduría de un Pütchipü'üi (palabrero) y resolver un conflicto mediante un acuerdo pacífico.

El oficio médico-religioso de la Ouutsü encarna el rol sagrado de las mujeres como autoridad espiritual en la cultura. La Ouutsü es quien realiza los procedimientos de los rituales sagrados y prepara los baños de protección, purificación y sanación de cuerpo y espíritu, los cuales se efectúan en todas las etapas de la vida en familia, en especial a las niñas durante su etapa adolescente y a los hombres cuando existen tensiones por situaciones de conflicto. Así mismo, los demás roles de las mujeres, e'inalü (madres tejedoras), atükalü (ceramistas pintoras) o'ülakulü (visionarias espirituales), son fundamentales para procesos de restauración de derechos a través de un proceso de diálogo, de construcción de comunidad y de preservación de la cultura. Uno de los mayores problemas que Ana Delia evidenció en el debilitamiento del papel protagónico de la mujer indígena, como ella lo define, fue el impacto de diversos grupos religiosos en el entorno wayuu, una fuerte evangelización en el territorio ancestral que ha perjudicado la cosmovisión y la espiritualidad wayuu: quebranta las tradiciones culturales que se fundamentan en el sistema de conocimiento ancestral, sobre todo, el sistema de creencia que funciona como cimiento del rol ancestral de las mujeres.

No obstante, esta problemática no la detuvo. Por el contrario, la impulsó en su sueño como defensora del sistema de conocimiento de la mujer wayuu. Ana Delia estableció pues su enfoque de lucha en la importancia de la mujer al interior de su linaje y en cada proceso de desarrollo de su pueblo y en el cuidado del territorio ancestral. Así,

y en compañía de otras de sus coterráneas, se fijó el difícil reto, en un principio, de confrontar los negocios mineros en el territorio. Esta experiencia buscó establecer acuerdos entre el Estado, las empresas mineras y las comunidades, para que se cumpla el derecho del consentimiento y de la consulta previa para no vulnerar los derechos de las comunidades.

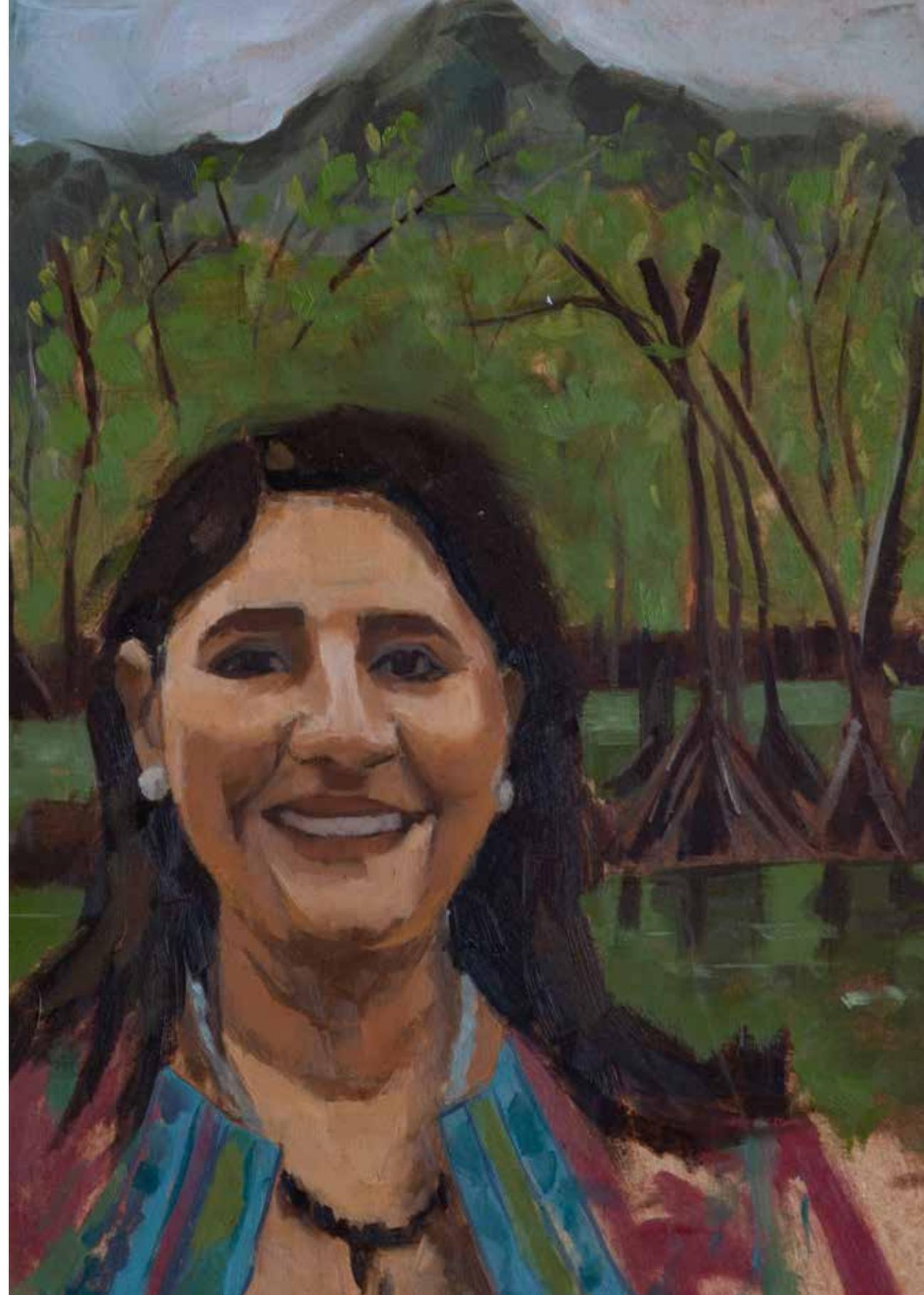
Esta y otras iniciativas hicieron que Ana Delia y su equipo de trabajo lograran espacios de reflexión importantes que han fortalecido la gobernanza ambiental a través de la aplicación social del Sistema Normativo Wayuu, que garantiza no solo la convivencia y el respeto entre las personas, sino también los principios de armonía y equilibrio en el territorio ancestral, entre los elementos de la naturaleza y la madre tierra. Este sistema jurídico fue declarado por la Unesco como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad en el año 2010.

Hace diez años asumió la dirección de comunicación de la Organización Binacional de Mujeres Wayuu y de la Junta Mayor Autónoma de Palabrereros y se encarga de difundir en la comunidad los procesos de fortalecimiento cultural que se tejen en los territorios, de darles la palabra a las mujeres y de visibilizar sus derechos.

“Con nuestro trabajo –dice con orgullo Ana Delia– hemos tejido procesos de construcción de paz territorial, de fortalecimiento de los conocimientos tradicionales y de gobernanza ambiental al interior de nuestras comunidades”. La sabiduría de la mujer garantiza la permanencia física y espiritual del pueblo wayuu en su territorio, pues a través del rol espiritual de la mujer se preserva la capacidad de reconocer el principio de hermandad entre todos los seres vivos que habitan el planeta Tierra. Ana Delia y varias mujeres wayuu desarrollan una propuesta para obtener la protección y la Propiedad Intelectual Colectiva del Arte del Tejido y salvaguardar los diseños, símbolos y técnicas, pues “ser mujer wayuu es saber tejer el pensamiento y el sueño de hermandad y permanencia”. Del mismo modo, preparan una propuesta de Ley de Propiedad Intelectual Colectiva Indígena en Colombia y Venezuela, para luego llevar a cabo su postulación ante la Unesco.

CARMEN CANDELO

Lideresa del Pacífico Colombiano:
transformadora, creativa y fuerte como el palo del guayabo.



Carmen Candelo nació en la región del Pacífico colombiano, en el Charco, Nariño, a orillas del río Tapaje, afluente de mareas y vaciantes que cambia su curso cada 12 horas. Una comadrona la ombligó con guayabo. Su madre dice que nació grande, aliviada y con los poderes que le dio este árbol flexible y de gran dureza. Carmen aprendió a nadar, a manejar el canaleta y el potrillo desde muy pequeña. Cuenta que cuando iban en una canoa por el mar y la marejada estaba muy fuerte, ella decía: "Virgen del Carmen, yo me llamo Carmen". Creció al lado de su madre, su abuela y sus tías, lo que le dio una mirada diferente de la vida. Su abuela era una mujer respetada, reconocida en la vereda, donde preparaba la tomaseca, una bebida con aguardiente y muchas hierbas para sacar los malos vientos luego de los partos. Carmen fue su primera nieta y siempre le recordaba que cuando nació la marea estaba media vaciante, como si esto tuviera un gran significado para su vida. De ella aprendió los alabados, los arrullos, los cantos de fiesta patronal y los cantos cuando mueren los niños (los chigualos).

A los 17 años se fue a estudiar a Medellín. Regresaba cada tanto a su tierra para llenarse de energía, encontrarse con su familia, su gente, el río, el manglar, las playas y los esteros; con la tranquilidad, la paz, la confianza de la gente y, sobre todo, con la cultura afro que se va transmitiendo de generación en generación. Se casó y fijó su residencia en Pasto. Se mudó luego a Bogotá y a Cali, donde se vinculó con el Fondo Mundial para la Naturaleza (del inglés World Wildlife Fund, WWF) en un proyecto de conservación y desarrollo para la región de Chocó. Fue para ella la oportunidad de volver a su tierra a trabajar por su gente, su cultura, los ecosistemas, los recursos naturales y con las poblaciones indígenas, afro y campesinas que habitaban en estos territorios. "Fue como si me hubiera ganado la lotería", dice ella, porque regresar, trabajar y escuchar a su gente la llevó a dar a luz un programa de fortalecimiento de capacidades que les brindaría herramientas a las comunidades para incidir más en temas de conservación del territorio.

En ese tiempo bailaban, cantaban, tenían libertad para salir y encontrarse con la gente en los ríos, en las playas, con las mujeres cantadoras, con los músicos que tocaban las marimbas en las fiestas, el

cununo, los bombos, el currulao, el guasá, los arrullos. Recuerda con nostalgia que la gente vivía sin miedos y prevenciones, que se podían dejar las puertas abiertas, no había temores ni desconfianza. Sin embargo, las cosas cambiaron en la región. Llegaron la violencia, la coca y la minería, que traía deforestación, contaminación y amenazas a la cultura. Con todos esos fenómenos se fue configurando un nuevo territorio con unas realidades diferentes para la gente. En la región se establecieron el miedo y la inseguridad, las puertas de las casas se cerraron, la desconfianza reinó, la violencia y la muerte tocaron a muchas familias, todo cambió por causa de la coca y la minería. Fue como un imán que atrajo lo peor. Otros paisajes, relaciones y culturas aparecieron y se perdió mucho de lo que tenían, de la riqueza de los recursos naturales y de la paz que había antes. Afirma que esta situación ha dejado más muerte y desesperanza que el terremoto que ella vivió en 1979, el cual originó un poderoso tsunami que afectó fuertemente la costa pacífica de Nariño y en particular a su pueblo.

Carmen estudió Tecnología de Alimentos y Mercadeo e hizo un posgrado en desarrollo sostenible de sistemas agrarios. Sus primeras prácticas profesionales fueron en La Cocha, Nariño, con la Asociación para el Desarrollo Campesino, donde realizó estudios de mercado con el fin de identificar alternativas para cambiar la actividad de carboneros por productores de cuy, mora, cebolla y ganadería. Cuenta que las mujeres eran las más comprometidas para buscar alternativas diferentes a la explotación del carbón. En la medida en que les empezó a ir bien, dejaron tranquilo al bosque y empezaron a criar cuy a gran escala. Esta es una actividad que por lo general realizan las mujeres, que requiere paciencia y cuidado porque hay que orear el pasto y cuidar los animales día a día. Allí trabajó en la propuesta del cuy congelado y en la transformación de frutos del bosque alto andino. Al ver que los campesinos encontraron una alternativa diferente, que estaban dejando de explotar el bosque y que este se estaba recuperando, se dieron cuenta de que estaban haciendo conservación y de que la conservación tiene que ser un compromiso de la gente, con la gente y para la gente, y sobre todo de la gente organizada. Así nacieron las reservas privadas

de los campesinos en La Cocha, donde hoy la recuerdan con respeto y admiración por haber acompañado un proceso importante de conservación que terminó en la designación de este lugar como un sitio Ramsar¹.

Cuando Carmen se vinculó con WWF y regresó como profesional a trabajar en la región del Pacífico, se encontró con las mujeres pescadoras de piangua, que es un pequeño bivalvo del manglar de exquisito sabor. En su gran mayoría ella son madres cabeza de familia y si bien no saben leer, la música es su lenguaje para contar sus historias de vida y despedir a sus muertos, para comunicarse y expresar a través de sus voces y sus danzas lo que las une, alegra y hace olvidar sus penas, el abandono y la marginalidad de la región. Así, la conservación del recurso comienza con música en los mensajes sobre el manejo de la piangua, la acción colectiva, las vedas y las buenas prácticas. Estas canciones alegres se incluyeron en las faenas diarias de las mujeres y en los manglares se oía: "Cojamos la piangua de la talla grande, la pequeña no, porque el recurso se está acabando", canta Carmen. Esta forma de llegar a la gente fue un gran éxito.

A través del conversatorio de acción ciudadana se lograron acuerdos de responsabilidad compartida por los manglares para proteger la piangua, lo que ha tenido varios reconocimientos: en 2006 recibieron el Premio Nacional a la Conservación y el Uso Sostenible de los Humedales; en 2008 fueron invitadas a un encuentro mundial de aguas y de ecosistemas, en España, al que Carmen, una pianguera y un pianguero, con marimba, bombo y cununo, fueron con sus mensajes y su música a una sesión llamada "Cantos del manglar". Entre canción y canción, muchas mujeres encontraron en este oficio una manera de conservar sus prácticas ancestrales y a la vez mejorar el uso, el manejo de sus recursos y sus ingresos. En 2011 Carmen fue distinguida con el Premio de

Ciencias, en la categoría de Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible, por el proyecto de investigación "Potencial productivo de las poblaciones naturales de la piangua", en el que las piangueras fueron parte del equipo de investigación.

"Las mujeres juegan en todas las sociedades un papel muy importante en el buen manejo de los recursos naturales", afirma Carmen con vehemencia, "porque tradicionalmente han asumido la responsabilidad de asegurar la comida para la familia y mucha de esa comida está en el medio natural, en el bosque, el río o el mar, o también es cultivada en huertas, chagras o azoteas, espacios de vida que son privilegiados por la mujer rural". En todas las formas, la disponibilidad de alimentos está muy relacionada con las condiciones ambientales de la zona, que dependen de la salud del agua y del suelo.

Carmen es la directora de Gobernanza y Medios de Vida Sostenibles de WWF Colombia y durante más de 20 años ha liderado procesos de fortalecimiento de capacidades y de gobernanza en diferentes lugares del país. Estos procesos fomentan la capacitación integral e incluyen temas como derechos humanos, resolución de conflictos, conservación, liderazgo organizativo y género, entre otros, y con esto se promueve la capacidad de articular y generar espacios de concertación y acuerdos entre diferentes actores, públicos, comunitarios y privados, a partir de la información que permite entender el contexto, conocer los roles y competencias y las normas que respaldan derechos y deberes, para reducir las asimetrías de poder. Son elementos que hacen parte fundamental de la gobernanza, que además implica la participación incluyente y equitativa. Por eso, Carmen sostiene que la gobernanza permite alcanzar escenarios de paz entendida como la capacidad de articular, tomar decisiones conjuntas, colectivas, colegiadas, en donde haya beneficios que se compartan entre todos y todas, porque el conflicto genera inequidades.

Desde la Constitución de 1991 hay un escenario diferente, un marco legal que favorece la participación, por la vía de los derechos y a partir de allí, dice ella con convicción, "hay oportunidades para procesos

¹ Por medio del Decreto 698 de 2000, el Ministerio del Medio Ambiente incluyó la laguna de La Cocha (Nariño) en la lista de humedales de importancia internacional, según la Convención de Ramsar en 1971.

más democráticos, para avanzar hacia una gobernanza real y verdadera. Bajo este enfoque y práctica podemos luchar por un escenario más equitativo donde las comunidades sean valoradas y tenidas en cuenta en la defensa, la conservación y los beneficios del buen manejo de sus territorios". En este incansable trasegar, Carmen ha visibilizado el papel de las mujeres y su aporte para la protección de los recursos naturales. "Las mujeres le apuestan más a lo colectivo, a lo común, a la defensa de los derechos y ese conocimiento de los derechos y de las herramientas para hacerlos efectivos cambia su participación, la percepción y la toma de decisiones para la gobernanza. La participación de las mujeres ha cambiado: los temas de género y de nuevas masculinidades se han incluido en las agendas de capacitación y la reflexión colectiva ha transformado la visión, la valoración de los roles de hombres y mujeres en las organizaciones y ha ampliado las posibilidades de participación y de incorporar con más equidad oportunidades para todos y todas. Hay que seguir buscando la valoración del rol de las mujeres y de la bondad que tienen los procesos más equitativos, pues no se trata de voltear los papeles y decir que son las mujeres quienes van a tomar las decisiones y los hombres a ocupar un espacio menos importante. La equidad es que todas y todos tengamos las mismas oportunidades y los mismos derechos. A pesar de que me crie con mujeres, he vivido rodeada de hombres: mi esposo, mis tres hijos, mis sobrinos, lo que me ha dado un carácter firme, flexible y recio como el palo de guayabo que me dio la fuerza para resistir".

Carmen considera que un problema grave hoy en día en nuestro país es la corrupción y que esta viene desde las esferas más altas del Gobierno hasta permear las comunidades. Para eliminarla hay que promover y privilegiar pensamientos y acciones bajo ética, valores y principios como honestidad, transparencia, responsabilidad y compromiso comunitario, como base de un control social. Carmen fundamenta la esperanza del cambio en la educación, por ello anhela y aboga por ver comunidades fortalecidas, empoderadas, participando e incidiendo en las decisiones para abanderar procesos de conservación con

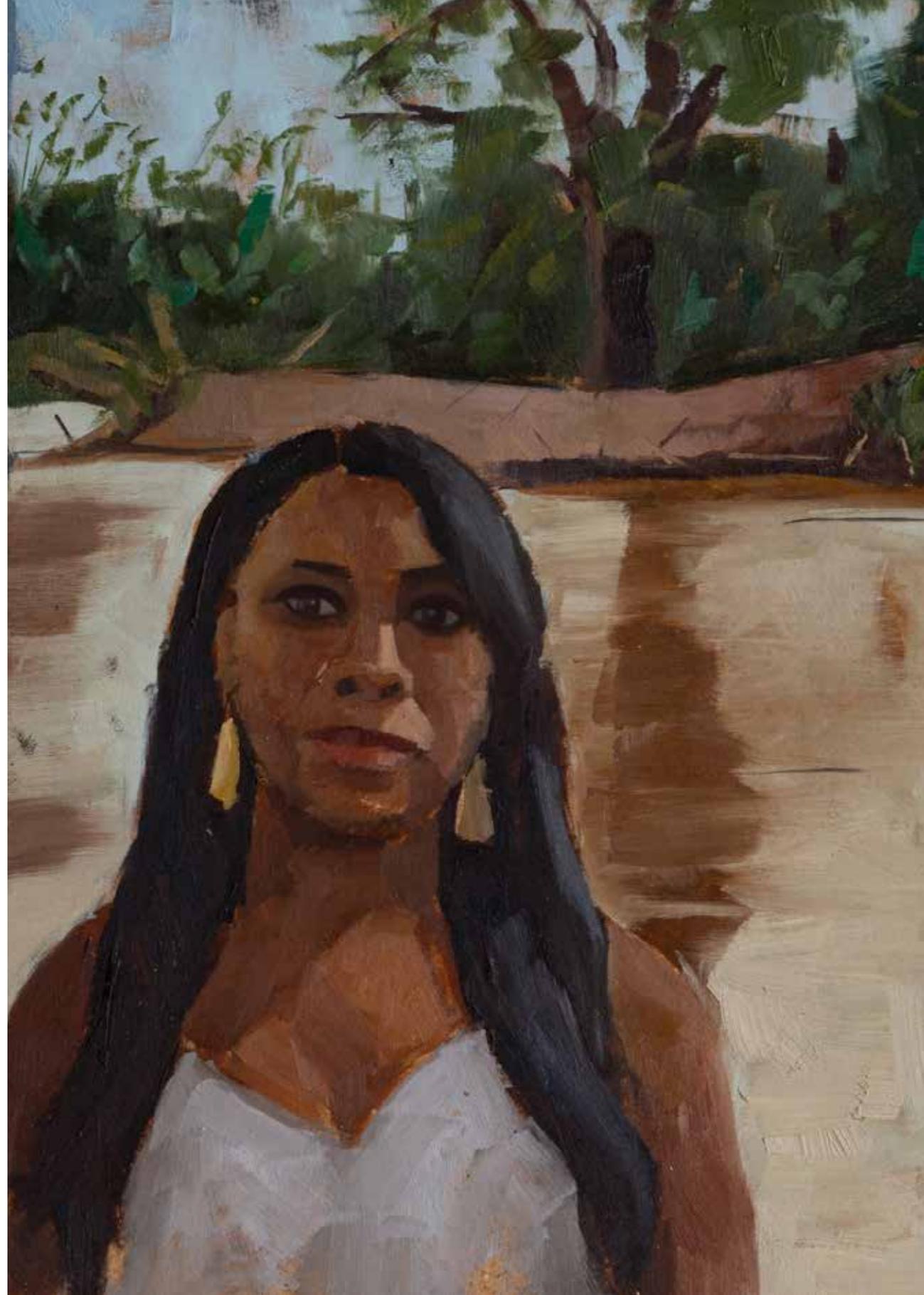
bienestar, de buen manejo de los recursos naturales basados en sus derechos y medios de vida, con criterios de sostenibilidad.

Carmen resalta de una forma significativa que todo lo logrado por ella y sus acompañantes en los proyectos es gracias al trabajo en equipo, la confianza, la camaradería, el profesionalismo y la alegría de sus colegas en todos los temas y sitios donde ha trabajado.

“Las mujeres juegan en todas las sociedades un papel muy importante en el buen manejo de los recursos naturales”.

MARYURY MOSQUERA

Guardiana del río Atrato.



Maryury nació en Juradó, Chocó, y se crio entre el río Atrato en la comunidad de Doña Josefa (municipio del Atrato) y Juradó, en la Costa Pacífica. Vivió con sus abuelos paternos, quienes la llevaban de vez en cuando a Quibdó, a lo largo del río a bordo de un bote. En aquellos viajes Maryury pudo apreciar los amaneceres más hermosos y supo escuchar la voz del río, que se mezclaba con el sonido de los pájaros, las hojas de los árboles y el paso del viento. De regreso, dormía arrullada por el ronroneo del motor de la canoa.

Maryury creció amando el Atrato. Para ella, el río es su hábitat, su territorio. Su padre también ama el río y es un reconocido activista político de la región. Por eso, cuando Maryury tuvo la edad suficiente para entender por qué su padre se había hecho activista, tomó el mismo camino de él. Padre e hija defienden el río. Maryury, desde muy joven, evidenció los problemas del río: el envenenamiento, el desvío de su cauce y la violencia.

El río Atrato es el más caudaloso de Colombia. Desemboca en el golfo de Urabá y su cauce tiene una extensión de 750 kilómetros, de los que 500 son navegables. Más de 15 ríos y 300 quebradas vierten sus aguas en él¹. Es muy rico en oro y en biodiversidad, por eso es tan apetecido. La minería ilegal, el narcotráfico y el uso inadecuado de sus aguas acaban con la cultura de una región, porque es en el río donde las comunidades afrodescendientes lavan el oro, cuentan historias de amor y de dolor, cantan y nadan. Ver que esa parte tan importante de la comunidad se estaba perdiendo por los intereses de unos particulares grupos causó mucho dolor entre Maryury y los suyos. Desde que advirtió las problemáticas del Atrato, ella se sintió en deuda. Tanto que el río le ha dado a ella, a su familia y a sus coterráneos, era suficiente motivo para realizar una defensa valiente del recurso.

Maryury se mudó a Buenaventura para estudiar Agronomía en la Universidad del Pacífico y realizó enseguida estudios de posgrado en gerencia de proyectos. Con mayor preparación académica, regresó a su tierra donde inició la protección de los territorios colectivos del Consejo Comunitario Mayor de la Organización Popular Campesina del Alto Atrato (Cocomopoca). A partir de esta labor, ha contribuido en la construcción de los planes de formación y etnodesarrollo de la región. De igual manera, ha llevado a cabo un trabajo comunitario de orientación de equipos de trabajo y de fomento del liderazgo con jóvenes y mujeres en procesos formativos, organizativos y sociales.

Entre el miedo, la pobreza y el abandono estatal que golpea a los jóvenes, que terminan huyendo o uniéndose a grupos criminales para sobrevivir, Maryury ha podido generar espacios de "sensibilización y pedagogía" entre la comunidad, con el fin de tomar decisiones para la defensa de su geografía. Esta defensa a ultranza es fundamental para consolidar un proyecto a largo plazo de reconstrucción de la comunidad, en la que haya oportunidades, progreso, un ambiente sano y un Atrato vigoroso y cristalino.

En 2016, Maryury y su comunidad lograron una victoria legal, cuando la Corte Constitucional falló la Sentencia T-622 en la que reconoce al río Atrato como "sujeto de derechos. Es decir, que el río se convierte en un sujeto de especial protección. Así mismo, la entidad reconoció los derechos biológicos y bioculturales que tienen las comunidades de manera autónoma sobre sus territorios y los recursos naturales que conforman su hábitat. Un año antes, un conjunto de organizaciones, cansadas de los atropellos y de ver al río contaminado, disminuido y apropiado por un puñado de personas, presentaron una acción de tutela para que el Estado protegiera al Atrato del mercurio y el cianuro, producto de la minería ilegal, de las dragas y del narcotráfico. Con la sentencia, la Corte ordenó la creación de un grupo comunitario de guardianes y guardianas del río, quienes propenderían por su cuidado y custodia. Orgullosamente, Maryury es una de las guardianas.

¹ Sentencia T-622 de 2016 de la Corte Constitucional de Colombia. Versión en línea <http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2016/T-622-16.htm>

Ahora, los gobiernos locales y gubernamentales han podido reconocer las problemáticas de la zona, lo que se consolida como un logro de Maryury y sus colegas activistas. Ella afirma que recorriendo los lugares más apartados aprendió a ver la vida de una manera distinta, a apreciar lo que tiene, a luchar por la conservación de la naturaleza y a expresar sus ideas y las de las comunidades de cómo quieren vivir y construir la paz territorial.

A pesar de sus esfuerzos por hacer visible las problemáticas más evidentes, Maryury es consciente de que falta mucho por hacer y uno de esos aspectos que necesitan fortalecerse es el rol de la mujer en la comunidad afrocolombiana. "En un territorio como el nuestro –sostiene–, lleno de machismo y de prejuicios, el desafío está en seguir liderando dinámicas de construcción y formación de liderazgo, en poder ocupar mucho más esos espacios de construcción y toma de decisión".

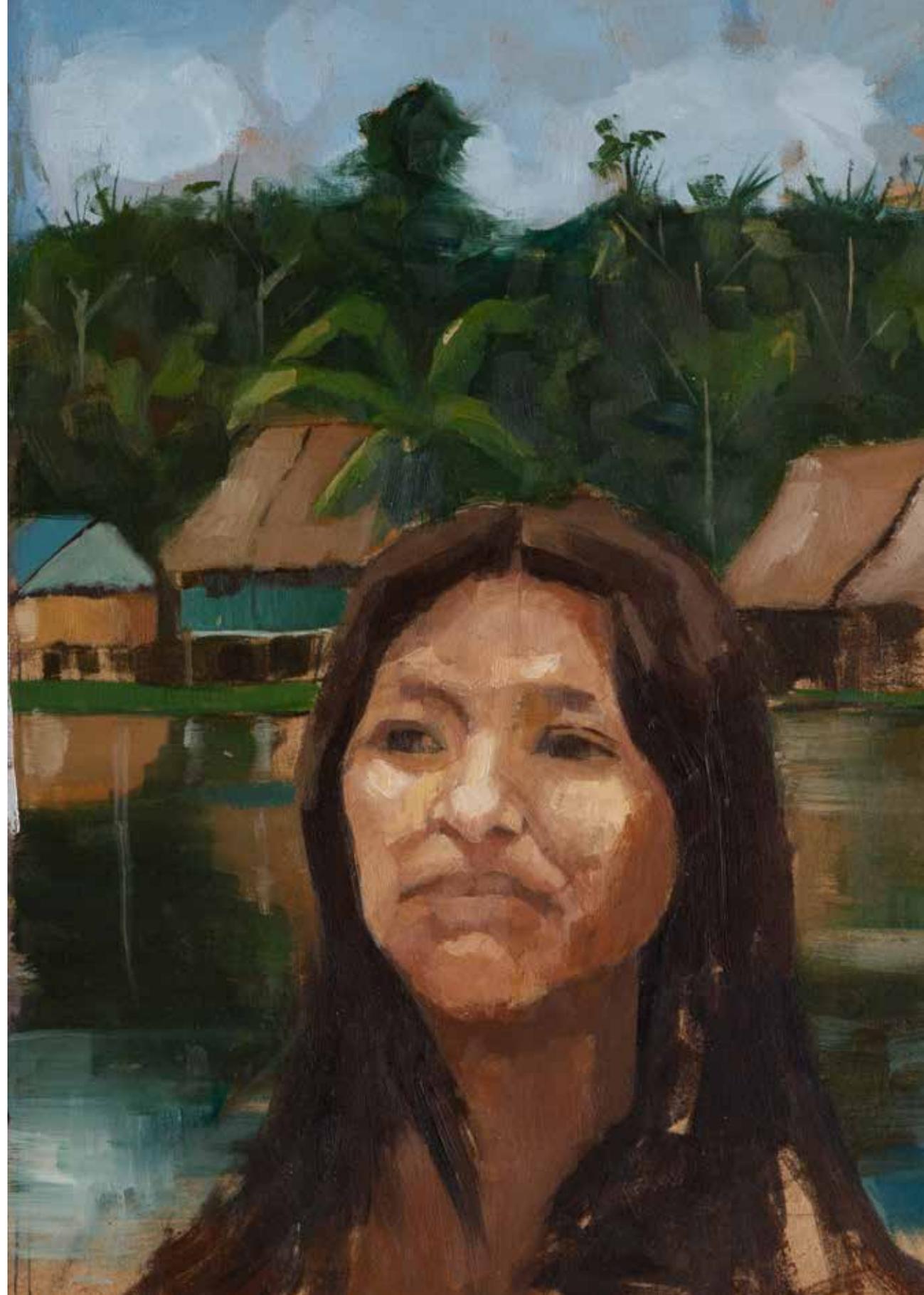
Sin equidad de género tampoco hay paz y Maryury lo reconoce. Y la paz, es un pilar al que su comunidad le ha apostado con determinación, en aras de la reparación, luego de la firma de los acuerdos entre el Gobierno Nacional y las Farc. "Las mujeres, a través del trabajo comunitario y la participación en espacios de toma de decisión e incidencia política, somos un ejemplo importante porque desde nuestra mirada de mujeres hemos contribuido a la agenda de paz de Chocó. Nosotras por naturaleza hemos sido protectoras, cuidadoras y conservadoras del medio ambiente; hemos aportado a nuestros procesos organizativos en todos los ámbitos; hemos sido pieza clave en la formación y la construcción de comunidad, eje central en la protección de los territorios y máximas constructoras de paz, por ello hemos sido parte activa en la construcción de una propuesta de acuerdo humanitario para nuestro departamento. (...) Creo que los espacios de formación centrados en mujeres y jóvenes han permitido generar mayor conciencia ambiental, mayor compromiso con la construcción y la visión de paz desde los territorios. El temor que me ronda a diario es no poder responder a las expectativas de mis comunidades, a la esperanza y las oportunidades que muchos de ellos ven en nuestro trabajo. Tengo miedo del riesgo que amenaza a las comunidades y a mí misma. El desafío es continuar mi lucha para que las mujeres podamos fortalecernos

y empoderarnos para ocupar espacios de incidencia política, de participación y de toma de decisiones, así como contribuir con la formación de nuevos liderazgos entre nosotras".

“En un territorio como el nuestro –sostiene–, lleno de machismo y de prejuicios, el desafío está en seguir liderando dinámicas de construcción y formación de liderazgo, en poder ocupar mucho más esos espacios de construcción y toma de decisión”.

MARÍA CLEMENCIA HERRERA

Lideresa en el empoderamiento de la mujer indígena y fundadora de la Escuela de Formación Política para el Liderazgo y la Gobernabilidad en la Amazonia Colombiana.



María Clemencia Herrera Nemerayema mujer indígena Murui-muina (uitoto), que significa "hija del tabaco, la coca y la yuca dulce". Nació hace 50 años en La Chorrera Amazonas, una comunidad que vivió el genocidio de su pueblo por la fiebre de la explotación del caucho por parte de la Casa Arana en la Chorrera Amazonas. Creció con sus abuelos, sobrevivientes de este exterminio, quienes le enseñaron la lengua materna, la lengua murui-muina, a conocer la selva, a sembrar en la chagra, a escoger las semillas, a hacer trampas para coger animales y a tejer canastos. Clemencia es lideresa, defensora de los derechos de mujeres y hombres indígenas y, sobre todo, formadora en liderazgo.

Para Clemencia la mejor defensa de los territorios indígenas es la educación. Según ella, la manera más adecuada de proteger la biodiversidad de las regiones donde habitan los pueblos originarios es dándole la oportunidad a las generaciones presentes y futuras de prepararse en todos los campos de la ciencia, las artes, los negocios y la infraestructura, en el que se combinen los saberes ancestrales y los de Occidente. Solo de esta forma los propios pueblos serán los propulsores de su desarrollo y los defensores de su cultura de enfocado bajo el cuidado de la naturaleza y al servicio de los mismos pueblos.

En una noche tórrida en las selvas donde nació tuvo un sueño inmenso: una universidad en el corazón de la Amazonia Colombiana. Sonaba descabellado, pero aquel sueño jamás dejó de acompañarla, una universidad de manera itinerante, que camine a la dinámica de los Pueblos Amazónicos, una academia que salga de las aulas, de las cuatro paredes, una forma de aprendizaje que camine en los territorios y no genere la migración de los jóvenes a las ciudades, y teja el empoderamiento en sus territorios con sus principios.

Paradójicamente, las primeras experiencias escolares de Clemencia fueron frustrantes. A los doce años fue obligada por curas y monjas a ir al internado de la chorrera en donde terminó su primaria, donde aprendió el castellano y le prohibieron mantener sus costumbres. Por intermediación de una monja, fue trasladada al municipio de Viotá,

Cundinamarca, a más de 700 kilómetros de distancia de su gente, para cursar el bachillerato. Durante esos años escolares su carácter se hizo fuerte y la rebeldía usurpó buena parte de sus acciones. Clemencia cuenta que cuando se graduó de primaria, a los 16 años, el cura le regaló una Biblia y un Cristo crucificado, ese fue su diploma. Entendió que lo que la motivaba era levantar su voz de protesta ante las injusticias. Durante su corta estancia en Leticia, y a pesar de su juventud, entró en contacto con líderes y defensores de derechos humanos.

Aquellas temporadas en que Clemencia estuvo lejos de su territorio y de su familia, no dejó perecer en su memoria ni en su espíritu el valor de sus orígenes y la importancia de su rol como mujer indígena. A su memoria volvían los veranos cálidos en el río, convertido en un manto cristalino en donde a los peces se les podía contar cada uno de sus colores. La voz con carácter de su abuela la acompañaba cuando se sentía perdida en el mundo. La recordaba hablando de los secretos de ser mujer al calor del fuego, cuando le explicaba cómo sembrar, seleccionar semillas, cuidar las plantas de la chagra¹, elaborar las tortas crujientes de cazabe de yuca, y preparar el mañoco² dorado y el ají. El conocimiento de las mujeres se transmite a través de la chagra, que "simboliza a la mujer amazónica, la belleza de la mujer, (...) la que tenga limpia la chagra, la que tenga todas las semillas tradicionales, todas las frutas, eso es una mujer trabajadora y eso es lo que valoramos en las mujeres. La chagra es el centro de la supervivencia de la biodiversidad y de la soberanía alimentaria, el centro de la vida", explica Clemencia.

Al terminar sus estudios regresó a casa. Quizás otra persona en su lugar hubiera terminado odiando la educación, pero no fue el caso de Clemencia. Su amor por los saberes y, sobre todo, por compartir el conocimiento la animó a seguir aprendiendo sobre sus orígenes y sobre los pueblos indígenas. Fue desde muy joven parte de la orga-

1 Sistema de producción indígena

2 Alimento indígena a base de yuca

nización en su territorio, en esos tiempos, la organización Indígena del Alto Amazonas – COIDAM, a quienes agradece toda la vida y en memoria de muchos que ya cumplieron sus misiones y regresaron a la naturaleza, quienes con mucha confianza y responsabilidad la impulsaron a hacer parte de la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC), en representación de los pueblos de la Amazonía. Continuó su capacitación en la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (Coica) en temas ambientales y de investigación. En la Chorrera, Clemencia hizo parte de las fundadoras del Colegio Indígena Casa de Conocimiento, con educación propia y maestros nativos.

En 2003, estando en la ONIC, asumió el cargo de Mujer y Cultura e hizo parte del Consejo Nacional de Paz de los Pueblos Indígenas de Colombia, lo que la llevó a viajar por las regiones más afectadas por el conflicto armado. Sirvió, además, de puente para establecer un diálogo entre los indígenas y los grupos al margen de la ley, por lo que tuvo que vivir en carne propia episodios de violencia y guerra. En una de esas situaciones, sobrevivió a un enfrentamiento armado en el Putumayo, cuando llevaba a su hija de diez meses en brazos.

Descubrió entonces la enorme necesidad de acompañamiento de las mujeres víctimas del conflicto armado, muchas en situación de desplazamiento, vulneradas física y emocionalmente, muchas de ellas como cabeza de familia, y ayudó a fundar la Casa Cultural Mujer Tejer y Saberes (Mutesa), un lugar de encuentro de culturas en la capital del país, donde las mujeres indígenas que viven en Bogotá trabajan de manera autónoma, preparando y dando a conocer sus alimentos tradicionales. "Hoy día generamos ingresos con la venta de artesanías y de ferias gastronómicas que ayudan a las familias desplazadas indígenas mujeres indígenas cabeza de familia y en situación de vulnerabilidad", sostiene Clemencia.

En 2008, tras el Auto de Seguimiento 092 de la Corte Constitucional, por el que se establecía la protección de los derechos fundamentales de las mujeres desplazadas por el conflicto armado en el país, y la

prevención del impacto de género, Clemencia fue seleccionada por su organización AZICATCH para representar al Amazonas en el desarrollo de los programas que promovió esta providencia. Clemencia y sus compañeras indígenas de la amazonia plantearon al Gobierno y diversas autoridades nacionales e internacionales las preocupaciones ambientales y de género que había ocasionado el conflicto en su territorio. En una de esas actividades, la Embajada de Noruega se interesó por una iniciativa que Clemencia había ideado tiempo atrás: su sueño, de la creación de una Escuela de formación policía para el liderazgo y la gobernabilidad en la amazonia, que hoy va hacia la creación de la universidad en el corazón de la selva.

Pocos años después, y gracias a la colaboración de la Corporación Noruega, el sueño de Clemencia empezó a materializarse. La Escuela de Formación Política abrió sus puertas en la selva amazónica y su objetivo es desarrollar competencias en liderazgo y gobernabilidad en la región. Con 233 egresados, la Escuela busca que "los indígenas conceptualicemos nuestros lenguajes para defender el territorio, nuestros derechos, la cosmovisión, la biodiversidad, los conocimientos de nuestros ancianos acerca del origen y el manejo del mundo (...) y el trabajo de la mujer indígena". La enseñanza ofrece cuatro líneas de formación: territorio y biodiversidad, autonomía y formación política, derecho propio y pluralismo jurídico, y comunicación intercultural.

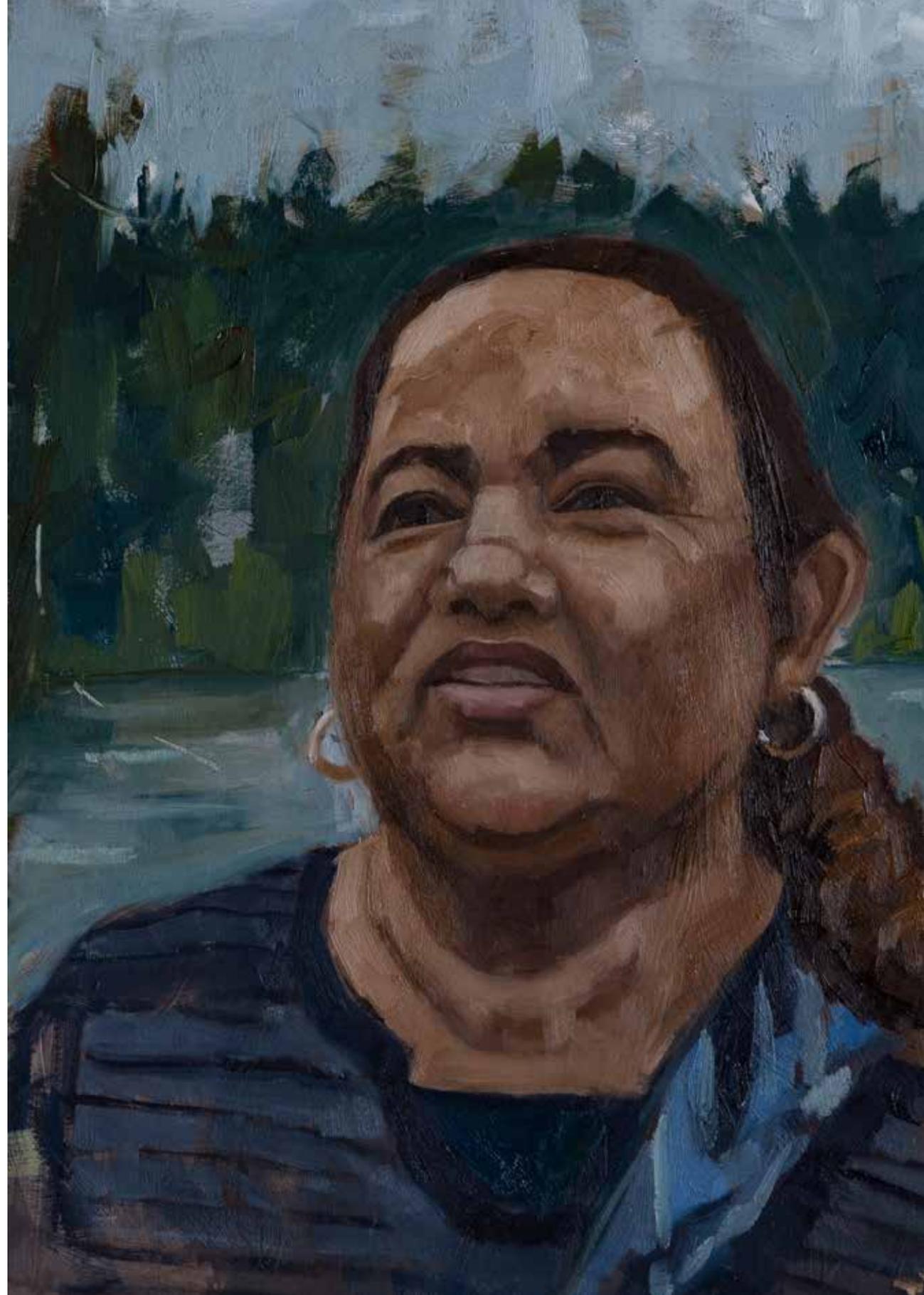
Los últimos años de trabajo han avanzado con éxito, a tal punto que Clemencia y sus pares están puliendo su sueño de educación, una institución de educación superior con modalidad itinerante, conocida como la Universidad Indígena Intercultural para la Amazonía colombiana. Al respecto, Clemencia afirma: "Quiero que a (esta) universidad vengan muchachos de muchos pueblos indígenas a estudiar y a conocer de cerca qué es la Amazonía. (...) La Universidad Indígena es para mí un hijo más; esa es mi vida, ese es mi sueño". Un sueño que se erige cerca de las chacras de la Chorrera, entre el canto de las quebradas y el nacimiento de las nuevas generaciones.

“El camino de la chagra es lejos, como el camino de liderazgo, también tiene muchas espinas difíciles de pasar, pero quien logra esto tenemos grandes éxitos colectivos y personales, así es el mundo del liderazgo, no es nada fácil, pero todo se puede”.

“Hoy día generamos ingresos con la venta de artesanías y de ferias gastronómicas que ayudan a las familias desplazadas indígenas mujeres indígenas cabeza de familia y en situación de vulnerabilidad”.

JANI RITA SILVA

Lideresa de la Zona de Reserva Campesina
de la Perla Amazónica, Putumayo.



Jani nació en Leticia. Tiene rasgos definidos por la selva y el sol de la Amazonía. Vivió parte de su niñez en Bogotá, pero a los 12 años ella y su madre se mudaron a Puerto Asís, en el departamento del Putumayo, huyendo con su mamá, espantadas de la vida en Bogotá, donde estuvieron a punto de robársela cuando tenía 11 años. Una vez en la ciudad putumayense, Jani se reencontró con el río y la humedad del piedemonte para borrar las cicatrices que dejaron las difíciles vivencias en uno de los barrios periféricos de Bogotá. En 1974, cuando regresaron al sur del país, Puerto Asís era un pueblo pequeño y polvoriento que se alumbraba con una planta diésel que encendían de 7 a 9 de la noche. "Cuando apagaban la planta", recuerda Jani, "nos alumbrábamos con mechones de ACPM, no había plata para velas, así que cuando mataban una vaca se hacían las velas de cebo; tampoco había acueducto, teníamos agua lluvia o agua de río. Los sábados o domingos nos subíamos con carretas de caballos hasta el río a lavar la ropa y a bañarnos. Fue una adolescencia entre divertida y no". Jani debía cuidar a su hermana menor mientras su madre trabajaba, por lo que no pudo ir a la escuela. Años más tarde, pudo tomar clases nocturnas.

Por una temporada, ella debió vivir alejada de su mamá y su hermana porque su mamá había decidido vivir en otro lugar con su novio. Jani quedó a cargo de una vecina y consiguió un empleo en un restaurante. Solo pudo cursar el octavo grado del bachillerato y decidió ir en busca de su progenitora.

Su madre había fijado su domicilio en el corregimiento de la Perla Amazónica y para entonces ella hacía parte de la Junta de Acción Comunal (JAC). Jani encontró en esa actividad social que su madre desempeñaba un nicho de interés. Empezó, en principio, a ayudar a los campesinos a escribir, quienes, en su gran mayoría, no sabían. Jani se sintió útil y feliz. Se interesó en los problemas de la comunidad y se convirtió en una más. A los 17 años se casó con un campesino y su vida se tornó distinta, pero para nada aburrida. Vivían con lo necesario, lo suficiente para estar contentos. No necesitaban el dinero en demasía. Solo era fundamental para comprar la sal y el jabón. De resto, todo lo obtenían de la tierra. Cultivaban arroz, a la manera artesanal, abriendo

un hueco en la tierra y pilando con un mazo, y también sembraban plátano, maíz, yuca, cebolla y cilantro. Tenían unas vacas, que les proveían leche y queso, además de gallinas y huevos. Cocinaban guiso de pepino relleno, sancocho de gallina y pescado que atrapaban con anzuelo de la quebrada. Su vida no podía ser más simple, pero tampoco nada infeliz. Según Jani, se vivía bien.

La pareja tuvo dos hijos y las cosas empezaron a cambiar. "En la medida en que fue pasando el tiempo, empecé a ver en él a un hombre machista a morir, mujeriego, llegaba tarde en la noche y tiraba la ropa al suelo, dejaba las botas llenas de barro al lado de la cama y los fines de semana llegaba con pintalabios en el cuello y la camisa. Me aburrí de esperarlo, de ser su esclava, de aguantar en silencio y sin amor, y una tarde me llené de valor y de rabia, cogí mis hijos, uno de 6 años y el otro de 2, y me fui. Tenía 25 años".

Jani no abandonó el trabajo social. Se hizo secretaria de la JAC y redactaba las actas, organizaba los archivos y hacía propuestas. Con la JAC, colaboró a construir la escuela y los puentes, a mejorar la vía, y los domingos ella y sus colegas iban a ver a los hombres jugar fútbol. "Era la única diversión que había en ese tiempo", recuerda Jani. "Un día yo les dije a las mujeres, «voy a conseguirme un balón y armamos un equipo nosotras también». Hicimos una colecta y mandamos comprarlo, pero los hombres pusieron el grito en el cielo diciendo que las mujeres no sabíamos jugar, que éramos flojas, tembleques, pero como yo era la capitana del equipo, lo organicé y seguimos adelante y ya el domingo se convirtió para nosotras en algo divertido".

En el sector había un inspector de policía que en esa época se ocupaba de todo, de las conciliaciones, de los conflictos por límites de tierras. Llevaba registros civiles de nacimiento, actas de levantamiento, hasta que lo mataron y poco tiempo después nombraron a Jani para reemplazarlo. Ella, de carácter fuerte y ya conocida por su eficiencia, aprendió a escribir en una máquina Remington y le adjudicaron la tarea notarial de realizar los registros de nacimiento. Se dio cuenta rápidamente de que la gente no se registraba. Con sus botas de caucho, su sombrero,

la máquina de escribir en un bolso y los fóldeles, emprendió camino de vereda en vereda, de casa en casa, para registrarlos. "Me di cuenta", sostiene Jani, "de que en varias familias solamente el hombre tenía cédula y registro civil, las mujeres y los niños eran indocumentados".

Jani duró más de 12 años como inspectora. Tras darse a conocer con la totalidad de la población de la región consiguió, casi sin que fuese su objetivo, convertirse en una líder comunitaria reconocida y respetada. Sostuvo una nueva relación, pero el único resultado positivo fue una niña producto del noviazgo. "¡Fue el peor error que pude haber cometido! (Mi compañero) salió extremadamente celoso, lo que me aquietó como un año en que tuve la niña. Seis meses tenía ella cuando lo mataron".

Actualmente Jani es la representante legal de la Asociación de Desarrollo Integral de la Zona de Reserva Campesina (ZRC) de la Perla Amazónica. El proceso organizativo de la ZRC empezó en 1996 cuando hicieron una propuesta al Gobierno para la sustitución de los cultivos de uso ilícito como una alternativa de desarrollo rural. En el año 2000 obtuvieron el reconocimiento jurídico y empezaron 4.000 familias de 23 veredas, pero por causa del conflicto armado, la población fluctúa y actualmente habitan 672 grupos familiares aproximadamente. "Los problemas que tenemos en la ZRC", sostiene Jani, "son los campos minados. Hoy en día el 50% del territorio está minado y eso nos impide implementar proyectos productivos y desplazarnos con seguridad". Los bombardeos del Ejército han hecho también que muchas familias hayan huido. Cuando se agudiza el conflicto, las familias se dirigen a los Espacios Temporales Humanitarios. Las personas se refugian en las escuelas para protegerse de los enfrentamientos entre los grupos armados y en ocasiones salen a la luz a ondear banderas blancas para detener el hostigamiento.

Jani y sus colegas han participado en la Mesa Departamental de Organizaciones Sociales, donde se toman decisiones y se analizan los problemas sociales y ambientales de la comunidad y se aboga por sus derechos. Ha sido un proceso muy complejo para Jani y su gente.

Defender su territorio les ha valido amenazas de muerte, de diversos bandos de la guerra. Los asesinatos de líderes sociales los han amedrentado, pero no desean renunciar a defender su tierra. "Los hombres son los primeros que salen corriendo", sostiene Jani. "Las mujeres somos echadas para adelante, valientes, muchas veces invisibilizadas, nos gusta trabajar, somos metelonas y ninguna ha dicho renuncio, a pesar de las amenazas".

Otro gran problema son las empresas petroleras, que según Jani, extraen el recurso y contaminan la región de una forma inescrupulosa. Además de los problemas ambientales, también han dividido a la comunidad. En 2014 instauraron una demanda contra una empresa extractora, puesto que sus planes de manejo no están enfocados al territorio amazónico, que es muy frágil por la humedad y las fuentes hídricas. Jani y sus compañeros están realizando un trabajo con los jóvenes y las mujeres, un programa llamado Promotores Ambientales, para la protección de la fauna, la flora y el agua. Allí se desaconseja el uso de desechables y el consumo de bebidas carbonatadas y comida de paquetes (snacks), y buscan la sustitución por jugos naturales y alimentos como cancharina y envueltos de yuca.

En cuanto a lo ambiental y agrícola, Jani y su comunidad se encuentran construyendo un vivero para la recuperación de especies maderables y frutales. A su vez, han realizado tres brigadas de reforestación, han sembrado achiote, guamo, entre otras especies, y han constituido una producción orgánica sostenible de pollos. Lo que buscan Jani y su asociación es conformar una cooperativa de mujeres que promueva productos sanos, sin el uso de herbicidas. Desde su perspectiva, son los hombres quienes consideran que si no es a través de la fumigación, no será posible obtener cosechas. "Las mujeres, en cambio, pensamos que sí se puede cultivar sanamente", afirma Jani. "Uno de mujer es más curioso, más cuidadoso, más comprometido. Nosotras nos identificamos más con el tema de la producción, con el cuidado de la tierra. (...) Las mujeres somos más sensibles a la naturaleza y por esto, más comprometidas con la conservación, la protección y el cuidado. Tenemos que conectarnos con la naturaleza, con las cosas simples, con la vida".

YURANI CUÉLLAR

Defensora de la Zona de Reserva Campesina
del Valle del río Cimitarra.



Yurani Cuéllar nació en Cantagallo, sur de Bolívar, en una pequeña isla rodeada por los ríos Magdalena y Cimitarra. Los ojos se le iluminan cuando habla de su infancia, de nadar en los pozos de agua clara, de los paseos dominicales de olla, de subirse a los árboles para coger los mangos, de rociar las rosas del patio de la casa, del olor del orégano en la huerta, de cuidar los pollos, las gallinas y los cerdos. Con 35 años, Yurani es una joven lideresa que coordina el Comité de Género de la Asociación Campesina del Valle del río Cimitarra (ACVC).

Yurani es hija de un dirigente reconocido en el municipio, impulsó las mesas comunales por la vida digna y acompañó el proceso organizativo de la ACVC. Además luchó sin sosiego por la defensa de los derechos humanos, la convivencia, la paz, la vida digna y la defensa del territorio y los recursos naturales. "A su lado", cuenta Yurani, "siempre estábamos aprendiendo, nos ponía a leer periódicos, a leer libros, a escribir cartas. Él nos inculcó la necesidad de trabajar por la gente campesina y mi mamá fue un ejemplo con su liderazgo en la familia, en las comunidades. Nosotras somos seis mujeres, y mi papá decía: «Yo vivo en un matriarcado, porque ustedes son las que lideran esta familia y lideran mucho más allá del hogar»". Él además asesoró el proceso de creación del Comité de mujeres.

Yurani es una joven llena de energía e ilusiones, que carga a cuestas el legado de sus padres. Empezó a trabajar desde muy joven con la Asociación del pueblo y luego pasó a San Pablo, donde, como coordinadora, impulsó los comités de mujeres. Su voz se empezó a oír por toda la vereda, por todo el municipio, junto con las de sus hermanas y las mujeres de la comunidad que emprendieron la lucha para establecer una propuesta política que visibilizara su trabajo y sus iniciativas territoriales, ambientales y familiares. Poco a poco, paso a paso y con muchas dificultades, las mujeres fueron ganando espacios.

Cantagallo es un municipio que históricamente ha estado marcado por la violencia, la economía extractiva y el machismo. Yurani sostiene que durante el conflicto armado que se vivió en la región, entre 2000 y 2009, las mujeres tuvieron un papel muy importante, pues fueron las

que se quedaron en el territorio y enfrentaron los problemas que trajo la violencia. Resistieron para poder sostener a las familias y para consolidar hombro a hombro entre compañeras la figura de la Zona de Reserva Campesina (ZRC). Ellas permanecieron en su tierra, defendiendo lo que tenían y protegiendo a sus hijos como pudieron, a veces sin éxito, pues fueron muchos los muertos, desplazados y desaparecidos. Valientemente combatieron las amenazas de las empresas petroleras y mineras, cuidaron las fuentes hídricas y la Línea Amarilla, ubicada al sur de la serranía de San Lucas. Esta es una reserva natural delimitada por el mismo campesinado que colonizó la región hace más de medio siglo, en la que se prohibió residir, talar, cazar y realizar actividades económicas. Para demarcar los límites de la reserva, el campesinado pintó los árboles de amarillo. La Línea Amarilla es el refugio de muchas especies animales y vegetales, con fuentes de agua pura que abastecen a muchas comunidades del Magdalena Medio. Son aproximadamente 70.000 hectáreas de selva virgen que se conservan mediante el acuerdo comunitario de preservación y conservación de la región.

Las comunidades, en los comités de tierra, han luchado por dejar la Línea Amarilla al margen de las intervenciones económicas. "Es nuestra gran riqueza", afirma dice Yurani, "sin embargo, la amenaza más grande que tenemos hoy son las presiones e intereses de las empresas que buscan desconocer el acuerdo comunitario de conservación y convertir lo que aún queda de selva en un territorio de explotación minera, petrolera y forestal, a costa de la destrucción del agua y el ambiente y la tranquilidad de sus habitantes. Hay muchos intereses, pues los empresarios están dividiendo a las comunidades, hablan con cada uno de los líderes de las juntas de acción comunal para que les den permisos para entrar a explotar. Tenemos entonces una situación muy delicada, pues algunos líderes que no tienen suficiente claridad sobre el tema ceden al juego de los de la economía extractiva. Tenemos preocupación porque, aunque hay algunas resoluciones que nos ha dado el Ministerio de Ambiente, aún no existe una figura robusta que proteja la zona de la Línea Amarilla".

Las mujeres también han jugado un papel fundamental en la protección de los recursos naturales, sobre todo al participar en la Coordinadora Ambiental del Valle del río Cimitarra, conformada por los municipios de Cantagallo, San Pablo, Yondó (Bolívar) y Remedios (Antioquia). Su objetivo es tener una mirada territorial para que las comunidades campesinas continúen protegiendo el territorio que está en la mira de muchas empresas petroleras, mineras, de explotación maderera y agrícola a gran escala y de cultivadores de hoja de coca. Las mujeres están impulsando la economía campesina con la sustitución de prácticas nocivas para el medioambiente por otras alternativas sostenibles.

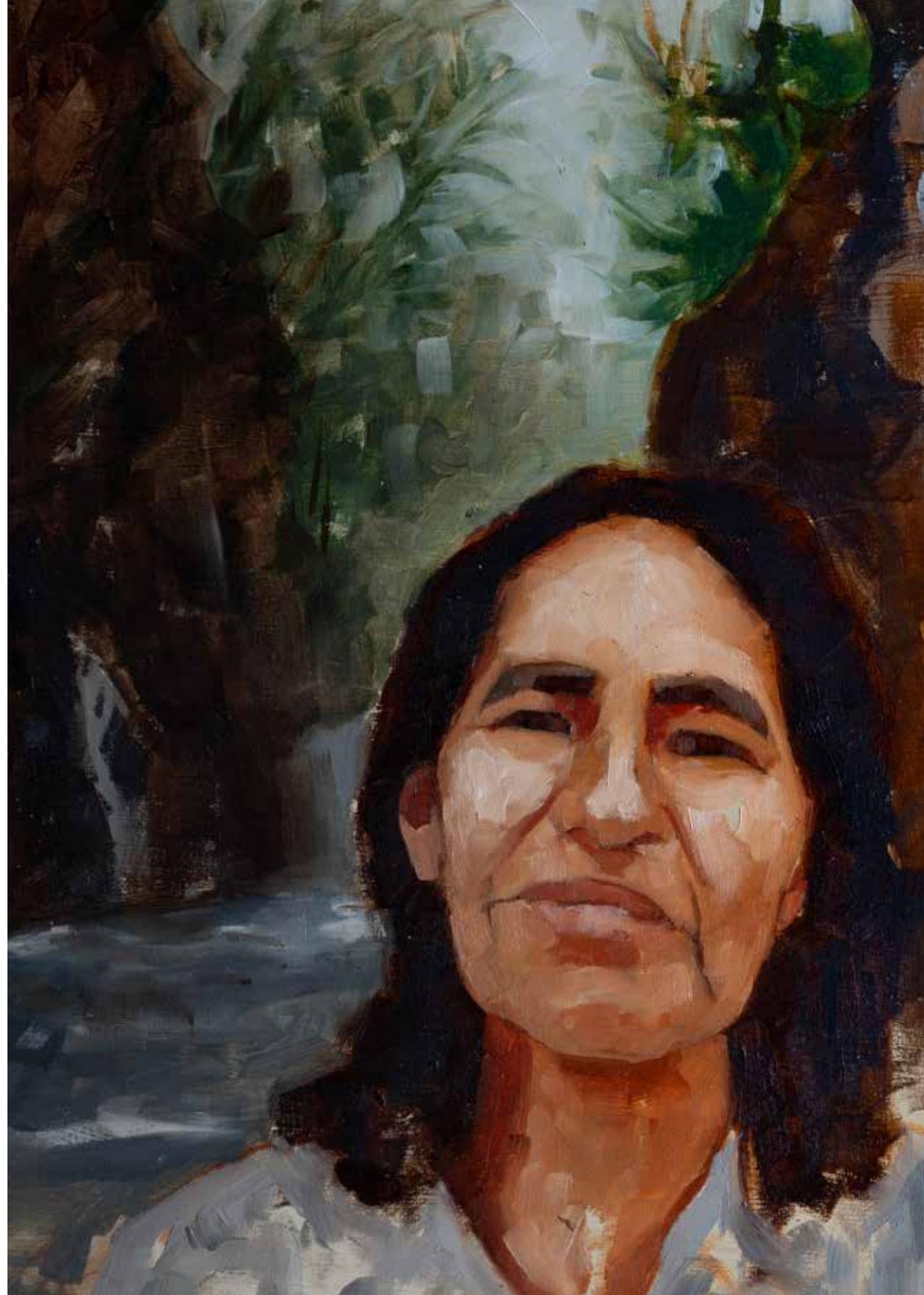
La Zona de Reserva Campesina - ZRC es una apuesta que permite garantizar la autonomía, el reconocimiento de los títulos de la tierra, una economía solidaria y un bosque conservado para asegurar el buen vivir de las comunidades. "La Figura de la ZRC es una apuesta que permite reconocer al campesinado como sujeto político de derechos" manifiesta Yurany, "Nosotras diseñamos un plan de desarrollo sostenible de la ZRC donde hay unos ejes temáticos y uno de ellos es el eje Mujer Rural y Género, que busca fortalecer a las mujeres, dar a conocer sus derechos, visibilizar sus apuestas y mitigar todas las violencias que hemos sufrido desde los ámbitos político, público y privado. Buscamos tener una vida sin violencias, una autonomía propia, sin depender de nuestros compañeros". Para esto han desarrollado capacitaciones, encuentros y agendas alrededor de cuatro ejes: 1. Participación política de las mujeres de manera efectiva en las Juntas de Acción Comunal, para dar a conocer su trabajo, divulgar sus derechos e iniciativas y hacer incidencia con las instituciones locales y regionales. 2. Autonomía y economía de las mujeres, encaminada a la defensa de la tierra y el territorio, con el fin de generar proyectos productivos de soberanía alimentaria que sean administrados por las mujeres y visibilizar su papel en la protección de los recursos naturales. 3. Eliminación de todas las formas de violencia hacia las mujeres. 4. Protección y autoprotección para las mujeres. En Yurani y otras mujeres, los pobladores del Valle de Cimitarra guardan sus esperanzas para lograr las victorias legales correspondientes para cuidar la naturaleza y empoderar a las muje-

res. Sus esfuerzos han logrado enormes hitos en la conservación del territorio, pero los desafíos cada vez son mayores, teniendo en cuenta los peligros que acechan por parte de las multinacionales y los gobernantes que facilitan la explotación de los recursos. "Las organizaciones campesinas, y las mujeres específicamente, seguiremos luchando para lograr la paz que tanto anhelamos. Lo que pudimos evidenciar con los acuerdos de paz es que hubo una disminución de la violencia, se paró la guerra, no oímos sonar más los fusiles. Tenemos la esperanza de un territorio a donde los campesinos y campesinas que se fueron vuelvan y del que los que están haciendo la guerra se vayan, porque queremos una vida tranquila, un bosque sano, unos ríos limpios, un territorio productivo que nos permita garantizar la seguridad y la soberanía alimentaria de nuestras familias, de las comunidades. Nosotras, las mujeres de Cantagallo, decimos en voz alta que seguiremos construyendo la paz y la paz se construye desde los territorios".

“ (...) siempre estábamos aprendiendo, nos ponía a leer periódicos, a leer libros, a escribir cartas (...) ”

NAZARET CABRERA

Luchadora valiente y aguerrida.



Nazaret Cabrera es una mujer de la etnia uitoto, descendiente del clan Canangucho por línea materna y del clan Caimo por línea paterna. Es menuda, de movimientos rápidos, con mirada penetrante e inteligente, enmarcada por sus cejas negras que se encuentran en la mitad del ceño. Cuando tenía 5 años, las monjas franciscanas la trajeron a Bogotá para que le hicieran una operación en los pies. Vivió en hogares de paso del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) hasta los 7 años. Ella recuerda con un dejo de tristeza en su voz que en el hogar de paso hacía frío, no había cazabe, ni mañoco, ni se bañaban en el río, pero había muchos niños que, al igual que ella, crecían sin familia. De vez en cuando las monjas iban a visitarla y la llevaban al tratamiento médico en sus pies. En ese tiempo no recordaba si tenía mamá y papá, así que se encariñó mucho con un bebé que estuvo en el hogar, pero los separaron y no volvió a verlo.

Al cabo de esos dos años, Nazaret fue trasladada de regreso a su tierra. Las franciscanas la llevaron a la casa de sus padres en Araracuara, a quienes Nazaret no recordaba, y a quienes no entendía cuando hablaban, puesto que había olvidado su idioma materno. Sus hermanas también hablaban en lengua murui, así que no participaba de sus juegos. En la escuela, Nazaret fue una niña solitaria y aislada. No obstante, Nazaret disfrutó del trabajo en la chagra, donde aprendió a sembrar uva, ñame y piña. De camino a la chagra, su madre las instruía a ella y a sus hermanas en el saber agrícola. "La guara, ella misma viene y siembra las frutas y luego viene y revisa qué fue lo que sembró", les repetía. "La guara y el tintín son roedores, los ladrones de la chagra". Su madre les enseñó que había que sembrar antes del mediodía porque el sol se hace violento después, "pero nosotras preferíamos quedarnos en la chagra jugando, éramos felices" recuerda Nazareth. Con el paso de los días, adquirió el lenguaje y se sintió por fin parte de un núcleo.

De Araracuara salió con una beca para terminar el bachillerato en Bogotá. Entró al colegio femenino Isabelita Tejada. Nazaret recuerda que a diferencia de las profesoras, los docentes eran quienes les decían que cuando tuvieran maridos no permitieran ningún abuso de parte de ellos, que existía la igualdad, que las mujeres tenían derechos.

"Esas palabras se me fueron quedando muy adentro", dice. En grado undécimo quedó embarazada de su primera hija. "El instinto materno me ganó", sostiene. "Tomé la decisión de regresar con mi hija porque no quería que ella perdiera todo ese conocimiento que yo había aprendido con mi mamá. No le dije al papá donde estábamos porque no quería que viniera a llevársela. Nunca volví a saber de él".

Tiene cuatro hijos, todos de diferentes padres, de un estudiante, de un militar, de un sacerdote del Amazonas. "Siempre sentí que mis hijos eran solo míos. Yo creo que nunca me he enamorado. El amor es una ilusión y no me hace falta". El ejemplo de su padre la hizo rebelde. Su papá golpeaba con frecuencia a su madre, así que juró que ningún hombre la maltrataría física ni verbalmente. Y empezó precisamente con su progenitor. "Una vez me le enfrenté y le dije: «Si le toca un pelo (a mi madre), se las va a ver conmigo». Él me vio tan furiosa, que paró la situación. Me decía: «De todas mis hijas, usted es la más grosera, la más rebelde». Ese rechazo a la violencia la hizo defensora de sus derechos y la hizo valiente e intrépida. Nada la amedrentaba.

Nazaret empezó a formarse como una líder comunitaria en la Asociación de Padres de Familia, donde resolvía los problemas de los niños, de los maestros, de la comunidad. Se fueron sumando a ella otras mujeres y así conformaron un grupo para trabajar en los temas educativos. En 2006 llegó una fundación para hacer talleres de capacitación a líderes sobre la escuela democrática. Nazaret aprovechó esa oportunidad para terminar de formar su rol de lideresa. En 2009, mientras terminaba su capacitación en la escuela, la nombraron tesorera de la hidroeléctrica Asociación de Usuarios del Servicio de Energía Eléctrica de Araracuara (Auseea). Ese mismo año hubo un congreso de la Asociación de Autoridades Tradicionales, el Consejo Regional Indígena del Medio Amazonas (Crima), en el que fue elegida como coordinadora de educación.

En este nuevo y desafiante rol, actuó como activista política y educativa. Empezó un trabajo que le permitió participar, entre otros eventos, en la Mesa de Coordinación de los Pueblos Indígenas Amazónicos

en Leticia. Tuvo voz en las discusiones y toma de decisiones, a pesar de los obstáculos y dificultades que encontraba en un espacio históricamente controlado por los hombres. Según la memoria de Nazaret, varios asistentes preguntaron: "¿Por qué nombran a una mujer?". El comentario ofendió a Nazaret, que replicó a viva voz: "Afortunadamente soy una mujer y ustedes nacieron de una mujer. (...) ¡Yo estoy aquí para luchar por las mujeres, por los hombres y por nuestra comunidad!".

Cuando entró en vigencia el Auto de Seguimiento 092 de la Corte Constitucional de 2008, por el que se instauraba la protección de las mujeres en situación de desplazamiento forzado, las consejeras del Crima postularon a Nazaret como coordinadora del Área de Mujer y ella aceptó. En 2012, participó en la Asamblea de Mujeres Amazónicas, organizada por la Organización de Pueblos Indígenas Amazónicos de Colombia (Opiac) en Bogotá, y en marzo de 2013, para protocolizar el Área de Mujer, la presentaron en la Mesa Regional Amazónica en Bogotá. Los obstáculos no se hicieron esperar y la reticencia de los compañeros indígenas hombres empezó a ser cada vez más fuerte. Ellos consideraban que las mujeres no tenían conocimiento ni incumbencia en la política. De nuevo, ante los dirigentes, la mayoría hombres, Nazaret se puso en pie y gritó su protesta. El recinto la escuchó en silencio. "Ustedes podrán ser muy machos y usted ser muy presidente de la Opiac, pero a nosotras nos respetan; yo estoy aquí para representar a las mujeres y tenemos derecho de exponer a las instituciones y a ustedes las decisiones que estamos tomando las mujeres" dijo Nazareth.

Nazaret es una luchadora incansable en la defensa de los derechos de las mujeres y sus comunidades. En su rol ha denunciado temas ambientales como, por ejemplo, las basuras, la comercialización ilegal de la madera, las balsas de los mineros en el río Caquetá. El tema de la minería ha dividido a las comunidades, pues habían declarado zona minera el resguardo andoque de Aduche, incluido Araracuara, "entonces –dice ella–, las mujeres hicieron una acción de tutela y la enviaron a la Opiac para que la presentaran a la Corte Constitucional. Salimos

favorecidas, la aceptaron". Era una acción de tutela para que no aprobaran la declaración como zona minera del resguardo Andoque de Aduche. "¡Esa batalla la ganamos!" dice orgullosa.

Nazaret ha participado en congresos internacionales de gran relevancia como como coordinadora de mujer y familia de la Organización Consejo Regional Indígena del Medio Amazonas y en el Foro Permanente para las Cuestiones Indígenas de las Naciones Unidas, donde sus declaraciones han sido muy comprometidas en defensa del medioambiente, de la madre tierra y de los derechos de la mujer indígena. "La chagra o jakapa es la columna vertebral de la mujer Amazónica y es fundamental para la medicina tradicional y la soberanía alimentaria", señala Nazareth, quien destaca que es en la chagra donde se producen las plantas medicinales fundamentales para proteger y alimentar a la comunidad y a todos los animales con quienes se comparte. Considera además que "el gobierno propio es como una chagra grande" porque los líderes y líderesas deben preocuparse por la alimentación de toda la comunidad, incluidos los huérfanos y forasteros. Por la importancia que tiene la chagra su primera declaración en el Foro en Nueva York, recuerda Nazaret, fue acerca del papel de la mujer en la chagra. "¡Esa ha sido mi lucha y en ella seguiré!", resalta.

“ (...) ¡Yo estoy aquí para luchar por las mujeres, por los hombres y por nuestra comunidad!”.

ISABEL CRISTINA ZULETA

El liderazgo femenino defiende los ríos de Colombia.



Isabel Cristina Zuleta nació en Ituango, Antioquia, un municipio verde de altas montañas, con un río enorme y aguas de muchos afluentes que alimentan el río Cauca; con guacamayas, serpientes, monos, leopardos y miles de pájaros de diversas especies; con el Parque Nacional Natural Paramillo, uno de los más grandes de Colombia, de fondo. Creció en la naturaleza y se siente aún parte de ella. Es socióloga e historiadora y es la voz fuerte de las comunidades afectadas por el megaproyecto Hidroituango. Es, además, fundadora y líder del Movimiento Ríos Vivos y defensora de los derechos de las mujeres y del medioambiente.

Desde pequeña, la violencia ha afectado su vida de manera intensa. La abrumaban los bombardeos, la violencia ejercida sobre las niñas, sobre sus compañeras de colegio, sobre ella misma y los demás. La violencia atormenta, destruye. La decisión de Isabel Cristina fue combatirla, desde muy joven, e intentar cambiar las cosas desde una posición de liderazgo. Pero esta decisión no fue fácil. Sobrevino a una crisis personal, de búsqueda interior, de entender lo que significa ser una mujer en la contemporaneidad, una mujer feminista y una víctima del conflicto armado colombiano. Se repensó así mismo en la naturaleza, es decir, entendió su lugar en el entorno, que debía ser una relación basada en la paz. Ese mismo entorno que refleja la destrucción de los ríos y los campos, el destierro del campesinado y el usufructo de muy pocos.

Tras haber salido de su pueblo por la violencia, no comprendía por qué quienes tomaban las decisiones sobre el ecosistema de Ituango lo hacían a la distancia, muchas veces desde el desconocimiento de la realidad, movidos por intereses que no tenían en cuenta las vidas de los pobladores de la zona. "Me sentí indignada cuando supe que estaban decidiendo por mi tierra, por mi territorio, sin consultarnos; que iban a construir en el gran cañón la hidroeléctrica más grande del país, Hidroituango, y preocupada por las consecuencias que esto traería para mi región, mi pueblo, mi gente, empecé una lucha. Tomé la decisión de ejercer un liderazgo contra el megaproyecto, por la justicia ambiental y por la necesidad de estar en paz", sostiene. Así surgió el liderazgo de Isabel Cristina.

El Movimiento Ríos Vivos se conformó tras el nexo de diversos grupos de acción social y ambiental que tenían como objetivo proteger los diversos ecosistemas del río Cauca, en Antioquia, y de sus habitantes. Para Isabel Cristina, sin ríos no hay vida. Son "tan misteriosos, fuertes y frágiles al mismo tiempo, tan diversos; ningún río es como otro, tan necesarios", manifiesta. Ella considera que la libertad de los ríos es como la libertad humana. Un río represado es como si ella estuviera encarcelada, la libertad de los ríos es un imperativo ético de la humanidad. Cada río tiene su propio espíritu, que otros llaman dinámica, y como los humanos los ríos cambian con el tiempo, pero si es de forma abrupta e impuesta por otros, genera dolor en su alrededor.

Los ríos, como otras fuentes naturales, son epicentros de disputas e imanes de la codicia humana. Los ríos son riqueza, una fortuna de sus pobladores locales y de su fauna y su flora, pero en numerosas ocasiones no quiere verse de esa manera. De tal modo que la violencia mancille los ríos colombianos. Y los ríos también se han desangrado durante el largo conflicto colombiano. Para Ríos Vivos y para Isabel Cristina acabar el conflicto es necesario para poder implementar megaobras en fuentes hídricas y otras áreas adyacentes, de lo contrario, las empresas aprovechan "la vulnerabilidad de las comunidades" y obtienen beneficios.

Es por eso que Isabel Cristina y Ríos Vivos pusieron sus ojos sobre la megaobra de Hidroituango, que ha afectado la vida de los habitantes de la región y la propia existencia de la biodiversidad, debido a los incontables problemas que se han evidenciado en la ejecución de la obra y cuyos resultados han sido desbordamientos, desviación de aguas y secamiento de tramos del río. El laureado escritor colombiano Pablo Montoya ha calificado la obra como un "fiasco descomunal"¹ y expertos de la infraestructura han señalado que la de Hidroituango podría con-

¹ Montoya, Juan P. (febrero 7 de 2019). Hidroituango es un fiasco descomunal. En revista Arcadia. Versión online: <https://www.revistaarcadia.com/agenda/articulo/hidroituango-es-un-fiasco-descomunal-pablo-montoya/72709>

vertirse, si continúan sus equivocadas decisiones, como “la segunda mayor catástrofe de la ingeniería en el mundo en toda su historia después del accidente nuclear en Chernóbil”².

Así mismo, para Isabel Cristina la construcción de la obra ha vulnerado los derechos de las comunidades y de las familias de las víctimas que han quedado sepultadas en el cañón del Cauca. De tal manera, ella, a través de la organización, ha pedido a las instituciones la conformación de una búsqueda seria de las personas dadas por desaparecidas en los ríos de Colombia, porque “tenemos derecho al duelo, a enterrar nuestros muertos”. Ese es el primer paso para recuperar lo perdido. La reconciliación con la vida y con la naturaleza es primordial, puesto que de otra manera se confirma naturalización de la violencia. Ríos Vivos también ha abordado tópicos como las minas antipersonales, los impactos de la fumigación con glifosato que contaminan las aguas y destruyen los cultivos de alimentos, la megaminería, y las microcentrales hidroeléctricas, entre otros. El principal objetivo de la organización es la permanencia en el territorio, así como su conservación y protección. Isabel Cristina sueña con un hábitat “en el que sea posible estar, que sea seguro tanto ambiental como socialmente, con la dignidad de tener una casa, un sitio donde estar, agua limpia, aire limpio, pero también trabajo, comida, semillas, un futuro y esperanza”.

El trabajo de Ríos Vivos con la comunidad y su proceso de resistencia, liderados por Isabel Cristina, fueron reconocidos con el Premio Nacional por la Defensa de los Derechos Humanos como proceso colectivo en 2018, otorgado por la organización internacional Diakonia y la Iglesia sueca.

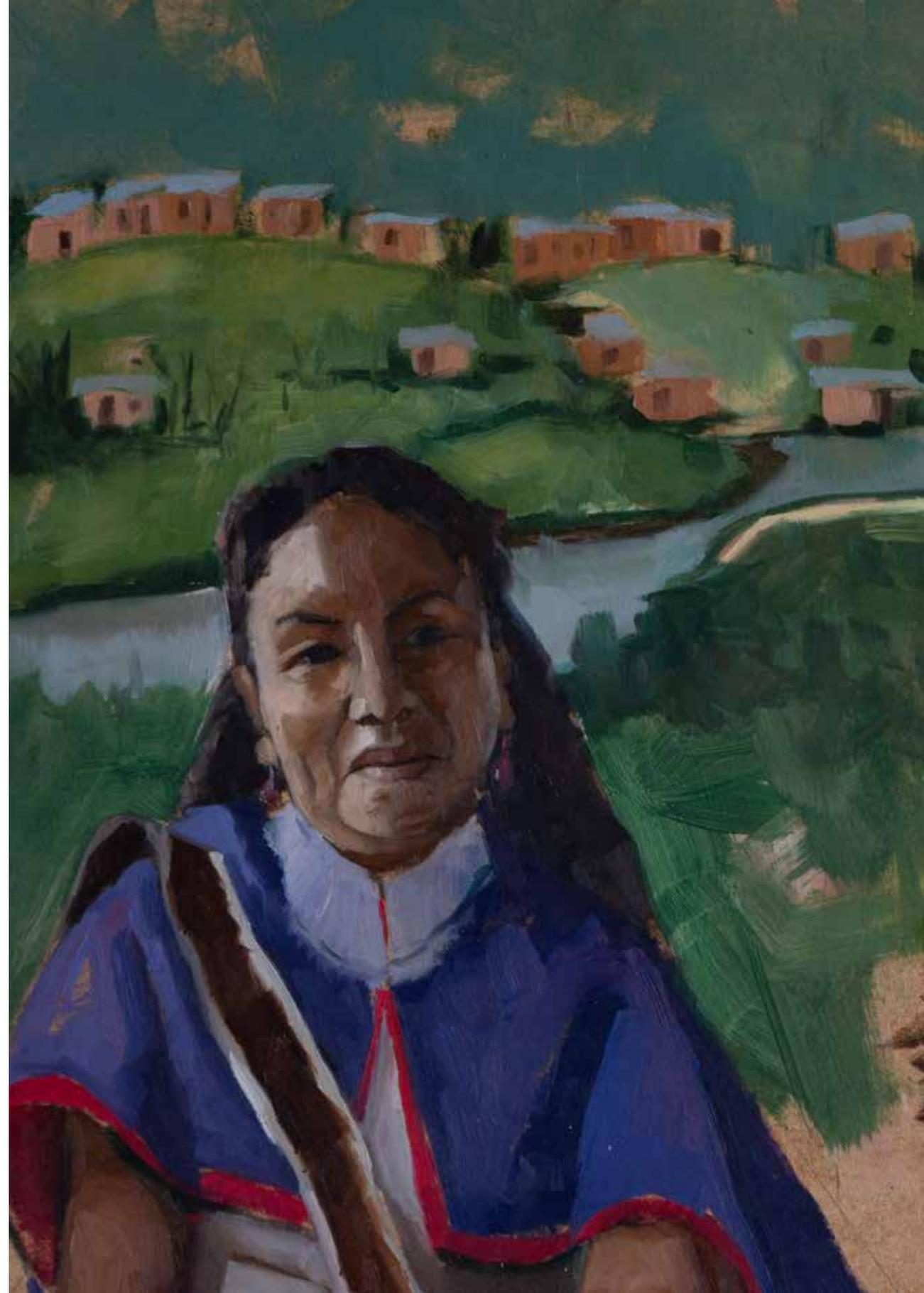
² La FM (radio) (mayo 17 de 2018). Advierten que Hidroituango podría ser la segunda catástrofe mundial más grande de la ingeniería. En La FM en línea. Consultado en línea: <https://www.lafm.com.co/colombia/advierten-que-hidroituango-podria-ser-la-segunda-catastrofe-mundial-mas-grande-de-la-ingenieria>

Dentro de las políticas que atraviesan el trabajo de Isabel Cristina y la organización están recuperar los saberes ancestrales y empoderar a las mujeres. Su finalidad de reconstrucción colectiva del entorno y la sociedad solo será posible siempre que se reconozcan los conocimientos de los pueblos originarios y se incluyan en los procesos de recuperación o uso de los bienes de la naturaleza. El papel de las mujeres, de igual modo, bien sea como lideresas, jefas de hogar, profesionales o tomadoras de decisiones, es el aspecto humano que le da fuerza a los movimientos de defensa ambiental, puesto que para Isabel Cristina, el rol histórico de “protectoras y cuidadoras” las ha hecho más proclives a la custodia del medioambiente y de las causas en pro de salvar el planeta. “Las mujeres han sentido la falta de alimentos por las tierras degradadas, por las aguas contaminadas, por los cambios; son ellas las que tienen contacto permanente con los alimentos, con su transformación, les preocupa el proveer alimentos sanos para que las familias no se enfermen, pues el cuidado de los enfermos también les ha sido socialmente asignado. (...) Cuando salen a la vida pública y a procesos de defensa territorial, tienen posturas más críticas generalmente. Son capaces de transformar esas ideas del desarrollo y hacer cuestionamientos más profundos porque como no han estado tan involucradas –pues nos han querido mantener al margen– no se permean de la misma manera que los hombres y se facilitan las discusiones profundas, los cuestionamientos y las críticas al modelo que destruye la naturaleza, y eso hace que el liderazgo femenino tenga una mayor fortaleza”.

“ (...) tan misteriosos, fuertes y frágiles al mismo tiempo, tan diversos; ningún río es como otro, tan necesarios”.

MARÍA YALANDA CAMPO

Artesana de vida, hija del agua y de la palabra.



María Yalanda es la única mujer en un hogar con seis hermanos hombres. Sus abuelos, indígenas de la etnia misak, salieron del territorio de Guambia cuando llegaron los españoles e invadieron sus tierras. Su abuelo no quería servirle a nadie y se voló a los 18 años hacia Santander de Quilichao, "donde empezó", dice María, "a trabajar como persona y ya no para los amos". Allí conoció a la abuela de María, perteneciente a la etnia nasa, con quien tuvo ocho hijos. El abuelo murió de paludismo siendo aún joven.

"Mi infancia", recuerda ella, "está marcada por el desplazamiento". Nació en épocas de la violencia entre liberales y conservadores. Su abuela, para proteger a sus hijas, las mandó a Cali, pero después de unos años, el papá de María tuvo que desplazarse e ir con sus hijos al municipio de Caldono, al resguardo indígena de Nasa de Pioya, donde empezaron una nueva vida. Contaban con agua cristalina y un poco de ganado. Se cultivaba papa, olluco y habas. De joven, a María le gustaba sembrar y en esa época se daba fácilmente la cabuya, pero no había quién la comprara. La gente empezó a pasar hambre y empezó a organizarse. Se inició un proceso comunitario en la población, que coincidió con el comienzo de María como líder social.

María empezó como secretaria de la comunidad. Mas tarde, fue postulada como candidata a la alcaldía del municipio y se convirtió en la primera alcaldesa indígena por elección popular. Contaba con apenas 28 años, era joven, con ánimo y muchas ilusiones. Tuvo que llevar a cabo la transición de la nueva Constitución Política y a partir de ahí se originó un proceso nuevo, participativo y concertado. Pero la violencia convirtió los días en oscuridad. En 1995 empezaron las tomas guerrilleras. Había días en que los pobladores no dormían, porque en las noches se daban los combates entre el Ejército y la guerrilla. En medio de esa situación crecieron los hijos de María. Con tristeza, tomó la decisión de abandonar Caldono y huyeron con rumbo a Cali. Su compañero sentimental, un concejal del municipio, decidió quedarse en el pueblo. En 2010 lo asesinaron al salir de la iglesia. María debió entonces asumir por completo la crianza de sus hijos, a quienes les dio la mejor educación.

En Caldono, el pueblo misak compartía un territorio colectivo donde la tierra era parte integral de la gente y la gente, de la tierra: "La relación que tenemos es de armonía con la naturaleza, de manera equilibrada. Por eso los misak somos hijos del agua y de la palabra. La tierra es un ser vivo, tiene cuerpo y necesita ser cuidada y alimentada. El agua es la sangre que va por sus venas; los pulmones son los nacimientos de agua en las partes altas de las montañas, donde están los páramos, donde nacen la vida, el aire y el pensamiento; el corazón son los sitios sagrados, donde está también la espiritualidad. Por eso sentimos amor, apego a la tierra. Salir de nuestro territorio es muy duro, el desplazamiento a las ciudades es muy difícil, sin embargo, sobrevivimos, nos aferramos a la tradición y a nuestras costumbres y así nos vamos haciendo a la nueva realidad. La realidad del desplazamiento es la lucha por la tierra, por los recursos naturales; nosotros no hablamos de medio ambiente, para nosotros el ambiente es completo, es un estado de armonización entre el hombre y la naturaleza. Por eso no estamos de acuerdo con la explotación de los recursos naturales, porque es como si estuviéramos matando el cuerpo de la tierra, desarmonizando el territorio. Los indígenas hablamos de un mejor vivir, de un buen vivir que es tener armonía entre los humanos y la naturaleza, porque si no nos cuidamos nosotros, no cuidamos la naturaleza y un día ella nos la va a cobrar muy caro".

Desde hace cinco años María participa en el Cabildo misak de Cali, donde es la secretaria. Trabaja día a día en la recuperación del Namui Wam, su lengua nativa, la educación intercultural, los procesos organizativos, el fortalecimiento de líderes y lideresas y en la defensa del territorio de la explotación de los recursos naturales. Para ella, la minería es el gran enemigo de la región. Tras la llegada de las multinacionales, la destrucción comienza. Por lo tanto, María se empeña en que las consultas populares se hagan ante la inminencia de las iniciativas de extracción de recursos. La comunidad indígena debe funcionar como la autoridad ambiental de su territorio, porque son ellos quienes pueden decidir lo que se hace o no se hace en el entorno.

Tenemos que cuidar el territorio pues en muchos casos tuvimos que desalojarnos porque habían sembrado minas antipersona que causaron muertos y heridos, también porque la guerra trajo mucho muerto y amenazas a personas de nuestras comunidades. El proceso de paz hizo posible vivir tranquilos en nuestros territorios".

De la misma manera sucede con la mujer misak, quien en palabras de María, son el centro de la comunidad. "Somos generadoras de vida, somos las que parimos y la tierra nos parió a nosotros, por eso la llamamos madre tierra. La tierra es mujer, somos mujeres y debe haber un respeto hacia nosotras porque somos las transmisoras de identidad para nuestros hijos". A pesar de su respeto por las tradiciones ancestrales, María considera que la lucha por la defensa de su cultura y su territorio se debe dar en igualdad de condiciones con los hombres y reconoce que los hombres de la comunidad fueron criados en un contexto machista que debe cambiar. Por eso María hace parte del grupo de mujeres que pide respeto y las mismas oportunidades de decisión.

Las mujeres misak son expertas artesanas del tejido. En cada casa hay un telar donde elaboran telas para sus vestidos. La simbología de su tejido tiene que ver con la naturaleza porque "cuando estamos tejiendo", dice María, "estamos hablando de nuestra vida, de nuestro ambiente, de lo que estamos pensando, de lo que estamos sintiendo; estamos dejando ahí parte de nuestra identidad". En el yatul (la huerta casera) las mujeres siembran hortalizas, verduras, frutas, y para el pueblo misak, el pensamiento nace en el fogón, porque el sitio de reunión sagrado de la familia es alrededor del fuego, donde se conversa, donde los abuelos, los mayores enseñan la tradición. Alrededor del fogón se teje, se trabaja, se cocina, se come, se descansa, se duerme, se teje la vida. "Ahí está nuestro ombligo, porque cuando nacemos, ahí lo entierran, en el fogón".

Aunque la situación nacional de los líderes sociales atraviesa un momento crítico, María no tiene miedo. Para ella es fundamental continuar en la defensa de su pensamiento, su territorio y su cultura. "No podemos irnos del territorio", sostiene, "debemos participar en la Alik

(minga), organizarnos en torno al Nunakchak, fogón grande del pueblo misak y desde allí aportar, fortalecernos como pueblo, como identidad, como territorio y como mujeres con derecho a una vida digna y libre de violencias".

“Somos generadoras de vida, somos las que parimos y la tierra nos parió a nosotros, por eso la llamamos madre tierra”.



MUJERES JÓVENES

En 1992 se celebró en Río de Janeiro la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, la Cumbre de la Tierra. Un momento único en la historia de la lucha ambiental, en el que se reunieron los principales representantes de 179 países, científicos y organizaciones no gubernamentales de todo el mundo, en un esfuerzo por encontrar una agenda común para conciliar el desarrollo económico, y los impactos de sus demandas sobre el medio ambiente.

En Río de Janeiro, los países establecieron numerosos compromisos, firmaron las convenciones que hoy enmarcan las políticas internacionales frente al cambio climático, la biodiversidad y la desertificación, lanzaron una Declaración sobre el ambiente y el desarrollo, con 27 principios para guiar el camino hacia la sostenibilidad, y acordaron un plan de acción hacia el desarrollo sostenible, la Agenda 21.

Ésta no fue una reunión cualquiera, luego de 20 años de conversaciones en escenarios globales, la Cumbre de la Tierra fue un aliento de inspiración, del que salimos con la certeza de que ese era el comienzo del cambio hacia la reducción de gases de efecto invernadero, la

contención de la pérdida de la biodiversidad, el freno a la desertificación, y la apuesta mancomunada por el desarrollo sostenible.

En Colombia, los vientos de cambio se sumaban además al impulso de la Constitución de 1991. Ambiente sano, recursos naturales, ecología, igualdad de derechos entre hombre y mujer eran por primera vez expresiones protagónicas en la Carta Política. De estos dos procesos nace el Sistema Nacional Ambiental y su ente coordinador, el hoy Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, creados ambos a partir de la Ley 99 de 1993. Estaba pues el camino político y legislativo pavimentado para transformar los modelos de desarrollo y emprender un nuevo mundo sostenible.

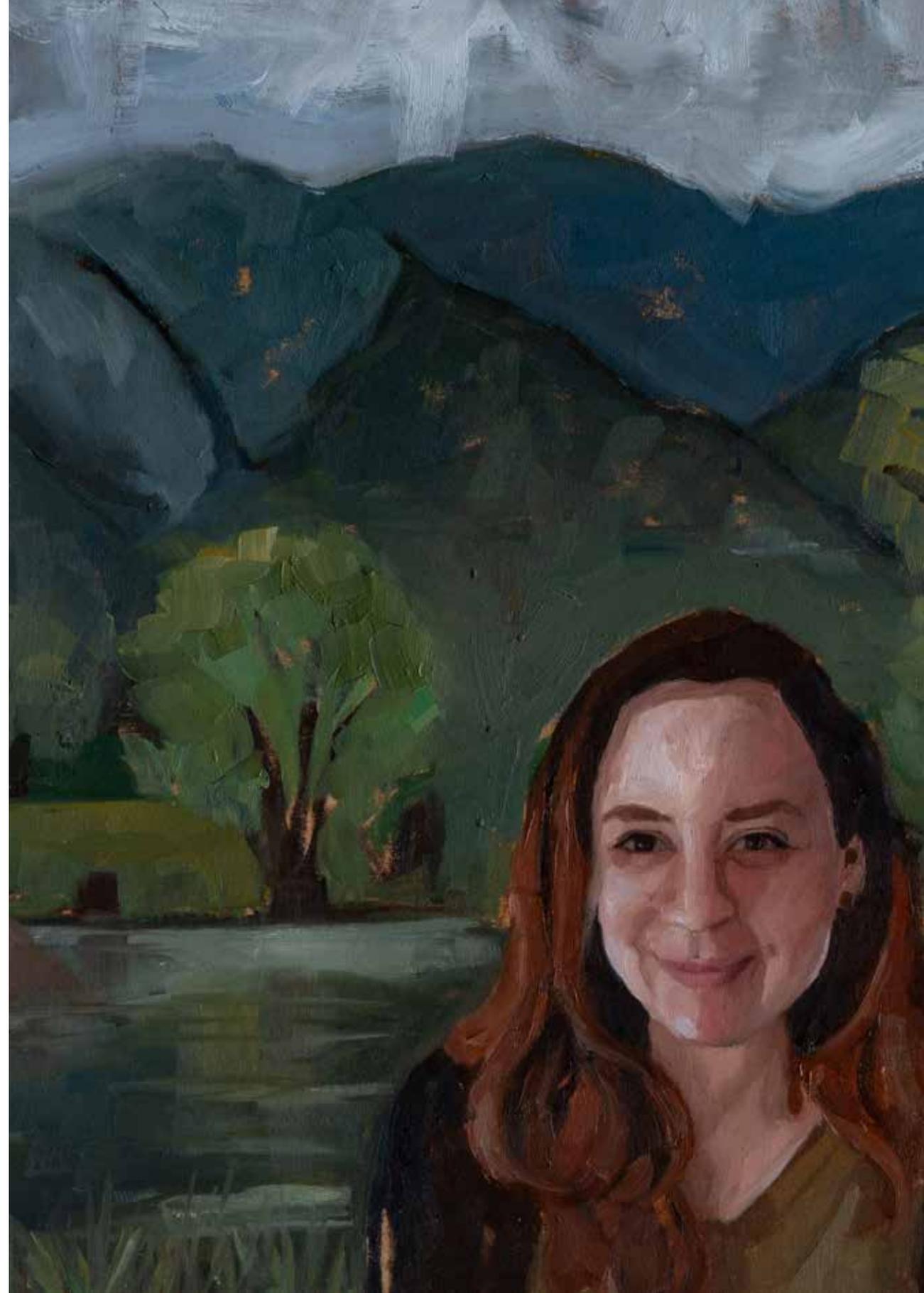
Luz Edith, Tatiana, Carolina y Sabina representan a las mujeres que nacieron en ese contexto, con la certeza globalmente aceptada de la influencia negativa de las actividades humanas en el funcionamiento de los sistemas vivos y climáticos del planeta. Ellas han visto como, contrario a lo que soñamos a comienzos de los 90, esa vía que creíamos pavimentada se ha deteriorado, hasta el punto de exigir la mejor maquinaria y el mejor combustible para transitarla. Y es con esa preparación y esa energía que ellas llegan, poniendo la agenda ambiental, la vida misma, por encima de las agendas políticas y económicas. Ellas, desde diferentes disciplinas, insertaron los asuntos ambientales como prioritarios en el ejercicio del derecho, del periodismo, del activismo político, y entendieron que sin una relación armónica con la naturaleza, el ser humano es incapaz de tener una relación de paz con sus semejantes.

Los invitamos a conocer cuatro experiencias de mujeres que nos llenan de esperanza de alcanzar una Colombia más equitativa y en paz con la naturaleza.



SABINA RODRÍGUEZ VAN DER HAMMEN

Defensora de la Reserva Thomas Van der Hammen.



Sabina Rodríguez es la nieta del naturalista holandés Thomas Van der Hammen y de él heredó el amor por la naturaleza y, en especial, por la geografía de la Sabana de Bogotá, que tan profundamente estudió su abuelo. Sabina se ha erigido en el contexto capitalino como una de las defensoras más importantes de la reserva que lleva el nombre de su familia materna. Ante las presiones del gobierno local por modificar las opciones de intervención de la zona, Sabina, en compañía de otros defensores y varias asociaciones, se encuentra del lado de la resistencia para conservar la riqueza natural de la gigantesca reserva que se asienta en el norte de la ciudad.

Sabina nació en Holanda mientras sus padres estudiaban en el país europeo. Cuando contaba con 3 años de edad, su familia se asentó definitivamente en Colombia. Vivieron por años en la casa que el abuelo Thomas había adquirido en Chía. Su relación con sus abuelos fue muy estrecha, tan fuerte como las semillas que su abuelo sembraba en el bosque de la casa. En esa floresta creció jugando en compañía de su hermana. Su abuelo y su padre les enseñaron sobre las plagas de cucarrones, la metamorfosis de sapos y mariposas, las especies nativas, los árboles, las plantas y las flores.

A comienzos de la década de los noventa, sus padres (padre colombiano y madre holandesa) trabajaron para la Fundación Gaia Amazonas, en pleno proceso de nuevas leyes y dictámenes sobre el medioambiente en el país, tras el establecimiento de la Constitución de 1991. "Todas nuestras vacaciones íbamos a la Pedrera, al Mirití, a Puerto Córdoba y a las comunidades asentadas a lo largo del río Caquetá", recuerda Sabina. "Fuimos creciendo con una relación distinta con el entorno, aprendíamos todo lo que los niños indígenas hacían, comían, nadaban en la quebrada o en el río, caminar por la selva y dormir en hamaca". En el Colegio Unidad Pedagógica, donde estudió en Bogotá, también sembraban árboles. "Recuerdo que de 6 o 7 años, le decía a Luzma, mi profesora: «Pásame el aliso», entonces me pasaba otro y yo le decía: «No, ese no es el aliso, ¡es un sietecueros!»".

Estudió Derecho en la Universidad de los Andes y durante su último año universitario trabajó para la Fundación Gaia como asesora legal en el tema de consulta previa. El entonces Secretario de Planeación de Bogotá, Gerardo Ardila, la contrató para colaborar con su equipo de trabajo y casualmente la persona que estaba encargada del tema de la reserva Van Der Hammen había renunciado recientemente, por lo que tuvo la posibilidad de asumir el asunto. "Fue bonito cómo una historia que conocía desde niña volvía a mí ya en términos profesionales", cuenta Sabina, "una apuesta de restauración ecológica, y recordé lo que mi abuelo me mostraba desde el cerro: «Mira cómo está creciendo Chía, la Sabana de Bogotá se está acabando, el bosque está destruido». Fue maravilloso trabajar en esto, aportar desde el derecho".

La Secretaría Distrital de Planeación de entonces participó en la construcción del plan de manejo ambiental de la reserva, que estaba a cargo de la CAR, y desde la ciudadanía se creó una Red de Amigos de la Reserva, que rápidamente fue creciendo. Junto con la artista Bárbara Santos y otros compañeros, Sabina desarrolló una estrategia de comunicaciones, con ojo artístico, mediático, joven, para la defensa ambiental de ese lugar. Montaron una página web como parte de la estrategia de defensa de la reserva, donde articulaban el activismo de la ciudadanía, con los estudios técnicos de un grupo de científicas y científicos que estudiaban el bosque desde hace años.

Sabina fue mediadora de esos dos mundos, de esos dos lenguajes, y estableció un puente que interesó a todos, jóvenes y viejos, investigadores, colectivos urbanos y universitarios, amas de casa y obreros. Muchos se interesaron por la defensa de este territorio en medio de una ciudad contaminada y asfixiante como Bogotá. Se unieron para defender la idea de no construir más edificios, más calles y avenidas repletas de buses, sino dejar un terreno libre para sembrar un bosque donde la gente pudiera respirar, caminar, montar en bicicleta y dejar atrás las preocupaciones cotidianas. Fue entonces cuando apareció en Facebook el "Sembratón en la reserva Van Der Hammen", una iniciativa de un joven, que empezó como algo anónimo y fue un éxito. Asistieron 600 personas que quisieron sembrar, compartir y soñar con la posibili-

dad de vivir en una ciudad más amable y tranquila. Hoy se ha consolidado en el colectivo ciudadano "Sembradores van der Hammen", que ha plantado más de 3.000 árboles.

"Muchas personas han participado y trabajado en esta construcción ambiental, pero me llama la atención", afirma Sabina, "la participación y el compromiso de las mujeres. Ellas tienen una relación con el cuidado de la tierra diferente, un acercamiento muy natural y cercano, lo sentimos muy profundamente. Este tema puede estar muy anclado a la manera como las mujeres vemos el mundo".

El éxito de la defensa de la reserva, según Sabina, radica en que ha sido un proceso que se teje entre varias voces, un evento colectivo, que ella además califica como "muy femenino". "Lo colectivo tiene muchos lenguajes y muchos frentes", recalca Sabina, "lo científico, las acciones jurídicas, la protesta en redes, la movilización ciudadana, lo concreto y real que es sembrar; hemos juntado todo y hemos podido construir juntos. Mi rol es ante todo ciudadano para dar visibilidad a muchas voces que están ahí, y ahí hay una verdadera gobernanza ambiental".

La disputa por la tierra es la causa del conflicto, tal como lo señala Sabina. Y a pesar de estar en un marco de un proceso de paz, las dificultades ambientales son muy visibles y aterradoras, en donde están en juego las vidas de las personas y la conservación de los recursos naturales. No obstante, cada vez las comunidades tienen mejores herramientas y medios para trasladar sus mensajes de auxilio e injusticia. En la capital del país, sin embargo, funciona de una manera diferente. "No sentimos directamente la presencia de los actores armados", comenta Sabina, "pero en lo urbano se dan procesos de organización por la defensa del territorio, de construir desde lo colectivo y construir procesos donde tiene cabida la democracia. Es un espacio donde se encuentran voces que tienen visiones distintas, construir desde lo colectivo es muy importante para poder lograr una ciudad donde podamos vivir y contribuir a la paz".

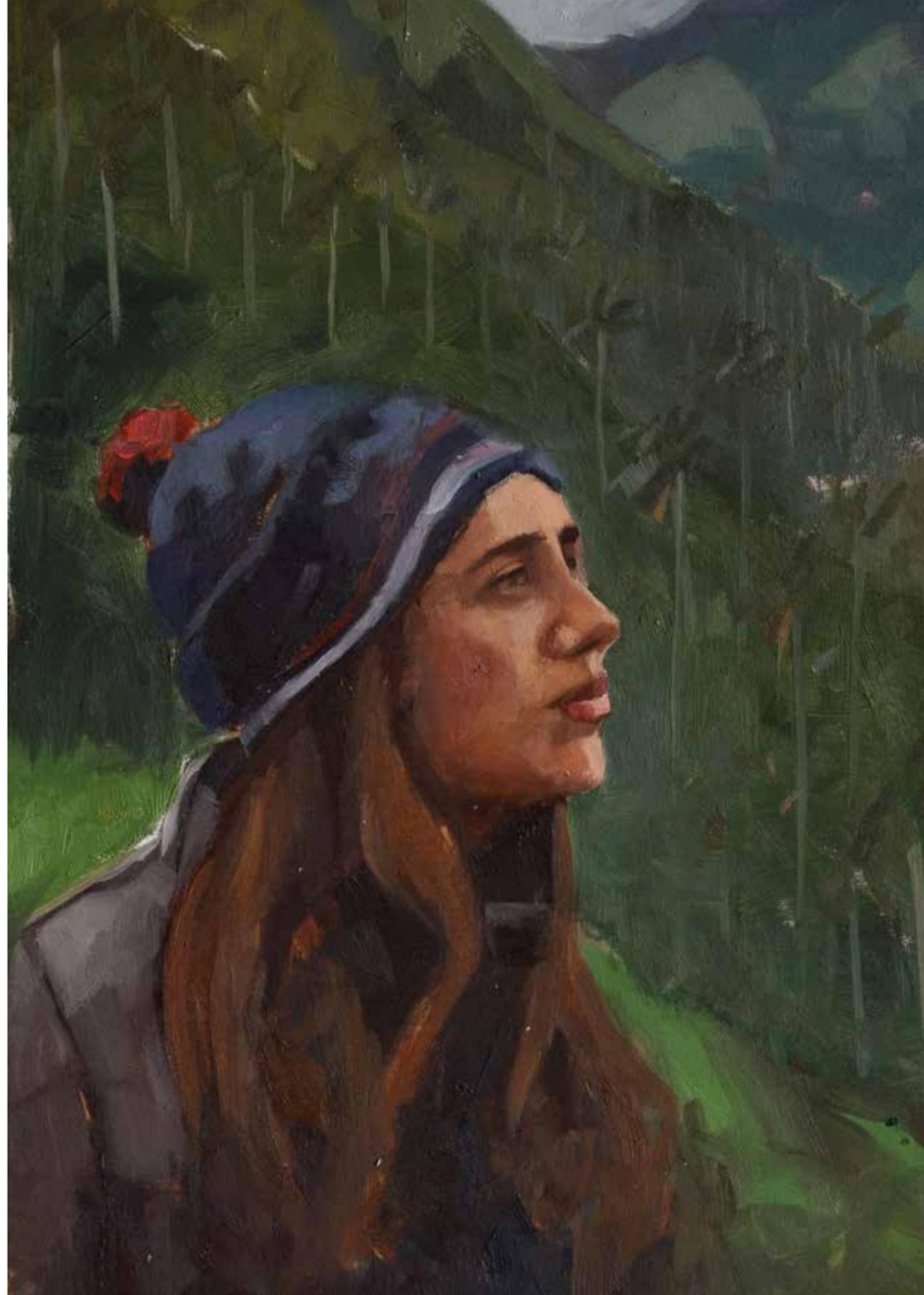
Al respecto sobre la construcción de paz, Sabina considera que para cimentar procesos de convivencia, el rol de la mujer, de lo femenino, es fundamental. "Hay una visión, una lógica muy masculina de la guerra, de la lucha, del sacrificio, de la muerte, de morir por la causa. Y en cambio, la construcción de paz va justamente en el otro sentido de esa lógica, es una lógica más femenina. La construcción de paz tiene que llevarnos a eso. Debemos reevaluar masculinidades, pero desde ese rol de las mujeres tenemos que leer la construcción de paz, no desde esa lógica de guerra".

En la actualidad, la reserva se enfrenta a los intereses de urbanización del Gobierno local, que considera que por albergar proyectos agrícolas su carácter de reserva es incongruente. Es uno de los debates más álgidos en este momento en el país. "Las reservas deben ser con la gente", manifiesta Sabina. "La protección ambiental también debe ser una forma de relacionarnos desde la protección y el cuidado y no como espacios ajenos a la interacción humana. Hay universidades interesadas en investigación sobre restauración, conservación y agroecología, se puede hacer un laboratorio ciudadano vivo y el aula ambiental viva que muestre cómo hacer compatible la agricultura con la restauración y la conservación".

Sabina Rodríguez trabaja incansablemente en la veeduría ciudadana para impedir que se urbanice la Reserva van der Hammen, pues siente la responsabilidad como ciudadana bogotana, pero también por ese vínculo familiar que la enraíza a ese territorio que cuenta con 1.395 hectáreas para ser restauradas, y que garantiza y potencia la conectividad entre los Cerros Orientales, el río Bogotá y los ecosistemas de la Sabana, que sostienen el equilibrio ecológico de la ciudad. La Reserva van der Hammen es la última oportunidad de proteger la conectividad de los ecosistemas de la ciudad y de crear un gran bosque en el que la ciudad pueda tener un espacio de recreación.

KAREN TATIANA PARDO

Los temas ambientales son un compromiso que tengo no solo como periodista, sino como ciudadana de este planeta.



Nacida en Girardot, Tatiana es una joven periodista apasionada por los temas ambientales, que por el nomadismo de su familia ha vivido en Bogotá, Popayán, La Guajira, Villavicencio, Medellín, Tumaco y el Urabá. Con su morral al hombro y su pelo recogido encima de la nuca viaja de lugar en lugar para hablar con la gente y entender desde los territorios los problemas ambientales que aquejan al país.

Estudió Comunicación Social y Periodismo en la Universidad de La Sabana y trabajó en diferentes medios, como Caracol Radio, donde cubrió noticias para un público joven, y El Espectador, en el que empezó un proyecto de investigación llamado "Blog El Río", con el objetivo de seguirle la pista a la sentencia que obliga al Estado a descontaminar el río Bogotá. "Es un mundo supremamente interesante que me movió desde el principio e hizo que me enganchara a los temas ambientales", dice. En ese momento se le abrió un nuevo horizonte. "En El Espectador tuve la suerte de apoyar y defender cada historia hasta el final, entendiendo que estos temas son relevantes y esenciales dentro de la agenda pública. Eso hizo que me tirara de cabeza y me enamorara perdidamente del periodismo científico. Me apasionó tanto que ya es un compromiso que tengo no solo como periodista, sino como ciudadana de este planeta".

Ahora, desde el periódico El Tiempo, continúa escribiendo e investigando y considera que el posacuerdo es un momento coyuntural importante para tener más incidencia en las discusiones nacionales desde una perspectiva socioambiental. Esto hace posible, en cierta medida, entender las dinámicas que se están cocinando en aquellos territorios donde antes estaban las Farc y las afectaciones ambientales que durante medio siglo dejó el conflicto armado en el segundo país más biodiverso del planeta. "Todavía no alcanzamos a dimensionar el rol que jugó la guerra, positivo y negativo, sobre nuestros ecosistemas", afirma Tatiana. "El siguiente paso, además de redescubrir nuestro país y apropiarnos de él respetuosamente, es empoderar a las comunidades locales en la gobernanza y que sean sus visiones de desarrollo las que nos permitan hacer transiciones más justas, sostenibles y creativas".

Tatiana afirma con convencimiento que la gobernanza no es posible si no hay igualdad de género, si las voces femeninas no son escuchadas con la misma atención con que se suele escuchar a los hombres. Ellas fueron víctimas de la guerra al igual que los hombres, al igual que los niños, tienen muchas historias que contar y están dispuestas a continuar luchando a pesar del machismo. Esas voces deben ser escuchadas para tejer una nueva Colombia desde la ruralidad, pues las mujeres también están construyendo y sembrando un nuevo país.

"Las mujeres entienden a la Tierra", sostiene Tatiana, "nuestra casa, como un todo, como un sistema vivo interconectado, desde la mirada de una madre que cuida de su hijo, y creo que ese amor hacia el territorio, a lo que se construye en él, a los ríos, a los páramos, a los manglares, a la chagra, a lo que consideras propio, ese amor es el principal motor para proteger y defender, incluso con la vida misma, lo que consideras justo para los del presente y para los que vienen en camino".

Tatiana realizó un proyecto llamado "Especies: una nueva expedición", investigación que le tomó más de seis meses y cuyo objetivo consistió en explicar las oportunidades y amenazas para la naturaleza tras la firma del Acuerdo de Paz entre el grupo guerrillero y el Gobierno nacional. "Me encontré un país hermoso, biodiverso, apabullante y todavía desconocido. Me topé con gente que está dispuesta a perdonar pese a las heridas físicas y emocionales que marcan de por vida, gente que cree en la reconciliación y en las oportunidades. Hay excombatientes súper interesados en hacer parte de investigaciones científicas, en estudiar biología, en ser guías turísticos, y hay víctimas trabajando con sus victimarios. Esas son las cosas que me devuelven la esperanza en Colombia. Si ellos están intentando pasar la página, aunque tome tiempo, ¿por qué nosotros, desde la comodidad de la burbuja que habitamos, no podemos hacerlo también? No tiene ningún sentido dejar de intentar". Con este programa de El Tiempo y Canal Trece obtuvieron el primer lugar en la categoría de profesionales en la edición XXI del premio Amway de Periodismo Ambiental.

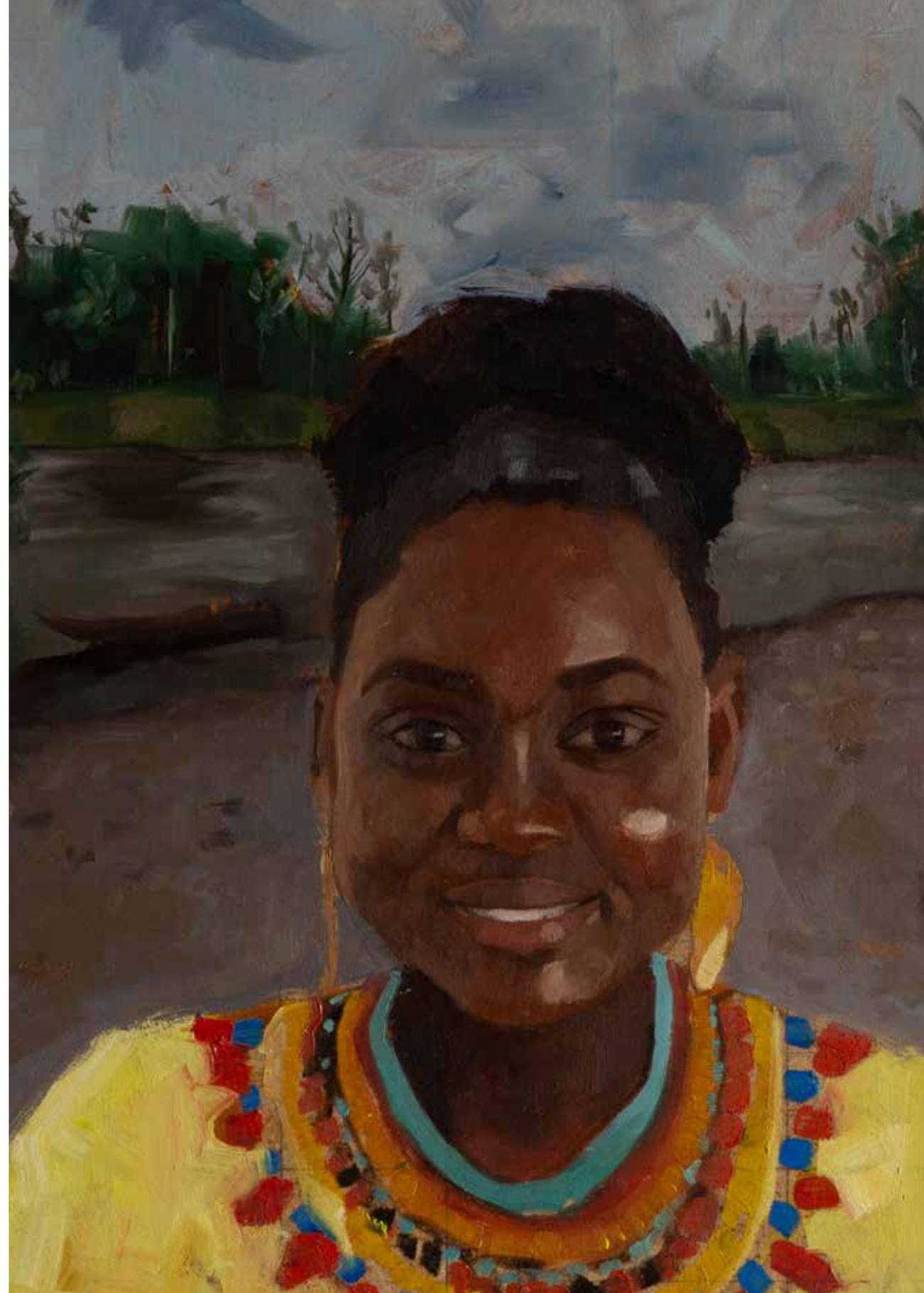
En los sobrevuelos que ha realizado por la Amazonía, ha visto la deforestación creciente, los cultivos de coca en áreas protegidas, las dragas en los ríos, la frontera agrícola que avanza a pasos de gigante; siente desasosiego, pero a la vez eso la impulsa a seguir haciendo su trabajo de periodista ambiental con empeño, pasión y mucha dedicación. "Pese a que el pesimismo y la frustración suelen llegar con mayor frecuencia a las salas de redacción, y constantemente me invade una sensación de desasosiego", reflexiona Tatiana, "tengo esperanza en los jóvenes. Me dirijo a ellos particularmente porque creo en sus voces, en sus luchas y en el interés que tienen (que tenemos) por aprender y construir un país más resiliente. Uno de los grandes desafíos del ambientalismo colombiano es entregar la batuta a estas generaciones y construir puentes robustos entre ambas visiones. El periodismo ambiental es una herramienta poderosa para entender lo que somos como sociedad, porque es transversal a prácticamente todo lo que nos ronda".

Hay muchas cosas que la llenan de esperanza para lograr articularnos con una visión de país que le apueste a un desarrollo sostenible y donde la equidad de género y de oportunidades sea una realidad. "Veo vital empoderar a los más jóvenes con argumentos aterrizados a las realidades locales, y que en algún punto tengan incidencia política. Quisiera creer que cuando hablo con mi hermana, que tiene 10 años, sobre cambio climático, sobre los manglares y las selvas, de los indígenas y afrodescendientes, algo le va a quedar ... se va a cuestionar e interesar para ser una mejor ciudadana y construir un mejor país".

“El siguiente paso, además de redescubrir nuestro país y apropiarnos de él respetuosamente, es empoderar a las comunidades locales en la gobernanza y que sean sus visiones de desarrollo las que nos permitan hacer transiciones más justas, sostenibles y creativas”.

LUZ ENITH MOSQUERA

Defensora del agua y del territorio. Nuestra vida está ligada al río
Atrato, que corre por nuestras venas.



Luz Enith nació un 12 de octubre, Día de la Raza, en la Villa Bebará, pequeño pueblo del medio Atrato chocoano. Cuando era niña, creía que la importante celebración que se daba en cada lugar era por su cumpleaños. Creció fuerte como los postes de madera de guayacán que sostenían su casa de las inundaciones del río y alegre como las flores de marañón que cubrían de rosa el patio de su casa.

Esta joven de 22 años inició a muy temprana edad su activismo político y social, compromiso que surgió del ejemplo que le dio su padre, un líder de la comunidad, que asumía con honor la responsabilidad de reivindicar los derechos de la población afrodescendiente. “Yo soy campesina de color negro”, afirma Luz Enith, “que no es solo un color de piel, es territorio, cultura, costumbres, tradición, ancestralidad”.

En Bebará la gente vivía de la agricultura tradicional, la minería artesanal, la caza, la pesca y la recolección de productos del bosque, hasta que llegó, una década atrás, la minería mecanizada. Cuenta Luz Enith que “con el conflicto armado llegaron la muerte, el desplazamiento, el miedo. Mataron a mucha gente, a un tío, hermano de mi mamá. Ella no pudo ir a su entierro. A las seis de la tarde la gente tenía que encerrarse, cuando se oía el helicóptero. Entrábamos en pánico, en zozobra. Era muy duro. Recuerdo que a mi papá, como era líder en la comunidad, siempre lo buscaban para decirle: «asesinaron a este, al otro, a alguien». Esas palabras me quedaron latiendo en el pecho. Uno siempre vivía con miedo. Mi familia tuvo que desplazarse muchas veces, salir a otros pueblos a esconderse. Recuerdo mucho que tenía un vecino, hijo de un gran líder social, y lo asesinaron. Era Elmer. Crecimos juntos, era mi amigo, compartíamos sueños. Ese fue un duro golpe que me dio el conflicto armado”.

Cuando sus padres salieron desplazados a Quibdó, su papá y otros líderes fundaron un barrio llamado Zona Minera La Victoria. Adaptaron un lugar para la escuela que no duró mucho. Los niños y las niñas del barrio debieron recibir entonces clases donde los vecinos que prescribían sus casas, sus sillas y su espacio para el restaurante escolar. En 2004, Shakira, a través de su fundación Pies Descalzos, construyó una

escuela y ahí Luz hizo la primaria. A pesar de las dificultades, ella recuerda su infancia con alegría. “Todos los chicos en los barrios humildes y vulnerables nos conocíamos, corríamos por las calles, jugábamos a la lleva, al escondite, nos metíamos al barro, nos ensuciábamos, brincábamos lazo. En el barrio nunca hubo un parque o una cancha, así que las calles eran nuestras. Esos recuerdos de infancia son muy bonitos, todas las circunstancias que nos tocó vivir”. Con la Fundación Pies Descalzos empezó a apoyar el proceso de fortalecimiento de capacidades de los jóvenes de la Comuna 6 de Quibdó y con otros compañeros de bachillerato participó en un proceso llamado Políticas Públicas para Jóvenes, que pretendía construir un borrador de política pública de juventud para Quibdó. De este modo, Luz Enith empezó a destacarse como una lideresa aguerrida y constante.

Estudió Ingeniería Ambiental en la Universidad Tecnológica del Chocó y actualmente hace parte del Foro Interétnico Solidaridad Chocó, plataforma de organizaciones étnico-territoriales sociales de mujeres, víctimas y jóvenes. Asimismo, apoya al Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (Cocomacia). En 2013 empezó a trabajar en el proceso colectivo de comunidades negras. “Constituimos una comisión juvenil con el fin de que los jóvenes pudieran empoderarse y participar de este proceso, mantener esas banderas de lucha. Con el grupo juvenil he trabajado para empoderar a los jóvenes, potenciar sus capacidades para que surjan nuevos liderazgos. He luchado contra el flagelo del reclutamiento a niños, niñas y jóvenes, por eso con la comisión juvenil de Cocomacia realizamos un trabajo con ellos, los acompañamos para que se conviertan en líderes y lideresas que puedan participar en los espacios de construcción de la paz, de convivencia y de reconciliación”.

La pedagogía es una de las armas con las que se siente más a gusto en su activismo, porque es entre otras personas que puede compartir experiencias, transmitir conocimientos y escuchar relatos”. A partir de la Sentencia T-622 de 2016 de la Corte Constitucional, que declaró al río Atrato sujeto de derecho, empezó a participar con los Guardianes y Guardianas Comunitarios. En este espacio, ha podido expresar su fuer-

te relación con el río. "Nosotros escuchamos el río a través de las comunidades porque ellas han vivido ancestralmente en esos territorios y el río hace parte de su vida. Las comunidades han aprendido a hablar con el río, a saber qué le pasa, entonces recibimos esas voces de las comunidades y las llevamos a las mesas técnicas de construcción colectiva del plan de acción con el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, con un enfoque biocultural para defender la cuenca, el territorio, las tradiciones culturales y las prácticas de subsistencia. Nosotros decimos «parece que el Atrato corre por nuestras venas», porque en ese territorio que él baña tenemos nuestro ombligo, nuestra vida está ligada al agua!", recalca Luz Enith. Hacemos pedagogía con las comunidades para que se empoderen de la sentencia y la vean como una oportunidad, una bandera de lucha para defender los territorios en esta crisis social y humanitaria".

A través de las actividades del Foro Interétnico, Luz Enith hace parte de la construcción de paz territorial, en la propuesta de movilización social Acuerdo humanitario YA para el Chocó. Ella y sus colegas se han apropiado de los objetivos del acuerdo, y buscan extender puentes de socialización con las comunidades para que puedan superar las consecuencias del conflicto armado, la crisis social y humanitaria y puedan plantear propuestas de construcción de paz. "En nuestras manos, las manos de los jóvenes hay una gran responsabilidad y es la de construir región, construir país.

Con ONU Mujeres, Luz Enith realizó el diplomado mujer biodiversidad y construcción de paz en el Chocó en el que lo más significativo para ella fue escuchar las voces, los sueños, los lamentos de las mujeres frente a los ríos. "Espero seguir por mucho tiempo trabajando y liderando estos procesos comunitarios de jóvenes y de mujeres, pues tengo muchos sueños, no solo para mí y mi familia sino para todos los jóvenes. No quiero que ningún joven termine siendo parte de la guerra, quiero que todos tengamos la posibilidad de resurgir, de formarnos y que seamos actores de los cambios de la realidad que vivimos hoy, que

estamos en crisis y con un panorama bastante confuso. Esperamos un mañana claro, con derechos de acuerdo con nuestra visión del vivir en paz, dignamente en el territorio de nuestros ancestros", sostiene.

“Yo soy campesina de color negro”, afirma Luz Enith, “que no es solo un color de piel, es territorio, cultura, costumbres, tradición, ancestralidad”.

CAROLINA GARCÍA

Defensora del agua y del territorio privado.



A Carolina la definen como una mujer sensible, esquemática, amigüera, entradora, en constante movimiento. Ella desborda energía, “es un ciclón”, como la llama Pablo, su marido, para evocar a los cuatro vientos. Nació en Bogotá, es abogada de la Universidad de Los Andes, con especialización en Economía de la misma universidad, y es amante de los parques nacionales, la naturaleza, la lectura, el periodismo y la Antártida. Dice que sus padres le inculcaron su interés por la naturaleza y el amor por los animales.

Cuando estaba en décimo grado en el colegio la enviaron como representante a la Global Young Leaders Conference, una cumbre de jóvenes líderes que le abrió la puerta a espacios internacionales y despertó en ella el interés en temas multilaterales y de derecho internacional. En la universidad, una de las clases que la cautivaron fue la de Derecho Internacional Ambiental, en un momento en que terminaba la conferencia de las partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre cambio climático en Copenhague. “Esa clase”, dice ella, “fue para mí como un despertar de todo lo que estaba pasando con la pérdida de biodiversidad, la capa de ozono, el cambio climático, los problemas asociados a movimientos transfronterizos de desechos peligrosos”. Ya para ese momento tenía sus ojos y su corazón puestos en los temas ambientales y el periodismo. Durante su práctica en el portal periodístico La Silla Vacía escribió una crónica sobre la creación de La Estrella Fluvial de Inírida (Guainía), como sitio Ramsar¹. En este viaje al Orinoco pudo conocer la sabana, los tepuyes, la gente, la minería ilegal, la contaminación, elementos que le abrieron el horizonte hacia un mundo nuevo. Pasó luego al Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF por sus siglas en inglés), donde tuvo la mejor escuela y el privilegio de trabajar en las negociaciones sobre el cambio climático que tuvieron como resultado la firma del Acuerdo de París,

¹ Es un acuerdo internacional que promueve la conservación y el uso racional de los humedales, firmado en 1971 en la ciudad de Ramsar (Irán). Tomado de: https://www.ramsar.org/sites/default/files/fs_6_ramsar_convention_sp_0.pdf

una de las grandes victorias del multilateralismo. Estar allí, sin duda, fue una de las mejores cosas que ha experimentado en su carrera profesional.

Carolina tradujo, junto a Gilberto Rincón, los libros Corporation 2020, del ambientalista y economista indio Pavan Sukhdev, y The Great Transition, de Lester Brown, ambientalista estadounidense y fundador del Worldwatch Institute. La visita al país de Sukhdev a una conferencia fue para Carolina un gran aprendizaje, porque se dio cuenta del rol de las empresas en la transición que necesita el mundo y la urgencia de modificar el ADN corporativo por uno sostenible.

Poco después Carolina fue contactada para llevar a cabo nuevos procesos de sostenibilidad y de creatividad en el sector privado. Uno de sus primeros proyectos fue un programa de mujeres emprendedoras, que busca transformar las vidas de 50.000 mujeres cabeza de familia, de bajos ingresos, que administraban tiendas de abarrotes. Tras el éxito del programa, fue nombrada gerente de sostenibilidad, desde donde midió los riesgos al entorno de una gran empresa del sector industrial de bebidas del país. La compañía obtiene el 27% de su volumen de agua de cuencas que están en alto riesgo por calidad o por cantidad y el 90% de su huella hídrica está relacionada con la agricultura, cuyos cultivos de cebada son vulnerables al cambio climático. Carolina evidenció, además, una oportunidad económica importante con el tema de los envases. La industria anualmente pierde alrededor de 3.000 millones de dólares en envases y empaques que terminan en un relleno sanitario porque no se aprovechan.

En 2017, Carolina propuso a la empresa en la que trabaja una meta de reducción de emisiones que se hiciera con la metodología de “objetivos basados en la ciencia”, que permite que el sector privado se alinee con los objetivos del Acuerdo de París. La propuesta fue aceptada y la metodología se implementó. La decisión corporativa fue un logro más para Carolina, que advirtió que a través de un liderazgo sostenible e inteligente, el poder de transformación que tiene el sector privado sobre el medioambiente es amplio y esperanzador.

Carolina ahora hace parte de un megaproyecto ambiental en el Páramo de Santurbán, sobre conservación, restauración y buenas prácticas agrícolas, con una inversión de cerca de un millón de dólares. Así mismo, al interior de la compañía se llevan a cabo discusiones y se analizan planes en torno a la eliminación del plástico y otras buenas prácticas de sostenibilidad.

A finales de 2018, se embarcó en una experiencia que afianzó su visión personal como defensora del medioambiente y como vocera del empoderamiento de las mujeres. Fue una de las 88 mujeres de 25 países distintos que zarparon en barco desde Ushuaia (Argentina) hacia la Antártida, en una iniciativa llamada Homeward Bound, fundada por la australiana Fabian Dattner, experta en liderazgo. Dattner creó Homeward Bound con el ánimo de empoderar a mujeres científicas y así influir positivamente en la toma de decisiones y ser capaces de hacer frente al cambio climático. Seleccionó el Polo Sur por ser una de las regiones del planeta más afectadas por el fenómeno climático. "Estuvimos un mes en un barco", relata Carolina, "donde uno empieza a desmitificar muchos estereotipos de las mujeres. Lo primero es que para las mujeres en la ciencia hay una brecha muy grande en cosas tan sencillas como no tener modelos a seguir. Son mujeres que se han sentido muy solas en su trayectoria profesional".

En el sector privado, Carolina advierte que por equilibrar la balanza de poderes entre mujeres y hombres. "A medida que se va subiendo la escalera, las mujeres se empiezan a perder, y uno se pregunta ¿Por qué? Hay grandes retos de género para las mujeres. Lo primero es sin duda la maternidad: si no hay igualdad en el hogar, no hay igualdad a nivel profesional". Carolina pertenece a numerosas redes de mujeres que buscan la equidad participativa en todos los ámbitos de la vida. "Uno de los compromisos que tengo", sostiene dice Carolina, "es ayudar a las mujeres más jóvenes, que están emprendiendo el mismo camino de forma más fácil, que avancen rápido. En la sostenibilidad todos necesitamos garantizar esto, no es un tema de egos o de quién es protagonista, es un tema de cómo todos cambiamos el chip y cómo ayudamos a todo el mundo a dar ese salto".

La colectividad es un concepto fundamental en la visión de vida de Carolina. Considera que un liderazgo ideal debe partir de lo individual hacia lo colectivo. "El liderazgo que necesitamos en este siglo tiene que construirse bajo esta premisa: «Lo que yo quiero debe ser lo que todos necesitamos»". Uno ya no puede pensar individualmente en lo que quiere como líder, sino en lo que todos como colectividad necesitamos. Para mí es indiferente si eso tiene características más atribuibles a los hombres o a las mujeres. Yo creo que cada uno tiene que formarse para poder ser ese líder que logra que lo que quiere sea lo que el colectivo necesita, y cómo impulsa esas agendas colectivas".

Para Carolina, las mujeres tienen un papel sustancial en la lucha contra el calentamiento global y otros factores desestabilizantes del entorno. "Somos más de la mitad de la población, tenemos que estar en igualdad de condiciones para tomar las decisiones en un momento tan crítico de la humanidad. (...) "Tenemos que ver cómo compartimos esa carga, cómo logramos que un liderazgo sea colaborativo, cómo incluimos todas las voces, para poder garantizar un futuro seguro para todos, porque si no, la película no pronostica un buen final, y menos para los más vulnerables".

" (...) fue para mí como un despertar de todo lo que estaba pasando con la pérdida de biodiversidad, la capa de ozono, el cambio climático, los problemas asociados a movimientos transfronterizos de desechos peligrosos".



